

LAS MEMORIAS DE UN ELEFANTE BLANCO

**JUDITH
GAUTIER**

**INTRODUCCIÓN, EDICIÓN CRÍTICA
Y TRADUCCIÓN DE**

**MARÍA VICENTA
HERNÁNDEZ ÁLVAREZ**



Ediciones Universidad
Salamanca

LAS MEMORIAS
DE UN
ELEFANTE BLANCO

MEMORIA DE MUJER

5

Colección dirigida

por

Josefina CUESTA

(Universidad de Salamanca)

&

María José TURRIÓN

(Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca)

Consejo científico

Virginia ÁVILA (UNAM, México)

Dora BARRANCOS (CONICET, Argentina)

Christina VON BRAUN (Universidad Humboldt de Berlín, Alemania)

Nuria CHINCHILLA (IESE, España)

Jean Louis GUEREÑA (Universidad de Tours, Francia)

Araceli MANGAS (Universidad Complutense, España)

Jane MORRICE (Consejo Económico y Social Europeo, UE)

María Jesús PRIETO-LAFFARGUE (Instituto de la Ingeniería de España,
ex-Presidenta de la WFEO)

JUDITH GAUTIER

LAS MEMORIAS
DE UN
ELEFANTE BLANCO

Introducción, edición crítica y traducción de
MARÍA VICENTA HERNÁNDEZ ÁLVAREZ



Ediciones Universidad
Salamanca

MEMORIA DE MUJER

5

© de esta edición:
Ediciones Universidad de Salamanca
© de la introducción, edición crítica y traducción:
María Vicenta Hernández Álvarez

1ª edición: noviembre, 2018

Motivo de cubierta: “El elefante blanco”
© V. Álvarez

Este libro se enmarca en el proyecto de investigación financiado por la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (SA019P17), con el título “Escritoras inéditas en español en los albores del s. XX (1880-1920). Renovación pedagógica del canon literario” dirigido por la profesora Milagro Martín Clavijo de la Universidad de Salamanca

ISBN: 978-84-1311-153-7 (PDF)

ISBN: 978-84-1311-154-4 (POD)

Ediciones Universidad de Salamanca
Plaza San Benito s/n
E-37002 Salamanca (España)
<http://www.eusal.es>
eus@usal.es

Impreso en España-Printed in Spain

Maquetación: Sara Velázquez

Realizado:
Cícero, S.L.
Tel. 923 123 226
37007 Salamanca (España)

*Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
Puede reproducirse ni transmitirse
Sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca*

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE: Judith Gautier, la escritora	13
1. Hija de Théophile Gautier	15
2. Heredera del Parnaso	23
3. ¿Escritora o viajera?	25
4. Judith en todos los géneros	29
4.1. Principales obras de Judith Gautier	29
4.2. Traducciones	32
5. La pasión del espectáculo	33
6. Narradora de historias	35
6.1. De la historia al cuento	59
6.2. Camino de las memorias	61
6.3. El proyecto autobiográfico	66
7. Leer las memorias de un elefante blanco	69
8. Referencias bibliográficas	73
SEGUNDA PARTE: <i>Las memorias de un elefante blanco</i>	79

INTRODUCCIÓN

¿Qué son cien años? ¿Por qué a los cien años de su muerte muchos autores recuperan presencia en los medios, en las bibliotecas, en las librerías? ¿Por qué la celebración de los cien años es la ocasión de congresos, coloquios, nuevas investigaciones? Y, ¿por qué, de pronto, parece que existe una urgencia, aunque de duración escasa, de conocerlos, de leerlos?

Este ha sido el caso de la celebración del centenario de la muerte de Judith Gautier en 2017. Como además se trataba de una mujer, esta celebración coincide con el repunte de las reivindicaciones feministas y su homenaje se suma al de todas esas mujeres recuperadas, redescubiertas y nuevamente estudiadas, editadas y traducidas.

Sin embargo, existe un peligro al que Judith Gautier, la escritora, no escapa: su individualidad queda velada y se difumina, se confunde entre tantos descubrimientos y tantas autoras. Y su obra, desgraciadamente, también se nos presenta como un todo, como un conjunto vasto e informe, que algunos adjetivos (sobre todo el que la define como escritora “orientalista”), - siempre los mismos -, intentan catalogar. Quedan en la sombra no solo la mayor parte de sus escritos, también las formas y los significados que los recorren más allá de lo que se interpretó durante su vida como una herencia o como una moda.

Por otra parte, y tampoco es peligro pequeño, los centenarios siempre se declinan en parabienes y alabanzas. Aunque no podemos retirarles el mérito de ser los desencadenantes, propulsores de nuevas lecturas o de más o menos afortunadas investigaciones, de alguna forma, está en ellos implícito el carácter positivo y laudatorio. Cuando se evocan críticas poco amables en el pasado, es casi siempre para desmentirlas, suavizarlas u oponerles comentarios halagadores hiperbólicos. Queremos que nuestros autores digan claramente lo que

difícilmente sugirieron, que se adelanten a su tiempo para que su tiempo y sus intereses sean hoy los nuestros, y para que sus antiguos afanes, ahora, nos sean útiles, para que nos sirvan de impulso o de consuelo.

Tal vez lo más apropiado sea atravesar estoicamente el centenario y, tras él, poco a poco, adentrarnos, otra vez inocentes, en la soledad y en el silencio de la lectura de sus obras. Quizás así nuestra imaginación dibuje, sutil y contradictoria, la imagen de Judith Gautier, la gracia, el humor y la violencia de su escritura.

Pero hemos conocido una Judith Gautier en los comentarios que inspiraron su modo de vida y la publicación de sus obras. Estas críticas, profesionales u ocasionales, la han modelado como “un tipo de mujer escritora”. La misma Judith intentó confeccionar una imagen, proponerla a la sociedad de su tiempo y a sus posibles y futuros lectores. Y estas imágenes se recortan, se superponen o se oponen. Lo cierto es que rara vez coinciden; Judith, obligada a situarse en el mundo de las letras, no puede escapar al imaginario de su época ni a las representaciones estereotipadas que ésta fabricó de los autores y autoras del momento. Sus biógrafos organizarán a su modo estas imágenes que ya solo podrán modificar sus propios textos y sus nuevos lectores.

Encontrar su lugar en el campo de las letras significa para Judith recorrer todos los géneros y, en todos, más o menos conscientemente, intentar perfilar, desarrollar y controlar esa imagen que quiere merecer: su “postura” de escritora, eso que Ruth Amossy define como las estrategias y las conductas enunciativas mediante las que una voz se hace reconocer como singular y diferente en el terreno literario, porque esa voz deja sus huellas en el discurso.

Tendríamos que confrontar la imágenes que ha dejado Judith en las entrevistas, en los ensayos, en los artículos de prensa, en las reseñas de arte, ... con el imaginario de aquella época decadente y las vanguardias de finales del siglo XIX, y con los gustos y los intereses de la Belle Époque en los primeros años del siglo XX; con las imágenes que nos propusieron sus contemporáneos, la élite intelectual y artística del momento; con la imágenes que, por personajes interpuestos, Judith descubre en

sus ficciones; y, por fin, otorgándole una inocente confianza de auténticos lectores, con su obra autobiográfica reconocida.

En cierto modo, el proyecto autobiográfico de Judith Gautier se puso en marcha cuando escribió su primer texto, con el primer artículo y la primera traducción de poemas. Su primera publicación inaugura la serie de “una historia de su vida”. La imagen de Judith Gautier autora está en todos sus textos, en los poemas que traduce, en sus escritos sobre arte, sobre música (sobre Wagner), en los ensayos, en la colecciones de cuentos, en sus obras de teatro, y también en sus novelas de carácter histórico o legendario. Podemos considerar su obra autobiográfica en sentido restringido, pensando en la trilogía de *Le Collier des jours*, o en sentido amplio, y añadirle esa etiqueta de “autoficción”, que hoy es un comodín para la crítica literaria, pues sirve para clasificarlo prácticamente todo y que, en definitiva, no hace más que subrayar una evidencia: que el autor vive. La autora Judith está en sus textos.

Si exceptuamos *El Libro de Jade*, *Las princesas de Amor* y algún cuento aislado, la obra de Judith Gautier no ha sido traducida al español. ¿Por dónde empezar? ¿Por qué *Las Memorias de un elefante blanco*?

Porque fue la primera obra de Judith Gautier que leí, y cuando lo hice, la pensaba “novela” y en modo alguno “cuento para niños”. Fue la crítica, su traductor al inglés y el descubrimiento de las primeras ediciones ilustradas en Francia las que contribuyeron a “cambiarla de género” y, dejando al margen, momentáneamente, mi primera lectura, a atraerla a un terreno más amable, infantil y hasta pedagógico.

Pero las sensaciones de una primera lectura no se olvidan; más tarde, cuando ya había recorrido toda su obra narrativa, cuando las fechas y los temas ordenaban ya sus novelas, este elefante que entiende el lenguaje de los hombres (algunos idiomas), que lee y que escribe, conquistó una posición privilegiada.

Las Memorias de un elefante blanco se publica en 1893. Judith tiene 48 años y ya ha publicado sus novelas más importantes: *El Dragón Imperial* en 1869, *L'Usurpateur* en 1875 (Más conocida como *La Soeur du Soleil*, título con el que se publica de nuevo en 1887), las dos partes de *La Conquête du Paradis*, en 1887 (que tendrá una nueva versión en 1913, como *L'Inde Éblouie*) y una

serie de artículos sobre pueblos y tierras lejanas, *Les Peuples Étranges*, en 1879. El mismo año de las *Memorias*, publica también su última gran novela histórica, *El Viejo de la Montaña*.

A partir de 1893, Judith empieza a pensar seriamente en una vasta obra autobiográfica; a ella dedica su tiempo y sus mayores esfuerzos, aunque seguirá escribiendo ensayos, cuentos y obras dramáticas hasta el final de su vida.

Observando el conjunto de su obra narrativa, leo *Las Memorias de un elefante blanco* como el resultado al que conducen todas las elaboradas ficciones que la preceden y como un portal, la entrada “fantástica” a unos contenidos declarados explícitamente “autobiográficos”. Por esta razón he elegido traducir las *Memorias*, y porque el encuentro con el elefante blanco es una buena señal cuando se emprende un camino...

Este libro tiene dos partes, en la primera se habla de Judith Gautier como hija de Théophile y heredera del Parnaso. Me pregunto si fue escritora o viajera, intento presentar sus trabajos en diferentes géneros del arte literario¹, centrándome particularmente en su faceta de narradora de historias y en aquéllas que por los motivos o por la forma anuncian las *Memorias de un elefante*.

En la segunda parte presento la traducción al español de esas *Memorias*.

No quiero que la primera parte condicione o retarde el camino de los verdaderos lectores, por eso, me permito recomendarles que inviertan el orden académico de este libro y que comiencen por la segunda parte, que vayan directamente al encuentro del elefante blanco.

¹ Tanto la traducción de los textos críticos sobre Judith Gautier como la de los fragmentos de sus obras que comentaré en este estudio son más.

I

JUDITH GAUTIER, LA ESCRITORA

1. HIJA DE THÉOPHILE GAUTIER

Judith Gautier, hija de Théophile Gautier² y de Ernesta Grisi, nació el 24 de agosto de 1845; como era costumbre entonces, la dejaron al cuidado de una nodriza, Marie Damon. Más adelante vivió con su abuelo paterno, Pierre Gautier y sus tías Lili y Zoé, que pronto la inscribirían en la escuela de niñas de la señorita Lavenue. Su tía, Carlotta Grisi (la hermana de su madre) pensaba que no estaba recibiendo la educación adecuada, por eso convenció a Ernesta Grisi para que la dejara interna en el convento de Nuestra Señora de la Misericordia, en París, cerca del Panteón, donde permaneció dos años. Un día, sin previo aviso, le comunicaron que viviría con sus padres en un piso de la calle Grange-Batelière. Hasta entonces sus padres eran para ella casi unos desconocidos.

En 1856, cuando Judith ya tenía 11 años, cuenta que ayudaba a su padre en los preparativos del *Roman de la Momie*, consultando libros y documentos de su biblioteca. Théophile apreciaba su inteligencia³ pero también comprobó que su hija había recibido una educación poco cuidada. Judith leerá algunas obras por indicación de su padre⁴, pero, sobre todo, tendrá libre acceso a la biblioteca, algo poco frecuente en aquel tiempo.

² “Parece que el mundo de las letras había querido establecer definitivamente la relación de Judith Gautier con su punto de partida y con su filiación. Desde 1902 hasta su muerte, en 1917, vemos coincidir de manera casi exacta la integración de Judith Gautier en la institución literaria y la reintegración del nombre de su padre”, (Brahimi, 1992: 56). “Judith pertenece a la categoría de mujeres fuertemente marcadas por la presencia masculina que las ayuda a integrarse en la actividad literaria francesa” (Bueno, 1996: 55).

³ En una carta que le escribió el 3 de mayo de 1871, la llamaba “criatura original y extraña”, pero antes la había considerado “mi última esperanza”, (Meyer-Zundel, 1969: 94).

⁴ Para Théophile la lectura era una actividad primordial, sagrada. Impuso a Judith la lectura de Scott, Hugo, Balzac, Shakespeare, Poe, Baudelaire. (Knapp, 2007: 40).

Gautier contrata también a una profesora, Honorine-Huet, a la que se unirá su hermana, Virginie Huet. Como conocían la pasión de Judith por las marionetas, (construidas a partir de las muñecas de madera⁵) la convertirán en un buen recurso para sus enseñanzas. Judith les propone representar un cuento de su padre, *L'Avatar*. Judith y su hermana Estelle (tres años menor que ella) también recibían en casa lecciones de piano y estuvieron inscritas en el Conservatorio, en la sección de danza clásica. Todo esto lo contará Judith en *Le Collier des jours: souvenirs de ma vie*, donde evoca la presencia en la casa de sus padres de personajes interesantes (Baudelaire entre otros muchos) y pintorescos que despiertan su interés⁶. Cuando la familia se traslada a Neully, a una casa más amplia, seguirán recibiendo numerosos visitantes. Allí conocerá Judith al que será su amigo, Charles Clemont-Ganneau⁷, futuro profesor del Colegio de Francia. Poco a poco, Judith también hace amigos en los círculos literarios y musicales⁸. Muy pronto se despierta su pasión por la música alemana, y por Wagner, que, como Hugo, se convertirá en uno de sus ídolos particulares.

⁵ Desde muy niña jugaba con unas pequeñas muñecas de madera muy simples, con los brazos y las piernas articuladas. Con ellas inventaba historias, y tal vez aquí esté el origen de su futuro interés por el teatro de marionetas.

⁶ Judith pasaba casi a diario a saludar a Flaubert (que residía en el número 42 del boulevard du Temple). La decoración del apartamento le interesó sin duda: “se desprendía una impresión de Oriente de los objetos dispares”. (Knapp, 2007: 50). Flaubert también era uno de los habituales en las cenas de los Gautier, como su amigo, Louis Bouilhet, o Maxime du Camp, padrino de Judith.

⁷ En el capítulo VII de *Les Peuples Étranges*, titulado “Una ciudad reencontrada”, Judith le dedica un homenaje al mismo tiempo que señala un interés común por los vestigios del pasado: “El emplazamiento de esta ciudad era, a pesar de las investigaciones, desconocido. Un joven sabio francés, M. Clermont-Ganneau acaba de encontrar Gezer” (Gautier. J, 1979: 323). “Serán muchas las dificultades que habrá que superar para retirar el velo con el que envuelven sus viejas leyendas y sus antiguas costumbres. Sin embargo, hay que darse prisa, la civilización, que penetra en todas partes, pronto borrará estos vestigios del pasado” (J. Gautier. J, 1979: 332).

⁸ En 1861 y 1862, la familia Gautier asistía regularmente a los famosos conciertos dominicales de Jules Pasdeloup, a quien Théophile dedicaba críticas elogiosas; esto les permitía obtener entradas gratuitas.

Un día, Charles Clemont-Ganneau les cuenta la extraña historia de Tin-Tun-Ling⁹. Théophile propone a Judith que aprenda chino y que estudie “un país casi desconocido y prodigioso”. Como parece que Judith estaba dotada para las lenguas, Tin-Tun-Ling se convierte en su profesor de chino. Clemont-Ganneau, que también conocía algunas lenguas orientales, la anima a aprender el persa y se ofrece para enseñársela. Entre tanto, el ministro del Sha de Persia, el general Mohsin-Khan, visita a su familia¹⁰.

Théophile Gautier animaba a su hija para que tradujera a algunos de los grandes poetas clásicos de China. Louis Bouilhet la instruyó sobre el simbolismo de la caligrafía, y ella iba a menudo a la Biblioteca Imperial, en la calle Richelieu, para investigar sobre los comienzos de la poesía china. Con la ayuda de Tin-Tun-Ling trabajó en la traducción, en versos libres, de ciento doce poemas chinos¹¹.

A los dieciocho años, Judith Gautier sabía algo de astronomía (su padre le había regalado un telescopio), matemáticas, se interesaba por todas las artes, por la técnica del esmalte..., comenzó a escribir en los catálogos de las exposiciones de arte¹².

⁹ Se trataba de un chino, exiliado, solo en París, sin recursos, que contaba que el obispo de Macao lo había enviado a Francia para elaborar un diccionario Francés-Chino. Charles Clemont-Ganneau quiere facilitarle la vida. Gautier lo invitará a su casa.

¹⁰ Mohsin-Khan llegó a pedir la mano de Judith Gautier, asegurando que su matrimonio con una mujer persa se disolvería pronto. Aunque la propuesta dejó indiferente a la joven, el acontecimiento contribuyó a despertar su interés por la poesía persa. “Me describía la belleza de un viaje en trineo a través de Rusia y Persia, los castillos misteriosos, las fiestas reales, los trajes bordados de pedrerías, todo ese país de las Mil y Una Noches con el que tanto había soñado, y que sin duda era mi verdadera patria” (Gautier, J, *La segunda vuelta del collar*, 1904: 333).

¹¹ Trabajó en esta traducción durante tres años. La versión definitiva se publicaría en 1867 como *El libro de Jade*.

¹² Bajo el seudónimo de Judith Walter, en 1864, escribió sobre los grabados bíblicos de Gustave Doré expuestos en la Sociedad Nacional de Bellas Artes. Un texto que escribió sobre *Eurêka* de Poe se publicó en *Le Moniteur Universel* el 29 de marzo de 1864. En esta concepción de la literatura de consumo las mujeres participaban activamente. Judith vivió de la literatura tras su separación de Catulle Mendès y fue una escritora tan prolífica como su padre.

Si Judith Gautier nació en un ambiente¹³ donde se apreciaba la ciencia, el arte y la belleza, también cabían en él el misticismo, las experiencias parasicológicas y las ciencias ocultas¹⁴. Judith asistió regularmente a las conferencias del cabalista cristiano Éliphas Lévi que le enseñó el magnetismo; también acudió durante algún tiempo a clases de magia. Obsesionada por el misterio, le interesaban especialmente los Rosacruces, a los que perteneció¹⁵. Entre sus amigos místicos, Joséphin Péladan ocupaba el primer lugar; aunque Judith lo seguía con dificultad en sus elucubraciones sobre el arte y la religión, lo que decía sobre el andrógino¹⁶ le interesaba especialmente, pues siempre se había sentido atraída por este tipo de belleza.

En abril de 1904 conoce a Suzanne Meyer-Zundel¹⁷ que será su compañera y confidente hasta el final de su vida. Serán sus

“Judith Gautier escribía las reseñas de las exposiciones a las que su padre no podía asistir” (Bueno, 1996: 56).

¹³ En el prólogo de su libro sobre Judith Gautier, Bettina L. Knapp sintetiza así su vida de escritora: “Judith Gautier, hija del brillante Théophile y de la diva Ernesta Grisi, fue elogiada precozmente por la vanguardia de su tiempo. Flaubert, Baudelaire, y otros, huéspedes habituales de su padre, animaron sus dotes intelectuales y sus gustos artísticos. Su inteligencia y sus dones evidentes hicieron que se interesara muy pronto por varias lenguas orientales entre las que se encontraban el chino y el japonés.

¹⁴ Las experiencias parasicológicas de su padre pudo leerlas relatadas en su cuento fantástico *Arria Marcella*. En aquel tiempo, en París, los temas de astrología, telepatía, videncia y ocultismo estaban de moda. Judith se hará eco en su obra *Le Livre de la Nouvelle Foi*, (1900), una especie de testamento espiritual, fruto de catorce años de trabajo, que permanecerá inédito.

¹⁵ Acudía a las reuniones vestida con el uniforme que su asistente, Céleste Chrétien le había cortado y bordado. (Camacho, 1939: 185). Su interés por los Rosacruces y su pasión por Wagner iban de la mano: creía en la reencarnación y en la existencia de analogías y correspondencias entre el macrocosmos y el microcosmos.

¹⁶ Sobre esta cuestión también mantuvo correspondencia con Barbey d’Aurevilly. Judith comparaba a estos seres andróginos con el arcángel San Miguel (Meyer-Zundel, 1969: 101). Se encarnan en algunos de sus personajes masculinos cuyo atractivo erótico es innegable.

¹⁷ Cuando Suzanne le rinda culto en su libro homenaje, la recordará “como un monje de Asia lleno de sabiduría y de filosofía, pero con la franqueza, la inocencia, la frescura y el encanto de un niño” (Knapp, 2007: 350).

“años de felicidad”. Ese mismo año, la revista *Vie heureuse* le concede su premio literario¹⁸.

El 28 de octubre de 1910 Judith Gautier entra en la Academia Goncourt, “es la primera mujer que hace tambalear el orden machista de esta prestigiosa institución”¹⁹ (Knapp, 2007: 367). En la prensa aparecen numerosos artículos. Collonges, en *La Vie de Paris*, recoge las características de la escritora que justifican la elección: “Por su fantasía armoniosa, su novelística oriental, el carácter heroico o graciosos de sus ficciones, Madame Judith Gautier no se asemeja en absoluto a los realistas que la admiten en su compañía”; otro articulista titula su artículo “Una victoria femenina”²⁰ y transcribe una pequeña entrevista a la autora:

Podéis imaginarlo: ¡una académica! ¡La primera!, ¿Cómo no entrevistarla? [...]

-No he hecho nada, nos dice, para entrar en la Academia de los Goncourt. Vivo muy aislada, ignorante del ruido exterior [...]

-Yo no soy feminista, al menos no en el sentido exagerado de la palabra. Sin embargo me siento feliz de haber roto el prejuicio que quiere que una mujer de letras no pueda formar parte de una institución literaria o científica [...]

Por su parte, Judith también enviará a los académicos una carta de agradecimiento: “La Académica se siente feliz. Agradecimientos de una solitaria”:

En el juego del tarot siempre saco el número nueve, que simboliza la soledad, y suelen decir que vivo en una torre de marfil –amable eufemismo para referirse a mi quinto piso- mi entre-cielo, como lo llama mi amigo Pierre Louys; añaden que bajo rara vez. Es cierto. Por eso no me conocen y yo solo tengo una noción muy vaga de lo que ocurre fuera [...] Como me relaciono muy poco con el público, experimento siempre una

¹⁸ Dotado con 5.000 francos. Más adelante será el premio “Femina”.

¹⁹ Fue propuesta por Lucien Descaves y puede considerarse el último testigo del Romanticismo heroico. Judith estaba en la cumbre de su gloria, era el modelo de la mujer libre. “Desde que el estilo se había convertido en una epidemia francesa, todo el mundo quería leerla”, (Poiteau, 1918: 189).

²⁰ Artículos digitalizados en Gallica, BnF, como “Bibliographiques sur Judith Gautier”.

sorpresa llena de inquietud cuando se ocupan de mí; normalmente lo ignoro, y es preciso que el rumor sea muy fuerte para que lo distinga.

Estos días ha sido terrible: daban asalto a mi torre... Un poco más y habría tenido que defenderme...

Pero era un gran honor y una gran alegría que venía hasta mí, a pesar mío...

Tres meses después, en enero de 1911, es nombrada “Caballero de la Legión de Honor”. A los sesenta y seis años parece que ha triunfado.

Pero no todo serán alabanzas. Robert de Montesquiou, este ser excéntrico al que a menudo había recibido en su casa, y que hasta entonces no había dejado de mostrarse amable con ella, le dedicó un poema satírico en 1921, *Les Quarante Bergères*, que comienza así:

Un elefante gordo, blanco, sagrado, vencido por la edad,
La miseria, los disgustos, el orgullo, el maquillaje,
Es Edith. Todavía asombra a los pánfilos
Maniobrando un guiñol de muñecuchos.
Bastante ingeniosa escribiendo libros
Y sobre todo pesando quinientas catorce libras.
Haber sido diosa, descendiente de un dios,
Haber conocido el amor en manos de un príncipe azul;
Del poeta inspirado de los *Cantos del Crepúsculo*
Haber sido la Musa, Onfalia de un Hércules
Haber amado a Wagner en su belleza, en su novedad...
Y no recordar más que al Barón del Buey!

Es una especie de “sotte chanson” (canción ridícula), la antítesis de toda cortesía y un ejercicio literario, pero Judith ya había muerto cuatro años antes, el 22 de diciembre de 1917, a la edad de 72 años. No se celebró ningún oficio en la iglesia ni en el pequeño cementerio en el que se la enterró, muy cerca de su propio jardín. Las necrológicas seguirán apareciendo en la prensa dos meses más tarde. A pesar de pretender ofrecer un resumen de su vida y de su obra en unas pocas líneas, las de algunos críticos son muy acertadas, como el artículo de C. Le Senne, “Judith Gautier est morte” publicado el 29 de diciembre de 1917:

[...] Pero Judith Gautier, en su nueva vida, se había preparado un decorado especial, el del país del sol. El arte de China y el arte de Japón [...] eran sus predilectos. No se contentaba con su apariencia superficial, los había estudiado, exponía sus orígenes con una erudición sin pedantería [...] Hablaba de ellos como crítica de arte y los cantaba como poeta.

El *Libro de Jade* es de una estética próxima a la de los Goncourt, pero de inspiración personal, de una admirable sinceridad en la edición y de una finura de expresión muy femenina, muy penetrante. Los *Poemas de la Libélula*, *Las Flores de Oriente* y *Las Memorias de un elefante blanco*, componen lo que podría considerarse la biblioteca oriental de Judith Gautier. A pesar de su carácter particular y de sus orígenes lejanos, estas obras delicadas no han quedado confinadas a un círculo de mandarines; han brillado fuera de los círculos intelectuales y merecen figurar en todas las antologías.

A finales del siglo XX, Denise Brahimi firma una crítica demoledora en la revista *Romantisme*: “Judith Gautier, ses pères, sa mère, son oeuvre”. Este es, traducido al español, el fragmento más duro, pero también el que puede resultarnos más sugerente:

Aparte de dos novelas personales [suponemos que el autor se refiere a *Lucienne* y a *Isoline*] que no tienen más interés que las informaciones que ofrece sobre ella misma, los otros libros, si se piensa en la masa de erudición que implican, no dejarán de resultar decepcionantes. Judith Gautier da a menudo la impresión de hundirse a la vez en los acontecimientos históricos que le facilitan los libros o sus informadores y en los clichés sentimentales presentados sin esfuerzo de renovación. La sensación que dan las novelas es la de grandes máquinas inmóviles y que el autor se encuentra bloqueado en los engranajes que él mismo ha diseñado. Las pasiones que describe permanecen frías y es de ahí sin duda de donde viene la decepción a la que me refería. Todo ocurre como si Judith Gautier no hubiera querido o no hubiera sabido realizar la fusión de la obra erudita con la obra personal, víctima de un “bloqueo”... (Brahimi, 1992: 57).

Dejando al margen las “novelas personales”, esta crítica hoy podría convenir perfectamente a una lectura de *Salammbô*. Y, paradójicamente, me parece que las palabras que Théophile

Gautier le dedicó a esta obra de Flaubert en *Le Moniteur* del 22 de diciembre de 1862, adquirirían una renovada y exacta pertinencia si hoy se las dedicamos a las “novelas históricas” de Judith Gautier: “Flaubert es un pintor de batallas antiguas que no ha sido igualado y al que nadie superará”, “Flaubert posee el más alto grado de objetividad retrospectiva”, decía Théophile, y añadía, apelando a la complicidad de los lectores:

¿Acaso no es un hermoso sueño y bien ideado para tentar a un artista el de aislarse de su tiempo y reconstruir a través de los siglos una civilización desvanecida, un mundo desaparecido?
¡Qué placer, en parte gracias a la ciencia y en parte a la intuición, levantar estas ruinas enterradas bajo los escombros de las catástrofes, colorearlas, poblarlas, hacer que actúen en ellas el sol y la vida, y ofrecerse este espectáculo magnífico de una resurrección completa! (Flaubert, 1946: 737)

Efectivamente, como dice Théophile, “los ojos modernos están poco habituados a este esplendor”. Y concluye: “Resumiré en una frase todo lo que pienso, mi opinión sobre *Salammbô*: no es un libro de historia, no es una novela, ¡es un poema épico!”²¹ (Flaubert, 1946: 737).

Judith, la autora, se declina más allá de los márgenes que dictan los géneros. Para algunos, recuerda a Flaubert, a los hermanos Goncourt, y al propio Théophile Gautier; pero, como decía Théodore de Banville, creo que sus libros permanecerán por “la fuerza de la gramática y de la buena escritura.”²²

²¹ El texto de Théophile Gautier se retoma en el prólogo de la edición de las Obras Completas de Flaubert en La Pléiade. Cuando Judith publica en el periódico *La Liberté*, *Le Dragon Imperial*, Théophile Gautier lo compara con *Salammbô*. Judith supera al genio. Remy de Gourmont reescribe esta significativa anécdota encontrada en el *Diario* de los hermanos Goncourt: “15 de abril (1868). En el Fumadero. Théophile Gautier me habla de su hija Judith, de su novela china que se está publicando en *La Liberté* y que él considera como “una *Salammbô* sin pesadez”. (Gourmont, 1904: 8). Y en palabras de Remy de Gourmont, capaz de apreciar “la delicada y tierna ironía de sus personajes”: “[Judith] pinta con gracia o con fuerza los sentimientos verdaderos y profundos, sin ser sentimental. Los horrores de la guerra la conmueven sobre todo por el color y la originalidad”. (Gourmont, 1904: 11).

²² “...Los libros de Mme Judith Gautier se parecen a los de Théophile Gautier [...] pero el autor del *Dragón Imperial* y de *La Hermana del Sol* no imita en

2. HEREDERA DEL PARNASO

En 1863, en un concierto de Padeloup, Judith encuentra a Catulle Mendès²³, discípulo, como Sully Prudhomme o José-María de Heredia de Leconte de Lisle. Como ellos, se oponía al Romanticismo y rendía culto a la forma²⁴.

Théophile Gautier consideraba esta relación peligrosa para su hija, pero Judith contó con el apoyo de Tin-Tun-Ling para poder establecer con Mendès una correspondencia apasionada. Sin el consentimiento paterno Judith se casa con Catulle Mendès el 17 de abril de 1866.

Firmando como Judith Walter se ocupará de la crítica de exposiciones en revistas de arte. Para estar más cerca de la vanguardia artística, vivirá algún tiempo en Barbizon junto a su marido. Conocerá la obra de Rousseau, Corot, Millet, Pena, Dupré... Durante algún tiempo, parece que Judith sigue la moda: viste pantalón y camisa, fuma..., pero pronto su estética se mostrará muy diferente: Madame Mendès recibe vestida con trajes de seda de corte chino²⁵.

modo alguno a su padre ni tiene necesidad de imitarlo, siendo perfectamente igual a él [...] se trata de la misma intuición, la misma ciencia impecable, la misma magnificencia y la misma osadía de estilo [...] En esta Francia nuestra, que ha producido mujeres tan grandes, creo que ninguna supera al autor de *Iskender*. Sus libros permanecerán por la fuerza de la gramática y de la buena escritura”, (*Gil Blas*, 4 juin 1886). Según Remy de Gourmont, la hija supera al padre: “Cuando en 1867, con *El Libro de Jade*, y en 1869, con *El Dragón Imperial*, la hija mayor de Théophile Gautier debutó en las letras, se produjo una reacción de sorpresa y casi de indignación. No querían creer que esta literatura, tan original y tan desdeñosamente impersonal, fuera la obra de una mujer. Era “Gautier”, pero aún más puro, más irónico y más dulce...” (Gourmont, 1904: 5).²³ Catulle Mendès, (1841), había dedicado a Théophile Gautier su poemario *Philoméla*.

²⁴ Judith también sentía cierta aversión por la doctrina de Zola. A sus “episodios de la vida real” ella oponía el mundo interior de los individuos, sus sueños, su mirada, su conciencia... (Knapp, 2007: 309).

²⁵ Este interés por lo oriental también está en el espíritu de la época. El 1 de abril de 1867, el emperador Napoleón III inaugura la Exposición Universal en París. Estaban representados países como Marruecos, Túnez, Turquía, Japón, China, Egipto. El interés que los franceses demostraban por el arte oriental iba a contribuir al éxito del *Libro de Jade* de Judith Gautier, que obtuvo muchas críticas elogiosas.

Judith Gautier admira al jefe del grupo, Leconte de Lisle²⁶, y se siente implicada en la aventura del Parnaso. Los sábados por la tarde acude a su casa, cerca de los Inválidos, donde tienen lugar discusiones literarias y filosóficas. Allí encuentra a antiguos amigos de su padre, Théodore de Banville, Stéphane Mallarmé, Verlaine...

Para Leconte, el estudio, la investigación y la meditación eran indispensables en la creación poética. Él será quien la empuje a describir los exóticos paisajes que despertaban su imaginación. Mientras Catulle Mendès la ignora y la engaña, Judith se entrega al estudio y a la escritura, busca temas que atraigan lectores entusiastas y numerosos. Se inspira en la mejor herencia del Parnaso, en los grandes pintores simbolistas, principalmente en los paisajes, las batallas y los arquetipos de Gustave Moreau²⁷.

Heredera del Parnaso, pero libre y original, como la definen sus biógrafos:

Judith no personalizaba y desdeñaba el éxito. En esto se acerca efectivamente a las teorías de Leconte de Lisle, pero también era demasiado imaginativa, demasiado sensible, demasiado independiente para dejarse aprisionar por la forma, por muy bella, muy marmórea que fuera. Necesitaba una libertad absoluta para reproducir sus sueños fluidos, los matices sutiles y delicados de su pensamiento; y por esto acierta mejor con los poemas en prosa, los poemas cortos, musicales y flexibles. (Camacho, 1939: 58).

Pero ¿quién podrá decir que no acertó también con sus relatos, con sus cuentos, con las novelas más largas?

Théophile Gautier muere el 23 de octubre de 1872. En 1874 Judith obtiene la separación de hecho de Catulle Mendès²⁸. El Parnaso queda atrás.

“El ministro plenipotenciario de China en París, Yu-Keng, alabó la musicalidad de una lengua bien ajustada a los textos originales” (Camacho, 1939: 51).

²⁶ Leconte de Lisle “preconizaba el viaje al pasado para resucitar la belleza y la virtud de un orden, aunque ancestral, capaz de emocionar a los contemporáneos” (Knapp, 2007: 214).

²⁷ Gustave Moreau era su pintor preferido. Sus cuadros exóticos y místicos la inspiraban, la acercaban a la estética de las antiguas civilizaciones. Su “Salomé” bailando fue para ella un símbolo y un mito personal.

²⁸ Aunque el proceso será complicado y no acabará hasta 1896. El Consulado, debido al concordato con la iglesia católica no aprobará la ley del divorcio hasta 1884, y la separación física y automática de los divorciados hasta 1908.

3. ¿ESCRITORA O VIAJERA?

Aunque no las escribiera pensando en ella, estas palabras de Hélène Cixous en *La Risa de la Medusa* nos descubren a Judith Gautier y a las mujeres que, como ella, encuentran su lugar en la escritura.

Debe de existir otra parte, me digo. Y todo el mundo sabe que para ir a otra parte hay pasajes, indicadores, “mapas” para una exploración, una navegación. Son los libros. Todo el mundo sabe que existe un lugar que no está obligado económica ni políticamente a todas las bajezas y a todos los compromisos. Que no está obligado a reproducir el sistema. Y es la escritura. Y si hay una otra parte que pueda escapar a la repetición infernal está por allí, donde se escribe, donde se sueña, donde se inventan los nuevos mundos. (Cixous, 1995: 26).

A los 17 años Judith viaja a Londres, pero descubre Oriente²⁹. En 1862, *Le Moniteur* encarga a Théophile Gautier las crónicas de la Exposición Universal. Gautier viaja a Reino Unido en el mes de abril y el resto de la familia algo más tarde. Judith sufre su primera tempestad en el mar, la única real (referente concreto para sus recurrentes descripciones de tempestades marinas).

En el verano de 1867, con Catulle Mendès, Judith viaja a España. La situación económica de la pareja era crítica. Catulle le escribe a F. Coppée y a Sainte-Beuve solicitándoles ayuda. A finales de octubre regresan a París. Catulle obtiene un puesto y Judith comienza a colaborar en *Le Moniteur* (Richardson, 1987: 60). Quizás debido a los problemas económicos y a las desavenencias de la pareja, la salud de Judith no es buena; un médico le aconseja que se retire un tiempo, sola, al sur de Francia. Antes de viajar a Arcachon Judith le escribe a su padre. Junto al océano prepara *El Dragón imperial*, la novela que comenzará a publicarse por entregas en el periódico *La Liberté* a partir del 27 de mayo de 1868. Como dirá Anatole France, Judith “no viajó ni a China ni a Japón..., pero los soñó” (France, 1968: 471).

²⁹ Caminando con su madre por una calle de Londres, ve a dos extraños personajes con amplios vestidos de seda. En *La Segunda vuelta del collar* dirá: “Era mi primer encuentro con el Extremo-Oriente. Y fui conquistada”.

En 1869, con el pretexto (y gracias al pago) de una reseña sobre una exposición de pintura que iba a inaugurarse en Munich, Judith viaja a Lucerna, cerca de Tribtschen, para visitar a Wagner. Catulle Mendès la acompaña; se les une otro amigo común, Villiers de L'Isle-Adam. Los tres salen de París a mediados de julio de 1869 en dirección a Lucerna. Hacen noche en Basilea. Para Judith el encuentro con Wagner representa la visita al “santuario donde se realiza la creación en estado puro”. El 25 de julio se despiden de los Wagner, aunque Judith hubiera preferido no tener que viajar a Munich³⁰. El 17 de septiembre regresarán a París, tras una pequeña parada en Tribtschen.

El 2 de octubre del mismo año, 1869, Judith y Catulle Mendès viajan a Bruselas donde verán a Victor Hugo recién llegado de Guernesey; Judith conoce al “exiliado”, que para ella tenía el aura de un mago.

Durante los meses siguientes, Judith y Catulle realizaron frecuentes viajes a Alemania, para dar cuenta, según ellos, de la intensa vida musical del país.

El 22 de marzo de 1870 vuelven a Bruselas para asistir a la representación del *Lohengrín*, dirigido por Richter. Más tarde, del 11 de junio al 17 de julio, tras visitar de nuevo a Wagner en Tribtschen, recorren una parte de los principados alemanes: Baden-Baden, Hamburgo, Weimar, Wiesbaden, Munich, Francfort, escribiendo y enviando sus reseñas cada uno a diferentes periódicos.

El 19 de julio se declara la guerra entre Francia y Prusia y los Mendès deben adelantar su vuelta a Francia. El 6 de agosto³¹, a su paso por Aviñón, conocen los desastres que está ocasionando la guerra. Uno de sus amigos, para impedir que requisen su elegante casa de la calle Richer, invitará a Judith a vivir en ella.

³⁰ “Wagner le pidió a Hans Richter, amigo y director de orquesta, que fuera en Munich el guía de sus invitados franceses. Éste les presentó a la élite musical bávara.” (Knapp, 2007: 151).

³¹ El 4 de agosto los alemanes invadieron Alsacia. El emperador, Napoleón III, se exilió en Reino Unido. El armisticio supuso el final del Imperio. En medio de los desastres, el 4 de septiembre de 1870, Victor Hugo vuelve a París donde es aclamado por la multitud.

Curiosamente, los horrores de esta guerra³² no aparecen en la obra de Judith Gautier quien, sin embargo, imaginó y describió con detalle la violencia y la crueldad de batallas de otros tiempos y de otros pueblos.

En 1872, mientras estaba en Viena escribiendo reportajes y artículos sobre arte, la alcanzó la epidemia de cólera y estuvo a punto de morir. Los médicos sugirieron su inmediata repatriación. Louis Benedictus la acoge en su casa.

En el verano de 1873 descansa en Normandía. En diciembre de 1873, Wagner escribe a Catulle Mendès invitándolos a ir a Bayreuth, en Baviera, a su nueva villa, la “Wahnfried”. Mendès no le respondió. La esposa de Wagner, Cosima, le escribe a Judith en junio de 1874, pidiéndole que se traslade a Alemania para educar a sus hijos. Judith irá dos años más tarde, en 1876, con ocasión del primer festival de Bayreuth³³.

En 1877, Judith Gautier, aunque tiene que pedir un préstamo, compra una casita en Saint-Énogat, en la costa bretona. La llamó “El Prado de los pájaros” y se mudó allí al año siguiente³⁴. El pintor Yamamoto se ofreció para decorar paneles con motivos japoneses. Desde entonces, Judith pasará en Saint-Énogat los veranos y regresará a París cada otoño con todos sus animales.

Judith Gautier no viajó demasiado, y apenas salió de Europa. Sin embargo, su padre le transmitió el gusto por las tierras lejanas. Su padrino, Maxime du Camp, le contaba anécdotas de sus viajes; además, Judith observó a Flaubert en sus búsquedas meticulosas para la composición de *Salammbô*. También ella va a transformarse en investigadora, ocupándose de cuestiones de arqueología, de etnografía o de antropología, atenta a los descubrimientos de la ciencia, viajando en los libros y en el tiempo. *Les Peuples étranges*, una colección de 16 estudios, publicada en 1879 es prueba de

³² Sin embargo, sí los sufrió, según cuenta Meyer-Zundel: “los bombardeos, la falta de alimentos, de carburante. [...] la gente comía ratas, perro, y hasta animales del zoológico. [...] La carne de caballo era un lujo. Ir al mercado era un sufrimiento para Judith...” (Meyer-Zundel, 1969: 230).

³³ En 1875 y 1876, Judith Gautier publica sus críticas de arte en *Le Rappel*.

³⁴ Allí recibía al dramaturgo y poeta Jean Richepin, a Robert de Montesquiou, al príncipe Mohsin-Khan, a su amigo Charles-Clermont-Ganneau, al emperador de Vietnam, a su amigo Louis Benedictus...

ello³⁵. En el mismo año, 1879, se abre la Exposición Universal en París; El *Journal Officiel* contrata a Judith Gautier. Algunos pabellones se estaban construyendo aún en la colina del Trocadero y en el Campo de Marte: Judith dará cuenta acertadamente de las novedades arquitectónicas, aunque se interesó principalmente por los trajes chinos, los marfiles, los jades y las esculturas. Su reportaje causó un gran efecto. (Knapp, 2007: 222).

El 26 de septiembre de 1881, Judith, esta vez acompañada por Louis Benedictus, vuelve a Bayreuth. Y volverá de nuevo en julio del año siguiente, 1882, año de *Parsifal* y de la fundación de la *Revue Wagnérienne* por Edouard Dujardin. Todos los viajes de Judith Gautier han tenido lugar en los “años Wagner”, y todos, de uno u otro modo, estaban relacionados con el arte o con la música.

En 1885, en París, Judith deja su piso de la calle de los Mártires y se traslada al número 30 de la calle Washington (un quinto piso sin ascensor), muy cerca del Arco de Triunfo. Allí abre su salón todos los domingos por la tarde³⁶.

En 1911, la revista *Les Arts Graphiques* le pide que escriba una serie³⁷ de libros sobre historia y cultura. Escribe dos monografías bastante instructivas, una sobre China (1911) y otra sobre Japón (1912), ilustradas con gráficos en colores y fotografías.

En 1914, Judith Gautier y Suzanne Meyer-Zundel son invitadas por los destronados emperadores de Vietnam, a El-Biar, en Argelia (ellos las habían visitado tres años seguidos en la Bretaña). El estado de salud de Judith la hace dudar, pero finalmente viajan y pasan 17

³⁵ *Les Cruautés de l'Amour*, publicada también en 1879, es una colección de cuatro novelas cortas, centrada cada una en un viaje, de un ruso, un chino y un francés; la cuarta cuenta un naufragio cerca de las islas Fidji.

³⁶ Paul Souday en sus *Livres du Temps* (Libros del Tiempo) describe con humor el apartamento, el aire cosmopolita de los invitados y la personalidad de la anfitriona. Judith había acumulado una cantidad enorme de objetos exóticos, aquello parecía la “cueva de Ali-Baba”; además, frecuentemente, Judith recibía disfrazada. En 1887 conoce a Pierre Loti, amante como ella de tierras lejanas. Junto con Pierre Loti, Judith Gautier es considerada uno de los mayores escritores orientalistas del siglo.

³⁷ La serie, destinada a niños y adolescentes, también tenía una intención política, entraba dentro de la estrategia del gobierno para el desarrollo del comercio en China. Estos cuadernos consagrados a tierras lejanas poseían una carga exótica suficiente para atraer compradores, y su valor pedagógico tampoco era desdeñable.

días en El-Biar, barrio periférico de la capital argelina. A su vuelta, la guerra se ha instalado en Europa.

4. JUDITH EN TODOS LOS GÉNEROS

Judith Gautier fue crítica de arte y de música, autora de una obra que incluye innumerables colaboraciones en la prensa, traducciones, libros sobre países lejanos, tres volúmenes de memorias y una producción literaria que abarca todos los géneros: poesía, drama, novela, cuentos y relatos breves, e incluso teatro para marionetas (Illanes, 2018: 113).

Hoy es muy difícil encontrar sus obras en las librerías³⁸ o en las bibliotecas si se exceptúa la serie de *Los Collares* y *El libro de Jade*, reimpresos por la Librairie Nationale. Solo se encuentran en las librerías en línea o en la reventa.

4.1.Principales obras de Judith Gautier

(1867). *Le Livre de Jade*, traducción de poemas chinos antiguos, con el pseudónimo de Judith Walter; ampliado y editado nuevamente en 1902.

(1869). *Le Dragon Impérial*, novela, publicada con el pseudónimo de Judith Mendès.

(1875). *L'Usurpateur*, novela, publicada con el pseudónimo de Judith Mendès, premiada por la Academia Francesa y editada de nuevo en 1887, con el título: *La Sœur du Soleil*.

(1877). *Lucienne*, novela.

(1879). *Les Cruautés de l'amour*, colección de cuatro relatos.

(1879). *Les Peuples Étranges*, colección de artículos.

(1879). *Le Ramier blanc*, obra de teatro. En el año de la Exposición Universal y de su éxito como reportera, Judith monta esta obra corta de tema chino. Las invitaciones se imprimieron en francés y en chino.

(1882). *Isoline et La fleur-serpent, et autres nouvelles: L'Auberge des roseaux-en-fleur, La Tunique merveilleuse, Le Fruit défendu*. Edición ilustrada por Auguste-Aristide-Fernand Constantin.

³⁸ Actualmente muchas de sus obras ya están incluidas en la Biblioteca digital Gallica de la BnF.

- (1882). *Richard Wagner et son œuvre poétique depuis "Rienzi" jusqu'à "Parsifal"*, ensayo.
- (1885). *La Femme de Putiphar*, cuento.
- (1885). *Iseult*, cuento.
- (1885). *Poèmes de la libellule*. Traducción de 28 poemas japoneses³⁹ ilustrado por Yamamoto; se convirtió en un libro de culto y en objeto de colección.
- (1886). *Iskender*, historia persa, novela.
- (1887). *Le Lion de la Victoire* y *La reine de Bengale*, las dos partes de la novela *La Conquête du Paradis*.
- (1888). *La Marchande de sourires*, drama en 5 actos, con Louis Benedictus. Representada el 21 de abril de 1888 en el teatro del Odeón. (Se dieron cien funciones). Aunque inspirada en un clásico del siglo XIV, el Ro-Lan-Tan o “La Cortesana que cantaba en las calles”, debe mucho al teatro romántico del siglo XIX.
- (1892). *Tokyo*, capítulo del libro colectivo *Les capitales du monde*.
- (1893). *Fleurs d'Orient*, colección de cuentos.
- (1893). *Le Vieux de la montagne*, novela.
- (1893). *Parsifal*.
- (1893). *Les Mémoires d'un éléphant blanc*.
- (1983). *Une Larme du Démon*, obra de teatro. Se vuelve a representar en 1911, con ocasión del centenario de Théophile Gautier.
- (1894). *La Barynia*, drama ambientado en Rusia, escrito en colaboración con Joseph Gayda.
- (1894). *Sonate pour clair de lune*.
- (1896). *Souvenir d'une folle soirée — Une charade chez Richard Wagner*, en «Cosmopolis», n° 9, septiembre, pp. 765-774.
- (1898). *Khou-en-atonou*, cuentos.
- (1899). *La tunique merveilleuse*, teatro.
- (1899). *Une Fausse conversion*, obra de teatro inspirada en una novela corta de Théophile Gautier.
- (1900). *La Geisha et le chevalier*, obra de teatro.
- (1900). *Les Princesses d'amour*, novela.

³⁹ El marqués de Saionzi, ministro de Japón en Francia, ya había publicado una traducción literal. Judith Gautier la incluirá al final de su trabajo.

(1900). *Les Musiques bizarres à l'Exposition de 1900*, colección de piezas musicales asiáticas, en colaboración con Louis Benedictus.

(1900). *La Musique japonaise à l'exposition de 1900, danses de Sada-Yacco*

(1900). *Le livre de la foi nouvelle*.

(1900). *Les Portes Rouges* trata sobre las dificultades que el emperador de Vietnam, Hâm Nghi, exiliado en Argelia en 1888, había encontrado en sus relaciones con el poder colonial, las intrigas de la corte y la tristeza del exilio. Judith le propuso la obra al director del Teatro Libre, André Antoine, pero no obtuvo respuesta.

(1903). *La Fille du Ciel*. Podría catalogarse dentro del “teatro histórico”. Escrita con Pierre Loti, a quien se había dirigido Sarah Bernhardt para pedirle una obra a su medida, preferentemente de temática china. Como en muchas de las obras de Judith Gautier, al levantarse el telón aparece un jardín espléndido, el del palacio de Nankin. Para Judith Gautier, que no podía permitirse rechazar este proyecto, la finalidad era doble, y la misma que en la mayoría de sus obras: quería entretener al público y mostrarle una China real, atravesada por los odios de clanes (Knapp, 2007: 322)⁴⁰.

(1904). *Le paravent de soie et d'or*.

(1904). *Le Collier des jours: souvenirs de ma vie*, memorias.

(1904). *Le Second Rang du collier, souvenirs littéraires*, memorias.

(1908). *Princesses d'amour*, obra de teatro inédita.

(1909). *Le Troisième Rang du collier*, memorias.

(1910). *Tristiane*, obra de teatro.

(1911). *L'Embûche fleuri*, obra de teatro en un acto. Inédita.

(1911). *En Chine*.

(1912). *Le Japon*.

(1912). *Dupleix*.

(1912). *Le roman d'un grand chanteur*, sobre el cantante Mario de Candia. Último trabajo biográfico de Judith Gautier.

(1912). *La vierge de prompt-secours*, obra de teatro.

⁴⁰ Sarah Bernhardt rechazó la obra. El texto será publicado en 1911 y contará con siete ediciones, aunque nunca se representará en Francia. Pierre Loti asistió a la primera representación en New York, en 1912.

- (1913). *L'Inde Éblouie*, nueva versión de *La Conquête du paradis*.
- (1913). *Lettres inédites de la marquise de Sévigné*.
- (1914). *Parsifal*.
- (1914). *Les grandes et petites querelles de Richard Wagner*, artículo publicado en *Le Temps*.
- (1919). *Les parfums de la pagode*, cuentos.
- (1919). *Un général de cinq ans*, cuento sobre la guerra, ilustrado por Estelle Gautier.
- (1943). *Auprès de Richard Wagner, souvenirs (1861-1882)*.
- (2004). Yvan Daniel (éd.), *Le Livre de Jade*, Paris, Imprimerie Nationale / Actes Sud, coll. «La Salamandre».
- (2011). Yvan Daniel (éd.), *Œuvres complètes de Judith Gautier, Romans, Contes et Nouvelles*, Paris, Classiques Garnier, coll. «Littérature française du XIX^e siècle», vol. 1.
- (2015). Yvan Daniel (éd.), *Œuvres complètes de Judith Gautier, Romans, Contes et Nouvelles*, Paris, Classiques Garnier, coll. «Littérature française du XIX^e siècle», vol. 2.

4.2. Traducciones

No han sido frecuentes las reediciones de las obras de Judith Gautier en la lengua original⁴¹, y aún menos las traducciones a otras lenguas. Solo un número muy reducido de sus textos ha sido traducido al español. Inmaculada Illanes da cuenta de ellos en su estudio “Los relatos de Judith Gautier” (2018): la novela *Princesas de amor*, traducida por Carlos Battle, publicada en 1901 en París, y en 1950 en Madrid, en la colección “Novelas y cuentos” de *Revista literaria*. Un volumen sobre *Japón* y otro sobre *China*, traducidos por Francisco Vera se publican en Buenos Aires, en los años 20. *Las Crueldades del amor* se publica en Buenos Aires en 1943 y en Valencia en 1970. Mucho más recientemente, en 2006, un cuento, “El abanico del duelo”, traducido por María Cuenca, ha sido incluido en el libro *Cuentos*

⁴¹ La editorial Classiques Garnier proyecta publicar la obra completa de la autora. En los años 2011 y 2015 han visto la luz dos tomos, bajo la dirección de Yvan Daniel, Tomos I y II: *Romans, Contes et nouvelles. Mémoires d'un éléphant blanc*, aparece en el tomo II, después de *L'Inde Éblouie*. Parto de los textos que recogen estas ediciones para la traducción de los fragmentos que presento en este estudio.

de mujeres europeas. En 2013, la editorial madrileña Ardicia ha publicado la traducción al español de *El Libro de Jade*. Esto es todo, si exceptuamos algunas versiones del cuento infantil “Un General de Cinco años”, publicadas en distintas colecciones.

Las Memorias de un elefante blanco (1893), merecieron en Francia distintas ediciones; una de las más conocidas está ilustrada por Alphonse Mucha, (1894).

A principios del siglo XX, Judith Gautier estaba de moda y sus obras eran conocidas en países tan lejanos como Polonia, Rusia o Brasil. (Bueno, 1996: 62). Sus escritos sobre Wagner se traducen al inglés en 1910. En 1913 se publica en Londres una traducción de *La Soeur du Soleil*. Y, en 1916, S. A. Harvey traduce al inglés *Les Mémoires d'un éléphant blanc* y lo publica en Estados Unidos⁴². En el prólogo, el autor se dirige a un público infantil:

Mis queridos niños, esta historia la escribió la señorita Gautier, una señorita francesa que vive en París. Es muy hermosa y muy lista, es capaz de escribir y de hablar chino, que es la lengua más difícil del mundo.

También ha escrito otros cuentos de Persia, del Japón y de otros países lejanos.

Esta historia la imaginó para los niños franceses, pero yo la he traducido al inglés para que también mis pequeños amigos americanos disfruten escuchándola.

También ofrece un cumplido resumen donde resuenan las claves de la historia: las sorprendentes aventuras, el elefante inteligente y guerrero, el prisionero, el elefante infeliz que escapa, se une a un circo, echa de menos su hogar, el palacio de Golconda y, sobre todo, a la bella princesa Pavarti.

Las Memorias de un elefante blanco no habían sido traducidas al español hasta hoy.

5. LA PASIÓN DEL ESPECTÁCULO

Su pasión por el teatro se afianzó con el paso del tiempo. Judith soñaba con fundar un teatro de marionetas. Así nació su “Pequeño

⁴² Puede leerse la versión del libro electrónico, *Judith Gautier, Collection novels*, de la editorial New York Duffied & Company, desde 2014.

Teatro”, en la calle Charras, aunque por motivos económicos no tuviera más remedio que ofrecer las representaciones en su propia casa, en la calle Washington⁴³. Modelaba sus marionetas en arcilla y las pintaba ella misma, y no dudó en introducir en su repertorio obras consideradas difíciles⁴⁴. Trabajaba las puestas en escena a la manera simbolista, pues lo que le interesaba era descubrir la parte oculta, nocturna y onírica de la realidad.

Durante el año 1915, Judith Gautier, que visita a los heridos de guerra, es nombrada presidenta de la asociación de los “Heridos en el Trabajo”. Por las noches Judith fabrica las marionetas que con sus trajes y expresiones reflejan el ambiente bélico. Ofrece representaciones en pequeñas veladas en su casa⁴⁵.

En el capítulo «Los Chinos» de *Les Peuples Étranges*, Judith dedica un apartado a “Los Comediantes y la Comedia”. Su conocimiento de las ceremonias: bodas, entierros, cortejos, o de los espectáculos y el teatro chino los veremos reflejados en sus cuentos y en sus novelas de temática oriental, donde abundan las escenas de representaciones teatrales:

Así es como navegan los comediantes bajo el cielo en calma, entre las orillas floridas o áridas de los ríos que atraviesan los valles, los campos, las ciudades. Ellos, que no tienen hogar ni familia, y que erran sin cesar de una punta a otra del imperio; ellos, cuya vida es falsa y llena de imprevistos, se asombran de la vida real y monótona que sorprenden en su camino [...] Nadie puede privarse de seguirlos con la mirada y más de uno suspira desde la casa inmóvil de sus antepasados ante esta casa flotante que ya se pierde en la lejanía y a la que pertenece el mundo. (Gautier. J, 1879: 153-154).

Judith Gautier parece extasiarse ante esta vida nómada e incierta, como si ella también quisiera acompañarlos en sus viajes y en sus ficciones. Nos sorprenden las semejanzas con el mundo de comediantes que Théophile Gautier retrató en su novela *Le*

⁴³ Judith ofreció durante toda su vida espectáculos de marionetas para sus invitados.

⁴⁴ El 23 de mayo de 1898 representó *Parsifal*.

⁴⁵ *Le Laboureur Héroïque* también se representó en París a beneficio de los heridos de guerra.

capitain Fracasse, pues, si la geografía y el ambiente son distintos, padre e hija parecen compartir la misma mirada y el mismo deseo de un paraíso itinerante.

Música, melodía y poesía constituyen para Judith un espectáculo y un arte total. La nueva música alemana la atrajo y la sedujo, hasta el punto de que puede considerarse a Judith Gautier como la valedora de Wagner en Francia⁴⁶.

6. NARRADORA DE HISTORIAS

De la Judith narradora solamente voy a destacar las que se consideran sus grandes novelas. Las escribió entre los años 1869 y 1893. Me refiero a *El Dragón Imperial*, *L'Ursupateur* (o *La Soeur du Soleil*), *Iskender*, *La Conquête du Paradis* y *El Viejo de la Montaña*⁴⁷. En 1869, Théophile Gautier entrega al editor Lemerre una novela de Judith ambientada en la China del siglo XVII, *El Dragón Imperial*. Judith tiene 24 años y esta es su primera gran “novela histórica”. Un poema en prosa precede cada capítulo, dando el tono de un equilibrio arriesgado entre los cuadros históricos y la psicología de los personajes⁴⁸. Théophile comparaba esta novela con *Salammbô* de Flaubert⁴⁹.

⁴⁶ Dedicó a Wagner numerosos artículos y ensayos importantes y fue el pretexto para la mayoría de sus viajes por Europa: *Richard Wagner et son œuvre poétique*, *Wagner chez lui*, *Richard Wagner et la critique*, *Auprès de Richard Wagner. Souvenirs. Visites à Wagner*.

⁴⁷ Estas novelas presentan unos motivos y una estética comunes. En 1893, estos intereses y este estilo, magistralmente depurados, producen las *Memorias de un elefante blanco*. En las referencias de los fragmentos cuya traducción presento solamente señalo la página; siempre se trata de las ediciones de Classiques Garnier de 2011 y 2015.

⁴⁸ “Esta recreación del Pekín del siglo XVII, con la que se mide Judith, ofrece admirables escenas donde se oponen la gloria y la miseria, escenas íntimas e inmensos frescos de insurrectos, poblaciones carcelarias y cortesanas de palacio. A esto se añade un conocimiento sorprendente de las estrategias militares, de los choques frontales de fuerzas enemigas, sin contar todo lo que emana de la complejidad de los rituales, incluida la tortura” (Knapp, 2007: 122-123).

⁴⁹ “El sentido que tiene esta criatura del Extremo Oriente, la intuición que posee de las grandes épocas históricas, de China, de Japón, de la India de Alejandro, de la Roma de Adriano, le comunican un encanto que alaga mis oídos”, Gautier, *Journal*, le 15 abril 1868. No es la única crítica elogiosa, “Paul

En *El Dragón Imperial* sorprenden los colores, el lujo mineral y frío; la descripción de la naturaleza, de los espacios y de los ambientes, de las esculturas y las joyas, todo, se transforma en materia extraordinaria, hermosa e inerte. Como en *Salammbô*, la investigación y el estudio de la cultura y las costumbres orientales han precedido a la composición de la novela⁵⁰. El carácter épico aparece en las batallas y en los terribles castigos, en las exageraciones y en las hipérboles, sobre todo cuando da cuenta de las cantidades, en las enumeraciones, en las listas, en las imágenes y en las comparaciones. La abundancia de sangre, las torturas, las cabezas cortadas, sobre todo en el último capítulo, se nos presentan como una apoteosis de violencia y crueldad⁵¹. Pero el exceso (el número de cabezas cortadas, amontonadas, lanzadas al público), lejos de provocar la empatía o un sentimiento de rechazo y horror, contribuye a imponer la distancia, la frialdad o una completa desafección de los lectores que leen como quien mira un cuadro extraordinario y sorprendente, como si la referencia fuera esa hipotética obra de arte y no una realidad legendaria.

El elevado número de comparaciones, su imposible abundancia, al mismo tiempo que las señala las borra, porque las vuelve invisibles, y más que la sorpresa que provoca cada caso, todas juntas ponen en escena un clima de construcción poética y formal, descubren las bambalinas de este taller de la belleza. El

Souday en *Le Temps* del 19 de enero de 1918 la presentará como una pintura grandiosa y de una precisión alucinante” (Knapp, 2007: 127).

⁵⁰ Diez años más tarde, en “Los Chinos”, segundo capítulo de *Les Peuples Étranges*, Judith informa de nuevo, y sin el concurso de los personajes, sobre las prácticas religiosas, la medicina legal, sus ventajas y los problemas que plantea: “La ciencia médica no siempre ha mejorado en China desde la antigüedad. Como siempre, el respeto a los antepasados, la admiración del pasado, los prejuicios tradicionales, han dificultado la marcha natural del progreso y la medicina se encuentra aún en su infancia” (Gautier. J, 1879: 126). En su mirada brillan el humor y los prejuicios de una mujer occidental: “[...] cada pulso debe consultarse tres veces, con una mayor o menor presión de los dedos. La paciencia de los enfermos chinos es, ciertamente, inagotable” (Gautier. J, 1879: 131).

⁵¹ En “Los Chinos”, Judith informará también sobre las principales leyes, las principales penas y las prisiones chinas, “las puertas del infierno”, que se describen en el código penal (Gautier. J, 1879: 103).

personaje del poeta Ko-Li-Tsin simboliza la importancia de lo bello: poeta y filósofo, inmerso en la batalla y hundido en el sufrimiento más atroz continúa contando sílabas, puntuando el ritmo de sus versos. El efecto del contraste puede ser tan intenso que a veces resulta irónico, pero no deja de revelar el valor crucial del arte y de la escritura: antes de morir decapitado, Ko-Li-Tsin escribe, con la sangre de los ajusticiados, sobre la pared blanca de una casa. Su escritura quedará en la memoria de las gentes que lo admiran; el pueblo grita que no olvidará sus consejos, y es la forma de su poema lo que más se resalta en el relato:

Mientras Ko-Li-Tsin, mojando su dedo, como si fuera un pincel, en la sangre de los vencidos, trazaba nobles caracteres en la pared de una casa, la muchedumbre se acercaba en silencio, y leía. [...] ¿quién es este hombre que dispone con tanto ingenio las rimas más raras, equilibra con tanta habilidad la fuerza y la suavidad de los diferentes ritmos, emplea, excluyendo todos los demás, los caracteres más puros que los Sabios antiguos valoran, y que además, a punto de morir, se revela filósofo como Lao-Tse, poeta como Sou-Tong-Po? (233).

L'Usurpateur, publicada por primera vez en 1875, volvió a publicarse con el título de *La Soeur du Soleil*⁵² en 1887. Judith se la dedica a Leconte de Lisle. Es también una novela de tema histórico⁵³, relata la historia de las guerras interiores japonesas de principios de la época Edo (1600-1868), aunque parece poblada de héroes wagnerianos y de decepciones amorosas y transmite una verdadera experiencia espiritual y artística.

Esta historia era relativamente conocida en Europa antes del siglo XIX, sobre todo gracias a los testimonios de los misioneros, pues corresponde al periodo de la prohibición del cristianismo en Japón. Los personajes principales son los jefes de los clanes

⁵² Anatole France la consideraba la obra maestra de Judith Gautier, y no dudó en comparar “estas páginas impregnadas de luz” con los grandes textos de Chateaubriand o de Flaubert. *La Soeur du Soleil* fue premiada por la Academia Francesa.

⁵³ Así lo indicaba el subtítulo: “Episodio de la historia japonesa”. Esta novela no se publicó por entregas y, al principio, no tuvo el éxito que se esperaba, pero se reeditó regularmente en la segunda mitad del siglo XIX. Armand Colin la publica en 1897 en la colección “Biblioteca de novelas históricas”.

samuráis que se enfrentaron en la guerra civil, “Hiéyas” y “Fide-Yori”. La novela muestra la estructura política de Japón: los samuráis se enfrentan por el poder mientras el Emperador, aislado, “reina” simbólicamente. Judith pone en primer plano al príncipe Nagato, personaje imaginario que representa la fidelidad en el amor. Con él y sus amores secretos con la Kisaki, “La Hermana del Sol”, se insiste en la dimensión pasional de la novela. Esta historia de amor se asemeja a las historias de amor y muerte como la aventura de *Tristán e Isolda*. Como dirá Nagato⁵⁴ “mi amor está hecho de luz y de sombra. Nunca seré completamente feliz” (616), pues se trata de un amor que debe mantenerse secreto y que aspira a conquistar la libertad de un paraíso lejano: “Déjame llevarte; huyamos fuera del reino, a una región lejana que será el paraíso” (586).

Tal vez inspirada en los paisajistas de Kioto, la novela comienza con la luz y los colores de un suntuoso bosque de limoneros. Los personajes se entusiasman ante la eclosión de la naturaleza en un mundo físico, concreto, visible y en constante cambio. Estamos en el imperio de los sentidos, lujo de la suma de detalles, donde las sensaciones se acumulan sin perder sus contornos, como en una trabajada estampa:

Por fin, bruscamente, el cielo enrojeció, flechas de luz, atravesando los arbustos, hicieron brillar gotas de agua sobre las hojas. [...]

Mira, dijo el joven, sonriendo, he querido compartir contigo, mi preferido, el placer de ver antes que nadie esta eclosión maravillosa. Ayer, cuando vine, el bosque era como un enjambre de perlas; hoy están abiertas todas las flores. (395)

A menudo, el eco exótico de los nombres, la sutileza de las imágenes o el sorprendente contraste que evocan⁵⁵, transforman

⁵⁴ Nagato es el héroe, una leyenda lo precede: parece estar en todas partes, sobrevivir a todos los peligros, escapar a la traición y a la muerte. Él es el que no huye, terrible en la batalla y terrible en el amor.

⁵⁵ El encuentro en la imagen de lo grandioso con lo mínimo y cercano produce vibraciones lúdicas de estética impresionista. Pensamos en Proust, en Giraudoux, en las “greguerías” y otros juegos del lenguaje: “La obscuridad, desde hacía un instante, era menos profunda, un blancor pálido se extendía en el cielo, como una gota de leche en una taza de agua” (521).

la geografía en atmósfera fantástica: “A o lejos, la Isla de la Libélula, verde y fresca, recortaba sus contornos de insecto” (515).

La misma delicadeza emplea la narradora al dibujar el contorno de los rostros; es la luz, el color blanco de la leche, el rojo de la sangre y la risa, lo que los define y diferencia:

- ¡Qué belleza soberana!, pensaba el príncipe extasiado; ¡ciertamente la diosa Sol no resplandece más! Parece que una luz se transparenta a través de la blancura de su piel, su boca es roja por la sangre de una flor, sus grandes ojos bajo sus largas pestañas negras parecen dos golondrinas ahogadas en leche, (585).

En *La Soeur du Soleil* descubriremos también las animadas calles de Osaka, el espectáculo de las banderas multicolores, de los arqueros, de los flautistas, de los tigres coreanos, de los variados olores y alimentos. La narradora se recrea en la descripción de las muchedumbres, de los desfiles y cortejos, descubre la belleza del caos:

Un inmenso clamor de alegría brota de la muchedumbre que se coloca a lo largo de las casas de cada lado de las calles que debe recorrer el cortejo [...] Luego avanzan dos grandes tigres de corea, las fauces abiertas, los ojos sangrantes. Entre la muchedumbre algunos niños lanzan gritos de horror; pero los tigres son de cartón, unos hombres escondidos en cada una de sus patas los mueven. (413-414)

Al mismo tiempo, la cantidad de información que recibimos sobre la civilización y las costumbres es asombrosa⁵⁶: veremos la arquitectura magnífica de la ciudad sagrada de Kioto; entraremos en el palacio de verano de la Kisaki, en sus terrazas, en los sofisticados jardines, en los pabellones de té. Escucharemos tocar el biwa, instrumento de cuerda, popular en Japón; asistiremos a la

⁵⁶ El orientalismo de Judith es distinto del de Théophile. Judith “construirá su propio oriente: extremo, alejado en el espacio y en el tiempo. [...] Lo que le interesa, de China, del Japón o de la India son las características culturales en momentos históricos precisos” (Bueno, 1996: 59).

representación de marionetas, de pantomimas⁵⁷, de una obra “nô” inspirada en antiguas crónicas, escucharemos a un contador de cuentos contar el del lobo transformado en doncella⁵⁸. Cuando llega el turno de Nagato, el héroe también se revela como un cuentista inspirado: “Nagato acababa de crear una nueva forma de contar, su improvisación habría podido escribirse en versos”, (274). También veremos comidas campestres y justas poéticas, poemas improvisados y escritos en abanicos: “Cada concursante toma uno de esos abanicos sobre los que hay que escribir la composición poética. Llevan pinceles y tinta diluida” (481).

Y también otros espectáculos de crueldad explícita: en el capítulo XI, la Kisaki, rodeada de sus damas favoritas y de algunos jóvenes señores, los más nobles de la corte, asiste a un combate de codornices de pelea:

Dos chicos jóvenes, vestidos con trajes iguales pero de distinto color, están agachados, sentados sobre los talones, uno enfrente del otro, vigilando el duelo de los hermosos pájaros, dispuestos a retirar los muertos y a poner frente a frente a nuevos combatientes. [...] unas chicas traen golosinas de todas clases, té recogido en las montañas vecinas, y los juegos cesan un momento. (466-467)

Estos espectáculos, donde los contrastes son extremos, nos preparan para una visión panorámica de las batallas o nos proponen una mirada capaz de pararse en los detalles de la violencia más cruenta. La escena titulada “Una lección de Hara-Kiri” instruye a los lectores sobre esta práctica legendaria. Mientras el pedagogo enseña al niño el manejo del sable, un grupo de mujeres mira desde lo alto de una galería:

⁵⁷ La mirada de Judith es nostálgica y no esconde la crítica: “Las leyendas religiosas o guerreras se representan; héroes fabulosos, personajes simbólicos se muestran con los trajes de los tiempos antiguos, unos tocados con la mitra en forma de huevo [...] pero, a menudo, el sentido del símbolo se ha olvidado, nadie lo entiende; atraviesa las edades sin perder nada de su aspecto, pero es como un cofre cerrado del que se ha perdido la llave.” (431).

⁵⁸ Con un material antiguo y fabuloso, Judith Gautier revela también la posición inferior de las mujeres en la sociedad japonesa: enclaustradas entre cuatro paredes, sobre todo, en las capas superiores de la sociedad. (Knapp, 2007: 190).

- Sujeta con fuerza el sable, le decía el instructor, apoya la punta por debajo de las costillas del lado izquierdo [...] lleva el arma horizontalmente hacia el lado derecho, de esta forma te abrirás el cuerpo según las reglas.

El niño ejecutó el movimiento con tal violencia que se rasgó el traje. (454).

También el espectáculo de “Los cristianos crucificados” es primero una lección, aunque el punto de vista del samurái que Judith elige para recordarlo comunica una emoción y una extrañeza que no parecían programadas:

Entonces yo era un niño, me obligaron a asistir al suplicio para enseñarme, decían, cómo había que tratar a aquellas gentes. Era cerca de Nagasaki, en la colina. Esta pesadilla turbará siempre mis noches. Las cruces estaban plantadas en las laderas, tan numerosas que la colina parecía cubierta de un bosque de árboles muertos [...] la sangre chorreaba, las víctimas no se quejaban. (463)

La guerra civil es otra fuente de escenas violentas. Gracias a las descripciones podremos imaginar las maniobras y los combates⁵⁹. Como en los antiguos cantares de gesta, los guerreros se disponen para la lucha bebiendo sake, con gritos ensordecedores, clamores formidables, himnos de guerra. Como los caballeros medievales han jurado dejarse matar antes que retroceder; su resolución es inquebrantable. Los combates serán “terribles”. Se narra una lucha legendaria y, sin embargo, los detalles (el barro, la sangre) y las palabras parecen proféticos, son los mismos que escucharemos en los relatos que quisieron dar cuenta del horror de la primera Gran Guerra del siglo XX: “Los desesperados son terribles, la carnicería era aterradora; los heridos seguían luchando, la tierra inundada de sangre se ablandaba, nos hundíamos en el barro, parecía que hubiera llovido”. (655)

Pero no todo son vistas panorámicas o luchas cuerpo a cuerpo, también vemos el resultado de descabelladas estrategias, la

⁵⁹ “Victorias, derrotas, reposo de los guerreros seguido de nuevos combates se suceden a un ritmo frenético y parecen haber sido escritos para ser filmados.” (Knapp, 2007: 192).

inteligencia al servicio de la muerte de los enemigos: vemos morir a 5000 soldados atrapados en un túnel, provocar incendios devastadores; y sin embargo nunca deja de sugerirse la calidad del espectáculo, la belleza del cuadro:

Eso es lo que he hecho, dijo Loo, que seguía mirando hacia atrás, mirad allí abajo esas luces rosas, parecería que amanece.
En efecto, es el cielo iluminado, dijo el príncipe, se diría el reflejo de un incendio.
-Eso es precisamente, dijo Loo aplaudiendo, el bosque se quema. (575).

La Soeur du Soleil se termina precisamente con el gran fuego que devora la magnífica arquitectura del palacio⁶⁰ y que, al mismo tiempo, libera el alma del príncipe de su incendio interior. Las llamas sellan la derrota real y la apoteosis estética, dibujan la estampa de una extraordinaria aurora:

El sol desapareció, la luz del incendio se colocó por encima de la luminosidad del día. El palacio del *siogoun*, a los pies de la torre, era un ancho horno que, visto desde lo alto, parecía como un lago de fuego agitado por la tormenta, (665).

Los contrastes frecuentes y un acertado manejo de la ironía comunican a esta novela un carácter social y crítico sorprendente. El Emperador, en sus palacios, representa la riqueza y el lujo inútiles, un poder ciego, ajeno al sufrimiento del pueblo:

La mayor parte de su tiempo debe dedicarla a meditar, pero, en realidad, medita poco: su inteligencia está embotada. Cuando piensa, la extrañeza de las ideas que bullen confusamente en su cerebro le impresiona. Algunos de sus pensamientos son criminales, otros bufones. Los primeros le divierten, pero no se atreve a reírse porque se sabe observado. (485).

⁶⁰ “Como los pétalos enormes de una flor de fuego, las mujeres cerraron la última terraza y se tumbaron sobre el tejado. Los dos gigantes peces de oro se retorcieron sobre la cresta del techo, como si estuvieran vivos, y luego se deshicieron en dos arroyos incandescentes. Enseguida el edificio entero se derrumbó, con un estruendo terrible, haciendo brotar hacia el cielo un haz inmenso de llamas y de chispas. (666).

Mientras “el mikado” aparece como un títere burlesco, el lujo en el que vive la emperatriz en la corte contrasta con la miseria del pueblo sometido:

Mientras que el pueblo se moría de hambre, la corte exhibía un lujo sin precedentes: todos los días recepciones, fiestas, banquetes. Yodogimi provocaba la indignación popular, ella esquilaba el tesoro. Habían aumentado los impuestos y disminuido los salarios. Era algo demencial. (689).

Como en casi todas sus narraciones, en *La Soeur du Soleil* Judith Gautier se ocupa de las mujeres. Si dentro de una estética romántica las convierte en heroínas de la pasión amorosa; si, deudora de una estética simbolista y parnasiana, las presenta como seres extremadamente bellos, dueños de la seducción, dignos de la admiración más entregada, estas mujeres, a medio camino entre la pasión romántica y la violencia de la mujer fatal⁶¹, recorridas por el amor y el odio, la entrega y el orgullo, no ocultan la realidad de la condición femenina y los estereotipos que, en cada civilización, sin grandes diferencias, las someten: el ámbito de las mujeres está marcado por los hombres; hasta los hijos se lo recuerdan a sus madres: “- Madre, dice el *siogoum*, ocúpate de los bordados y de los adornos, que ese es el terreno de las mujeres” (410).

En el amor, la mujer nunca debe de ser la primera; la mujer no habla la primera, no elige, no dispone. Como un mandamiento, esta enseñanza se trasmite en los proverbios, en las canciones populares: “No es conveniente que la mujer hable la primera” (459). Judith recurre a la risa, también aquí, para ofrecer un pequeño margen de libertad a las mujeres, y como mujer, a su princesa, la Kisasi: “Ésta, algunas veces deja escapar una ligera

⁶¹ Judith debe mucho a las ideas románticas y a la imagen de la mujer oriental construida por Flaubert. La mujer oriental es una mujer sumisa (que soporta un destino injusto y el pesado fardo de los prejuicios orientales), una mujer objeto, reducida a su adorno, prisionera de sus artificios, y que, sin embargo, seduce al varón. La mujer oriental es también una mujer fatal, “una mujer que da miedo. Atrae, asusta y mata. El hombre se convierte en su presa [...] Esta mujer dominante, también es sádica y hace sufrir al hombre [...] Parece inaccesible y es como una maldición” (Roboly, 2009: 389).

risa que escandalizaría a cualquier príncipe viejo y silencioso, fiel guardián de las reglas de la etiqueta”. (429)

La importancia de la enseñanza y del estudio, la utilidad y la fuerza de la escritura, que ya vimos en el ejercicio de las justas poéticas, son evocadas también de un modo más pragmático: el joven Loo, por ejemplo, se verá en dificultades por no saber leer la escritura china:

Había intentado leer por detrás de su maestro, pero el rollo estaba escrito en caracteres chinos, y esa ciencia le faltaba; conocía bastante bien el kata-kana e incluso poseía algunos conocimientos de hira-kana, pero, desgraciadamente, ignoraba la escritura china. (404)

En sus novelas, Judith despliega y justifica su gusto por las lenguas raras. Solo su conocimiento puede facilitar la búsqueda y la interpretación de la realidad⁶². Pero si el conocimiento tiene una utilidad general, la escritura también posee una virtud íntima, terapéutica. En este punto, la narradora practica la autobiografía por personajes interpuestos:

Fatkoura suspiró y no respondió nada.

- ¿Quieres que te muela la tinta? Hace mucho que tu papel permanece tan intacto como la nieve del monte Fuji. Si tienes un pesar, ponlo en el molde de los versos, y te sentirás liberado.

- No Tikaion, no se libera uno del amor, es un mal demasiado ardiente que te muerde noche y día y que nunca duerme, (420).

Como sus personajes, la narradora seguirá escribiendo historias, siempre con el complejo y paradójico paraíso del amor en la mente.

En 1886 se publica *Iskender, historia persa*. Esta novela está estructurada en cuatro partes: cuatro relatos de dimensión desigual que, sin embargo, presentan una continuidad lógica, en boca de un “contador de historias” de calidad reconocida. Su quehacer es un verdadero ritual: las fórmulas de la oralidad épica puntúan los relatos; el cuentista los presenta, invoca a los dioses, resume lo que va a ser su cuento y su intención, “rememorar las glorias de los hombres del pasado”, pide de beber y bebe vino

⁶² Julio Verne también imaginaba héroes políglotas para sus aventuras.

antes de dar comienzo a cada historia, se dirige a un oyente en segunda persona, a un “tu” y, buscando su complicidad formula preguntas retóricas en momentos escogidos. La obertura, sobre el motivo de la renovación de la Naturaleza, ofrece una visión mágica de los jardines de Persia en primavera. Las imágenes de la novela vienen de la iconografía mesopotámica, del arte griego, o del simbolismo animal iraní, pues la historia de *Iskender* es la historia de Alejandro Magno según la tradición persa.

Como en *El Dragón Imperial*, las exageraciones épicas informan de las muchedumbres, ordenan estéticamente la confusión y el caos. Prestan especial atención a los elefantes de guerra, a sus corazas, a su adorno. Una sinestesia continua domina la descripción de los ambientes: sonidos, y sobre todo colores, olores y movimiento. Las danzas, las fiestas, dibujan el placer, la confusión y la indolencia, “los convidados ciegos por la borrachera” nos recuerdan el festín en el palacio de Halmicar, en el primer capítulo de *Salammbô*.

Iskender, el héroe solar (asociado a la luz y al amanecer), luminoso como un dios, símbolo cósmico, aparece rodeado de prodigios. Los cambios temporales, y en especial el paso del día a la noche y de la noche al día se declinan en fórmulas que evocan un pasado de epopeya y nos recuerdan “los dedos rosados de la aurora” en *la Odisea*⁶³.

En esta novela, Judith Gautier, junto al héroe, dedica una atención privilegiada a Aristóteles, el preceptor de Alejandro. Presentado como filósofo y gran lector, siempre aparece con un libro en las manos. Aunque la mirada risueña y cómplice de Judith lo pinta como un sabio despistado y miedoso, como una especie de Merlín sin poderes: “Aristóteles, [...] buscando la sombra de las tiendas, y protegiendo de los rayos del sol su cabeza pelada con su libro...” (247), sus humanas debilidades no ocultan un canto al conocimiento⁶⁴, un tema que será una constante en todas sus novelas.

⁶³ Así amanece en *Iskender*: “Al día siguiente, en cuanto la pupila de oro se dilató y miró el mundo” (264).

⁶⁴ Y tú, a quien le queda poco tiempo de vida, ¿cómo es que tiembles mientras los demás ríen?

-Un día de un hombre sabio vale más que toda la vida de un ignorante, dijo el filósofo, (265).

La Conquête du Paradis (1887)⁶⁵ (que será *L'Inde Éblouie* en la edición de 1913), fue uno de sus grandes éxitos. La aventura comienza en el mes de septiembre de 1746, cuando los franceses toman Madrás. Judith Gautier muestra la competencia franco-inglesa por la supremacía militar de la región; quiere rehabilitar a las grandes figuras olvidadas de la historia: Dupleix, Bussy, La Bourdonnais... Para escribirla Judith Gautier se documentó durante 7 años, y durante 26 más siguió reescribiendo la obra. Entre los documentos que utilizó estaban los relatos de viajes. Señala su intención en el prefacio:

La historia de esta gran aventura francesa, en este país lleno de maravillas y de crímenes, donde musulmanes, hindúes y europeos están enfrentados, es tan cambiante, tan dramática y brillante que no tengo más que tomarla tal cual para construir la más novelesca de las novelas. A veces la historia me molesta por su excesiva audacia y fantasía, y me veo forzada, a lo largo del libro, a recordar al lector que todos los hechos históricos que se relatan se apoyan en documentos auténticos y son absolutamente ciertos.

Siempre he creído, por otra parte, que la forma de la Historia que más se acerca a la verdad es la novela histórica... (65-66).

Los objetivos de la autora siguen siendo los mismos que en sus novelas “históricas” anteriores, *Le Dragon Impérial*, *La Soeur du Soleil* o *Iskender*. Ahora, en la India, volveremos a encontrar los motivos a los que nos ha habituado y los mismos tipos de personajes. Como en las novelas anteriores, en *La Conquête du Paradis* se adivina la influencia de *Las Mil y Una Noches*, de las *Cartas Persas* de Montesquieu, del *Zadig* de Voltaire, pero aquí también vibra el eco de la literatura védica, el *Ramayana*, el *Mahabahrata*. La India es para Bussy⁶⁶, sobre todo en la figura

⁶⁵ *L'Inde Éblouie* (La India Deslumbrante) es la última versión de una novela modificada varias veces. En 1887 se publica *La Conquista del Paraíso*, larga novela en dos volúmenes: “El León de la victoria” y “La Reina de Bangalore”. En 1890, Armand Colin publica una versión abreviada que se centra principalmente en los acontecimientos históricos. Cuando Judith publica la *Conquista del Paraíso*, en 1890, muchos lectores no pueden creer que nunca haya viajado a la India. (Meyer-Zundel, 1969: 163).

⁶⁶ Charles de Bussy Pâtissier, marqués de Bussy-Castelneau.

de Urvasi⁶⁷, “hija de la luna”, una “imagen del Paraíso”, y él, un héroe de la luz, de la energía y el esfuerzo.

La genialidad de la novelista está en la asociación de narración y descripción; se aprecia un resurgir de las obras célebres en los tiempos del imperio mongol en el siglo XVIII y en particular de sus miniaturistas; tampoco podemos olvidarnos de la imagen de los caballeros medievales, a la que Judith era sensible, errantes en la tensión de la ascesis mística. Nuestro caballero está encantado por la pureza del aire, la soledad de un bosque inmenso. Atravesado por un sentido muy romántico de la aventura [...] tiene en mente la epopeya del *Ramayana*, escrita en el siglo III antes de la era cristiana. (Knapp, 2007: 261).

Esta es la novela en la que veremos mayor número de elefantes; en la que se precisa que el elefante es la encarnación del dios de la sabiduría, Ganesha, hijo de Siva y de Parvati; unos elefantes a los que volveremos a encontrar, mucho más próximos, seis años más tarde, en *Las Memorias de un elefante blanco*. Pero ya los vemos aquí en escenas panorámicas y en el tumulto de los combates.

El personaje femenino central es mítico, Urvasi, reina de Bangalore, una ninfa celeste mencionada en el *Rig-Veda* y en el *Ramayana*. Su palacio supone para Judith la ocasión propicia para la descripción de unos jardines y una arquitectura encantados, como en un mundo aparte: columnas de pórfido, bóvedas de marfil esculpido, arcos magníficos, aromas de rosa, de azafrán... Con los mismos materiales, con semejantes colores y olores imaginará el mundo para su elefante Ivarata y para su querida princesa Pavarti en el paraíso de Golconda. No será difícil para Judith Gautier transformar la epopeya en cuento, pues, según Anatole France, “el encanto de Judith Gautier estriba en su manera casi infantil de mezclar sentimientos y acción política;

⁶⁷ El amor entre estos personajes representa el romance simbólico entre Francia y la India. Judith escribe la novela en una época en la que pervive una cierta nostalgia de la India francesa. “El nombre de la India encerraba para el joven marqués algo mágico [...] paraíso primordial del que la humanidad acrecentada se había desbordado como de una copa llena.” (91).

solo se puede pensar en un predecesor de este tipo de escritura, Alejandro Dumas” (France, 1968: 475).

En *La Conquista del Paraíso*, Bussy es el héroe joven, estudioso (había dedicado los largos meses pasados en el mar a aprender el idioma de la India, los poemas sagrados...), enérgico⁶⁸, imaginativo:

...imaginaba aventuras, encuentros singulares, maravillosos palacios; una hermosa mujer como Sita se prendería de amor por él, arrastrándolo a una vida llena embriaguez y peligros. (92).

Bussy será el jefe perfecto, símbolo del amor y de la gloria. En su primera aventura salva de las garras de una tigresa a una mujer hermosísima, la reina Urvasi, de la que se enamora perdidamente, porque en las novelas de Judith, el Amor fulmina. Bussy, herido, es conducido a un lugar mísero y oscuro dentro del recinto de uno de los palacios de la reina de Bangalore, pero lo atiende un curioso personaje, el paria y médico Naïk⁶⁹, que desde entonces será su servidor incondicional. Por entonces, el nombre de Bussy, luminoso y terrible, ya corría de boca en boca; los hindúes lo comparaban con sus héroes legendarios, le rendían honores⁷⁰. *La Conquista del Paraíso*, “novela histórica”, es también una novela de amor, donde el amor es instantáneo y terrible, como el resultado instantáneo de un sortilegio; la belleza es peligrosa (250), la mirada hiera como un arma. Judith pone aquí en juego toda una mitología y la herencia clásica y cortés; en el capítulo X, titulado: “Las cinco flechas del amor” (127) presenta a la diosa Kâma con su arco de caña de azúcar y sus cinco flechas en punta de flor (jazmín, loto azul, flor de mango...) destinadas a alcanzar

⁶⁸ Judith no olvida una nota un tanto humorística con relación a la coquetería del personaje, su “toilette”: “Era extremadamente brillante y graciosa, pues ahora le encantaba combinar la elegancia francesa y el lujo de Oriente” (435).

⁶⁹ Naïk es diferente a los de su casta, sabe leer (aunque a los parias les está prohibido) y lee en un único libro: “Esta es, señor, la historia de Tirou-Valouver, el paria. Su libro de moral, que releo sin cesar, ha hecho de mí un hombre, pero también me ha revelado toda mi miseria” (111).

⁷⁰ “Bussy vivía en el Indostán de sus sueños, se acordaba del *Ramayama*. Se sentía orgulloso al saber que el honor que le rendían se llamaba el Prada-Kshina” (411). Los que lo honraban daban vueltas a su alrededor en el sentido de las agujas del reloj.

los cinco sentidos: “El amor tiene cinco flechas, una por cada sentido, dice Naik gravemente; cuando todas te han golpeado, ¿cómo conservar la razón que se escapa por tantas heridas?” (131). Aquí, como en el *Ars Amandi* o en los Tratados del amor cortés, conquistar a la mujer supondrá vencer todos los prejuicios que la dominan: la influencia que sobre ella ejercen la religión y la tradición. Como un caballero cortés, aparentemente siempre inferior a su dama, Bussy desea alzarse a su altura; para ello sigue un complicado sistema de antítesis probadas: “¡Hacerse rico, poderoso, cargarse de honores, ser jefe de un ejército, hacer temblar a esta mujer, invadir su reino, mantenerla prisionera y convertirse en su esclavo!” (149).

Solo los pares de contrarios y su perfecta confusión pueden decir la idea del amor que Judith presenta, deudora tanto de la ideología cortés como del concepto romántico del Amor: amor y odio, dominación y sumisión, libertad y esclavitud. Así, la que se quisiera una experiencia extraordinaria y maravillosa, está construida sobre estereotipos contumaces. El Amor se conquista en estrategias de batalla.

La reina Urvasi provocará la cólera de Indra por enamorarse de un mortal; la religión y las supersticiones se oponen al amor, pero el amor es al mismo tiempo locura y fuerza sobrehumana; el amor progresa en el corazón de la reina, es el poderío y el dominio del hombre lo que al mismo tiempo la irrita y la encanta (385). Todo remite al amor: las obras de teatro que se incluyen en la novela funcionan como fábulas premonitoras y recuerdan sus mandamientos:

¿Tengo que recordarte que el Amor triunfa siempre sobre todos los obstáculos?⁷¹ Aunque, nadie mejor que tú puede comprender las analogías con el estado de tu corazón que, por casualidad, se encuentran en esta obra, (432).

A veces, la felicidad aparece como algo mucho más íntimo, más sencillo, un simple deseo de afecto, de calma, de hogar y de

⁷¹ No deja de señalarse tampoco la estrecha relación del Amor con la Muerte. “No hay nada que esperar, ves: el que ha abrazado contra su corazón una mujer semejante no puede separarse de ella sin morir” (484).

refugio. Es como un nido: “le parecía, verdaderamente, que estaba en un nido” (445).

Los estereotipos y la crítica se extienden a otros personajes femeninos. Urvasi, como en el teatro clásico francés, tiene su confidente, Lila⁷², capaz de leer en los pliegues de sus sentimientos lo que Urvasi no se atreve a ver ella misma. O Marion, otra enamorada de Bussy que, como en las novelas de aventuras bizantinas, se disfraza de paje para poder seguirlo, y se convierte en el modelo excepcional de una fortaleza que la proclamada debilidad femenina esconde:

Parecía la debilidad, la fragilidad, incluso la timidez; sin embargo, qué sorprendente energía había mostrado al seguirlo así, en secreto, abandonando patria y familia, arriesgándolo todo, por la única felicidad de vivir en la misma atmósfera que el dueño que se había elegido. (148)

Desgraciadamente, para Judith esta energía no es más que la capacidad de sacrificio. Algo semejante ocurre con Chonchon, la hija de Dupleix, también enamorada de Bussy; ella representa la angustia de la espera, la tortura de esconder y callar lo que se siente, el imperativo que ordena a la mujer guardar el amor secreto: “¡Las mujeres!, hay que compadecerlas [...] Combatir no es nada, morir tampoco. Pero estar ahí, tras una ventana, inactiva, en una espera horrible, crispada en una angustia que nada calma...” (266).

En la comparación de las culturas occidental y oriental, finalmente, las diferencias se reducen. Sorprende el encierro físico⁷³ de las mujeres orientales como algo exótico y terrible, pero no es menos doloroso el encierro psicológico que la tradición y las convenciones imponen a las mujeres occidentales. Los proverbios que hablan de su espíritu obtuso, o de su incontrolable curiosidad se escuchan de boca de las propias mujeres que

⁷² Su sabiduría se expresa en aforismos: “El amor no puede esconderse ni aunque esté envuelto en cien velos” (405).

⁷³ Con la hija de Dupleix entra el lector en el harem de Zénanah: “las he visto, a estas pobres reclusas, bajo sus velos [...] pero mi madre que habla su lengua, dice que todas carecen de inteligencia.” (283).

parecen llevarlos grabados en sus mentes⁷⁴. Pero Judith ha elegido para Urvasi a Lila, una confidente inteligente; gracias a ella ofrece su propia mirada sobre la condición femenina y avanza la posibilidad de una libertad para las mujeres: en una escena presenta un diálogo entre Lila y Bussy, interesante intercambio equilibrado entre dos personajes libres, porque ni Bussy está enamorado de Lila, ni Lila lo está de Bussy, y sus razones no están nubladas por la emoción:

- ¡Gracias!, dijo ella tendiéndole la mano, estoy contenta de ser alguien para ti, pues, lejos de considerarte un bárbaro, me gusta tu país, donde dicen que la mujer es igual al hombre.

-Es más que eso. Nosotros somos sus esclavos y soportamos el yugo con alegría.

-No les está prohibido, como a nosotras, estudiar, su inteligencia es como la vuestra, no son solo bonitos pájaros entrenados para entreteneros. Aquí, solamente las princesas tienen derecho a aprender a leer y a componer poesías... [...] Vivimos así, felices y libres, rechazando el matrimonio por miedo a imponernos un dueño. (306)

Si la imagen de la India representa un ideal para los europeos, la visión que, desde la distancia de este “paraíso”, tienen las mujeres indias de las mujeres europeas, es para ellas otro ideal, aunque ambos esconden también una buena dosis de crítica bajo la ironía de la narradora. Sin embargo, *L’Inde Éblouie* es optimista en el terreno del Amor. La novela “acaba bien”: Urvasi, después de atravesar todas las fases del enamoramiento⁷⁵, cuando ya lo ha aceptado y se lo ha permitido a ella misma, vuelve a caer bajo el poder de los brahmanes y creyéndose abandonada por su amor acepta morir en “la ceremonia del sacrificio”. La narración nos obliga a asistir a las prácticas más oscuras de aquella civilización:

⁷⁴ “¡Qué locura, intentar luchar contra una mujer que desea saber algo!” (271).

⁷⁵ También la fase del odio, que ha facilitado a la narradora abundantes dosis de violencia, de crueldad, de sangre: “Ves, tu crueldad inútil, corre en ríos de sangre, nuestras sandalias están completamente empapadas, y podrían seguirnos tras las huellas rojas de nuestros pasos” (332).

Ella declaró, que habiendo sido abandonada por aquel que libremente había elegido como esposo, se consideraba viuda y estaba resuelta a librarse de la vida quemándose, según la costumbre de las viudas [...] las mujeres lloraban escondiendo el rostro en sus velos negros, los hombres llevaban la cabeza cubierta de ceniza, algunos tenían instrumentos musicales, rotos en señal de duelo. (493-496)

Pero al final, gracias a la inteligencia de Sata-Nanda⁷⁶ y a la estrategia de la narradora (como un *deus ex machina*), con un golpe de efecto y en apoteosis, como en un cuento de hadas, el caballero salva a la princesa, el malvado muere en la hoguera y el amor triunfa. Merece la pena recuperar algunos fragmentos de las últimas páginas de este final feliz y convencional: Primero grita la muchedumbre, como el coro clásico: “¡Victoria!, ¡victoria! ¡El esposo vuelve, el héroe la salvará!” Nuestra mirada se dirige a Urvasi, ya a punto de arder:

Le faltaba el aliento, le costaba abrir los ojos que le ardían, ya iba a abandonarse, cuando vio entrar en el humo un caballo cubierto de espuma y de sangre, la mirada extraviada de terror, y cabalgándolo, el amado caballero que la cogió en sus brazos y la salvó, (503).

Con el final feliz la aventura entra en el orden de la tradición, en ese esquema egoísta donde el héroe recibe su recompensa: un reino y la mano de la princesa. La princesa, que es primero mujer, agradecida, renuncia a su posición y entrega, públicamente, el reino, al que ha elegido como su dueño. Esta es toda la libertad para la mujer en el cuento de hadas; Judith no se ha permitido facilitarle otra:

Yo te saludo, rey de Bangalore, dijo Urvasi, en voz alta. Abdicó el poder y lo pongo en tus manos. Concédenos la alegría de ser

⁷⁶ El faquir Sata-Nanda (ayudante del héroe en el esquema del cuento) posee la sabiduría, la magia, la crítica y el poder liberador de la risa. Judith hace de él un personaje sorprendente y lúdico: “Phach-Anan ha muerto, dijo Sata-Nanda, que entró de repente, los brahmanes, abucheados por la multitud, se han dispersado, en la embriaguez de la alegría, el pueblo olvida sus prejuicios y sus supersticiones; aprovecha este instante de sabiduría” (502).

nuestro dueño, te lo ruego en nombre de la felicidad de mi pueblo, y de la mía.” (503)

Las palabras de Bussy, que sellan el final feliz de la novela, aunque tal vez la narradora las quiera dar por sinceras (Bussy las pronuncia en voz muy baja), son fruto de una retórica bien ensayada (para que la mujer se quede “contenta” y en “su lugar”) y aprendida: “Tú eres mi paraíso y mi dios, le dijo él bajito, y todos los reinos del mundo no valen uno de tus besos” (503).

No solo se compara la situación de la mujer en las civilizaciones occidental y oriental, las costumbres, las sociedades, las religiones, la arquitectura y el decorado⁷⁷, todo se pone en paralelo, y la ventaja siempre cae del lado de Europa, el punto positivo siempre es para Francia y para los franceses. Así procede Bussy, con una dosis de cinismo, cuando interpreta el sistema de castas:

En mi país hay ciertamente una distancia enorme entre el noble y el campesino; pero, si éste es honesto e inteligente, si os sirve fielmente, es un hombre como cualquier otro que merece estima y afecto. Vuestros prejuicios de la India no existen en mi tierra” (102).

Resulta especialmente curiosa la interpretación del significado del “don” para unos u otros: Urvasi, que ha sido salvada por Bussy de morir entre las garras del tigre, le hará gran cantidad de magníficos regalos, para no deberle nada y poder olvidarlo. El don es, según ella y en su cultura, una especie de pago debido y, por tanto, una liberación para quien lo hace. Bussy, en cambio, lo interpretará como una ofensa a su orgullo, sobre todo porque en este caso quien regala es una mujer:

Vosotros que, sin conocerlo, juzgáis mi país bárbaro, tal vez sepáis explicarme por qué en el vuestro se agradece un servicio con un insulto y se despide a un huésped pagándole como a un sirviente [...] En mi país, no recibimos nada de las mujeres, replicó Bussy con fuerza. (112).

⁷⁷ Si los hindúes emplean guirlandas, en Versalles hay tapices (443).

De todas formas y en general, entre los personajes principales, en una y otra orilla, predomina la tolerancia y el deseo de conocer la cultura del otro. La narradora se encarga de organizar una serie de escenas pedagógicas, con sus informantes expertos y sus informados ignorantes, asombrados y agradecidos⁷⁸. En este caso es Bussy, el europeo, quien pregunta:

Subás, nabás, padichás, rajás y maharajás, ... entonces, ¿todo el mundo es rey en este país? [sigue la explicación de Kerjean]
- ¡Gracias!, dijo Bussy, habéis desembrollado el caos maravillosamente, y ahora estoy perfectamente informado. Hasta ahora solo conocía el Indostán legendario y sagrado cuya poesía me había entusiasmado, y había creído encontrarlo aquí tal cual. (220).

Bussy aprende que las mujeres hindúes, por pudor y por ternura, no deben pronunciar nunca en voz alta el nombre del esposo (209), o que cuando se come al modo oriental se come con las manos. Para el lector, resultará sorprendente conocer los intereses y las preguntas de las mujeres; como ya hemos señalado antes, las mujeres siempre se interesan por las “otras” mujeres; la narradora encuentra buenos momentos para establecer el contraste con una sonrisa: “¿Es verdad que en tu patria, le dijo a Bussy, las mujeres y los hombres comen juntos?”, (442).

La mirada de Bussy, al menos en las ocasiones en las que no se siente directamente implicado, va más allá del rápido comentario descalificador; para señalarlo, la narradora está obligada a jugar con diferentes puntos de vista: mientras Kerjean solo ve prácticas ridículas en las ceremonias religiosas, Bussy encuentra en ellas elevación y belleza:

Yo no lo veo así, amigo, respondió Bussy; esto tiene algo de grandioso, este saludo al sol naciente, y no puedo dejar de mostrar respeto y simpatía por una religión en la que la limpieza es una oración, (294).

⁷⁸ Una estrategia recurrente que justifica las descripciones de todo tipo de realidades. Este será también el sistema que utilizará Jules Verne.

La tolerancia de Bussy, como la del faquir Sata-Nanda⁷⁹, o la de Chonchon⁸⁰, la hija de Dupleix, quizás como la de la misma Judith, favorece el espíritu del juego, de esas chispas gratuitas que desarmen la seriedad de la razón y de la lógica, porque no es lógico, por ejemplo, que Bussy haga chistes cuando está en serio peligro de muerte; este es el caso cuando se enfrenta a Arslan-Khan (a quien Urvasi había enviado con el encargo de matarlo): “¡Pardiez!, se dijo Bussy riendo, me parece que estoy en la cruzada y que voy a combatir contra un capeón de Saladino”. (223).

El humor se entromete en la epopeya y la contamina, pero también nos permite superar tanta cruel exageración y tanta muerte. De alguna manera es casi lo esperado, como un intermedio jocoso para descansar de la tragedia, un alivio en la tensión del espectáculo, pues como en las novelas anteriores, la batalla es aquí, ante todo, un espectáculo artístico; en esta novela, espectáculo literal:

- ¿Y no podría verlo yo también, preguntó vivamente: la masacre de estos bárbaros es un espectáculo que me gustaría mucho. [...] A la altura señalada se llevaron cojines y un parasol con flecos de perlas, bajo el que se instaló la reina. (204)

Como en los antiguos cantares, resulta obligado en la novela señalar la desproporción de las fuerzas para que la victoria de los más débiles en número (los franceses en este caso) sea considerada una hazaña y merezca el reconocimiento de la Historia. *La Conquista del Paraíso* es una epopeya del amor y de la guerra, en la que los caminos de la épica y de la lírica se entrecruzan. No se verifican en el caso de la escritora Judith Gautier los argumentos que desarrollo en Vizconde de Broc en su libro *Les Femmes auteurs* (1911):

⁷⁹ Es curioso observar que a todos estos personajes los unen lazos de amistad. Todos poseen, como dirá el faquir refiriéndose a Bussy, “la triada mágica: el armonioso equilibrio del corazón, de la inteligencia y del cuerpo” (465).

⁸⁰ En una escena, Chonchon dice estar leyendo “la última tragedia de Voltaire” (271). Según una nota del editor de la obra se trataría, probablemente, de *Meropea* (1743). Voltaire contribuyó a que se conociera la India en el siglo XVIII.

Las mujeres, dotadas de imaginación, brillan en la poesía, en particular en el género sentimental, ya que “no están llamadas al éxito en el género lírico ni en el épico. La novela, considerado un género femenino por excelencia, proporciona a las mujeres elementos de éxito, se compone de acontecimientos imprevistos, de dramas del corazón. La pasión representa un papel principal. Cuando las mujeres escriben para la infancia y la juventud cumplen realmente su función: “al trabajar como escritoras trabajan como madres”. Destacan en el arte de escribir cartas [...] Pero la Historia general, con H mayúscula, no las atrae, no conviene a su escaso interés por la compilación y el análisis profundo. Y el terreno científico, en general, tampoco es el de las mujeres. “Le repugna a la naturaleza de su espíritu como todo lo que es positivo y reclama una atención alerta.” (Saint-Martin, 1990: 53).

Judith Gautier, mujer y escritora, contradice cada uno de los argumentos del vizconde. En *La Conquista del Paraíso*, gracias a la cuidadosa y amplia documentación de la autora, entramos en el paisaje, en la arquitectura y en el imaginario de la India; las aventuras que se suceden con rapidez dejan el espacio suficiente para la descripción de las ciudades, de las calles, de los edificios, de los palacios, de los jardines. Igual que lo hace Jules Verne, Judith justifica sus elaboradas descripciones: Bussy, el héroe de la novela, es también un estudioso que se interesa por “los monumentos, la literatura y las costumbres de este país” (308). El general Dupleix también parece consagrar gran parte de su tiempo a la lectura y al estudio, pues su despacho está “repleto de libros y de registros” (183). A través de la mirada y el asombro de estos personajes la narradora ofrece los detalles de sus descripciones tan informativas como poéticas.

A medida que avanza el relato, las arquitecturas se vuelven más sorprendentes. Veremos la ciudad del gran Bali, Mahabalipuram:

Estos templos y estas salas subterráneas son todo lo que queda de una ciudad maravillosa tragada por el mar. [...] ¡Es imposible imaginar cómo los hombres fueron capaces de esculpir de este modo las montañas y bordarlas con esta profusión de esculturas! (227-228).

Entrar en el palacio de la reina de Bangalore es avanzar por un camino de iniciación a la maravilla: una serie de ocho patios ordenan este recorrido a través de los espacios y del conocimiento, pues cada patio representa un arte, (310). La apoteosis se alcanza en la “Isla del Silencio”, donde triunfa la descripción de un universo imposible, onírico, microcosmos trampa⁸¹: a la Isla del Silencio se llega en barca, atravesando un lago infestado de cocodrilos. Al final del recorrido, Bussy entrará en una habitación octogonal, donde lo reciben con este anuncio: “para ti esta habitación es una tumba” (317); allí está el trono de Urvasi, bajo columnas esculpidas de elefantes, y protegido por una turba de monos agresivos⁸².

Aunque ya hemos tenido ocasión de ver elefantes en las grandes paradas festivas y en las batallas en *Iskender* y en *La Soeur du Soleil*, en *La Conquista del Paraíso*, aparecen como símbolo de la India y se convierten en verdaderos personajes: los vemos en la vida cotidiana, conocemos a sus cuidadores, los observamos en el trabajo, en la batalla; y también los veremos en los templos.

Un mahout se ocupa de cada elefante, lo cuida y lo adiestra. Para animarlos a la marcha o al trabajo, les pican detrás de las orejas; en el parque donde viven los elefantes reales, les ofrecen golosinas sobre fuentes de plata, bolitas de arroz y mantequilla batida (310); pasear a lomos de su elefante favorito y adentrarse en el bosque, es uno de los placeres preferidos de la reina, pues la relación de la reina con su elefante no puede ser más cercana y amorosa:

⁸¹ Bussy, invitado por Urvasi, cree que va al encuentro del amor. No sabe los peligros que lo esperan ni que al final, felizmente, gracias a sus amigos, escapará a una muerte programada. El decorado recuerda las novelas fantásticas y góticas; esos ecos despertaría en los lectores de la época. Hoy, su estética nos recuerda las creaciones de nuestra propia modernidad: películas, series, videojuegos..., en los que, paradójicamente, podría parecer que Judith se ha inspirado.

⁸² Frente al peligro, Bussy, héroe moderno, cercano a su público, reacciona con humor, desmontando estereotipos: “¡Esto sí que es halagador!, pues sí que tienen mi valor en alta estima. Envían contra mí a todos los pigmeos de Bangalore” (318).

La reina se dio prisa en descender, y cuando apareció en el pórtico del palacio, su favorito, Eravata, que tenía el mismo nombre que el elefante de Indra, se acercó a ella agitando las orejas y delicadamente le ofreció un loto azul⁸³. (376-377).

El trato que reciben los elefantes no es para menos, pues, para honrarlos, rocían sus orejas con agua de almizcle y rosas. Aptos para las relaciones más tiernas como para las más peligrosas hazañas, los vemos “en el espectáculo de un combate de elefantes, tigres y rinocerontes” (424), o perfectamente armados para la guerra: “Los elefantes, armados para la guerra, aparecían como increíbles monstruos: un caparazón los cubría...” (342); conocemos también sus debilidades: la presencia de caballos los irrita siempre. (390)

Bussy recibe un elefante como regalo y, buen conocedor de la mitología hindú, lo llamará Ganesha⁸⁴, dios de la sabiduría (290). Gracias él podrá escapar de la Isla del Silencio; a Ganesha lo instalarán en el mejor lugar del parque; enseguida reconocerá a su amo y lo saludará con un gruñidito tierno y agitando las orejas; También será Ganesha, magníficamente ataviado, quien lo llevará en un houdah de doble cúpula cuando desfile como embajador, (407).

Con estos antecedentes y con toda la información recogida en Los Pueblos Extraños sobre el reino de Siam, Judith creará el personaje de Ivarata, el elefante blanco, y le dará la palabra y la escritura.

*El Viejo de la Montaña*⁸⁵ es la última gran novela histórica de Judith Gautier. Se la dedica a su amigo, el arqueólogo y diplomático Clermont-Ganneau. Según Bettina Knapp se trata de una novela pacifista:

⁸³ Son gestos y actitudes que repetirá Iravata, el elefante memorialista, para la princesa Parvati.

⁸⁴ Como señala el editor: “Ganesha, uno de los dioses más populares del panteón hindú. Hijo de Shiva y de Pavarti. Dios de los comienzos, el que retira los obstáculos. Simboliza el éxito, el poderío, la protección (299-300).

⁸⁵ Novela orientalista, histórica y arqueológica, publicada en la colección “Biblioteca de Novelas Históricas” de Armand Colin. *El Viejo de la Montaña* se publica el mismo año que las *Memorias de un elefante blanco*.

[...], evita los razonamientos simples. No idealiza a los Cruzados. A veces desaprueba a los Templarios. Apoya la tolerancia de los que la predicaban cuando en el horizonte bullían las certezas, las doctrinas y el culto de la venganza. Revela el carácter tiránico de los grandes maestros y la obediencia absoluta que exigen. A pesar de las masacres a gran escala, siempre despunta el milagro del pensamiento. (Knapp, 2007: 300).

El Viejo de la Montaña se desarrolla en el reino latino de Oriente durante la segunda Cruzada, al final del siglo XII. Cuenta la historia de amor entre un caballero francés y una joven oriental, prometida al harén de Rachid ad-Din Sinan, el Viejo de la Montaña. Algunas alusiones a *Tristan e Isolda* y a la *Novela de Wîs y Râmîn* del poeta persa del siglo XI, Fakhr al-Din Gorgâni, la acercan a los relatos del amor transgresor y trágico.

Como héroe épico, Hugo de Cesarea⁸⁶ jura, a la manera de Rolando o de Vivian, no retroceder nunca ante el peligro, aunque en su caso no sea solo para luchar contra los paganos, sino para poder ver una vez más a aquella cuya belleza lo ha deslumbrado⁸⁷: las mujeres orientales poseen el poder de hacer sucumbir a los hombres ante sus encantos, en sus manos están las flechas de un amor que fulmina:

Hugo creyó escuchar una llamada imperiosa, irresistible [...] había bajado a un jardín misterioso [...] había visto a la mujer que cantaba para su eterna desgracia! [...] no era algo natural, semejante frenesí de amor, que quemaba su sangre de repente, como el veneno de una flecha envenenada, (625-626).

6.1. De la historia al cuento

En 1893 Judith publica *Memorias de un elefante blanco*, cuento para niños, y también *Fleurs d'Orient*, una serie de cuentos ambientados en el medio y extremo Oriente.

⁸⁶ Como Ulises en la *Odisea*, a su regreso, escuchará cantar un poema sobre sus hazañas. (715).

⁸⁷ “Juro, Santa Madre de Cristo, que en el combate no daré un paso atrás para salvarme, que me mantendré firme ante los enemigos del Señor, aunque sean cien contra mí, y que moriré por su gloria...”, (635).

También es un libro de cuentos *Les Princesses d'Amour*, publicado por Ollendorf en 1900. En este caso, la acción de los cuentos está ambientada en la época Edo (1603-1867). Judith utiliza el procedimiento literario de los antiguos cuentos orientales, especialmente el de Schehérazade en *las Mil y Una Noches*: algunas geishas de Yoshiwara se reúnen en la habitación del Pájaro-Flor y cuentan historias de amor y desamor.

Le Paravent de Soie et d'Or, publicado en 1904, está formado por once relatos inspirados en motivos sagrados, algunos ya publicados anteriormente.

En 1912, Judith publica otro libro destinado a los niños cuyo héroe es Dupleix, el capitán de *La Conquête du Paradis*⁸⁸. Dupleix se proponía como modelo de coraje y como político moderado. Y, en 1914, tras acoger en su casa del “Prado de los Pájaros” a una pareja y a su niño para ponerlos a salvo de las hostilidades de la guerra, Judith escribe otro cuento para niños, *Un General de cinco años*.

Tanto en las novelas “históricas” largas como en los relatos breves y en los cuentos, aparecen una serie de temas y motivos recurrentes, aquellos que no dejaron nunca de interesar a la autora: la Historia y la ficción se combinan, lo documentado y lo maravilloso, las escenas de la vida cotidiana y las aventuras extraordinarias. Y, aunque el tiempo y los espacios cambien, aunque nos conduzcan a civilizaciones lejanas, las luchas son siempre las mismas, los héroes responden a un mismo ideal, las mujeres anhelan mayor libertad. El carácter trágico del amor, en pugna con las tradiciones, con el poder político o religioso, y hasta con la muerte, condiciona la vida de hombres y mujeres, los convierte en modelos de heroísmo, tanto en el terreno de los sentimientos y del honor como en el campo de batalla. En los dos, sin que sufra la belleza, se narran la crueldad y la violencia. Y esta es la elección que, posiblemente, más sorprende en una escritora, (Starr, 2013) como otro exótico viaje, otro de sus caminos de libertad.

⁸⁸ Un “best seller” de la época.

6.2. Camino de las memorias

El capítulo tercero de *Les Peuples Étranges* (1879), “Un día en el reino de Siam”, representa un buen anticipo de la atmósfera en la que se moverá el elefante blanco. En este “artículo”⁸⁹, Judith Gautier, como tantas veces, elige el tiempo presente y el momento del amanecer para presentar el marco del que es su paisaje privilegiado:

Es el momento en el que acaba la noche. Como un enemigo vencido, el azul oscuro huye hacia el horizonte de occidente, y el valle de Siam despierta perezosamente [...] Y ya, los elefantes en grupos se acercan a beber en el Meï-Nam que corre, ancho y tumultuoso en el fondo del valle [...] Algunas barcas de pescadores [...] avanzan rápidamente y de pronto, ante ellas, se recorta el perfil de una gran ciudad [...] es Bangkok, la capital del reino de Siam. (235-236)

Para los lectores, efectivamente, se trata de un descubrimiento, en un presente que abarca la evocación y el momento de la lectura. Este método, que abusa de las fórmulas de presentación, es apto para todos los géneros, desde las piezas más líricas, hasta el teatro, los cuentos o las novelas: un modo sencillo y directo de dirigir nuestra mirada hasta lo lejano y lo extraño que se nos presentan así como “evidencias”.

En este caso, Judith nos conduce hasta el mercado flotante de Bangkok: “Pues es en el barrio flotante donde se celebra el mercado de Bangkok” (236), y en él, gracias a las exhaustivas enumeraciones, paseamos entre la muchedumbre, nos acercamos a los comerciantes, observamos la mezcla de vestidos, colores y perfumes...

⁸⁹ *Les Peuples Étranges* podría considerarse una obra de carácter divulgativo. Próxima en su formulación al “cuaderno de viaje”, cada capítulo, como una verdadera narración, tiene sus testigos, sus personajes destacados y su movimiento. Es posible que Judith se inspirara en *Les Mémoires d'un éléphant* de Jean-Henri Marchand, obra publicada en 1771, y quizás también en *Voyage dans l'Inde, la Chine, le Japon* (1891), de L. Peyrin para sus *Memorias de un elefante blanco*. L. Peyrin ya señalaba que la presencia de un elefante blanco trae la felicidad (en el reino de Siam), o que la encarnación en elefante es una etapa intermedia entre la realeza y la divinidad.

Es día de fiesta: varios criminales deben sufrir diferentes suplicios; y es de todo punto indispensable ir a ver cómo sabrán morir estas gentes. (237-238).

Entramos en la gran plaza de las ejecuciones, observamos a los verdugos y a las víctimas:

El asesino se ha sentado en una piedra. Mientras comienzan a destriparlo, saca de su bolso un plátano y lo muerde. Los verdugos continúan con su tarea. El paciente rechina los dientes y sus manos se crispan; intenta llevarse de nuevo el fruto a la boca; pero, pronto se retuerce, palidece y muere silenciosamente. (240)

Como es “día de fiesta”, la ocasión se presenta propicia para justificar la descripción de los magníficos cortejos y paradas (motivo recurrente en todos sus relatos):

Veinte guardias montando caballos negros corren delante del mandarín agitando el estandarte de Siam en el que está bordado un elefante blanco sobre un fondo de satén rojo. [...] Los soldados caminan a grandes zancadas para mantenerse al paso del magnífico elefante cubierto de terciopelo rojo bordado en oro que lleva al Prah-Klang. [...] Se para ante una gran puerta lacada e incrustada de oro, ante la que ocho elefantes atentos permanecen como centinelas. [...] un segundo grupo de elefantes, soberbiamente vestidos... (242-243).

Atravesando la puerta que guardan los ocho elefantes entramos en la Sala Oficial de Audiencias. Judith se recrea en la descripción de la arquitectura y de los decorados:

En el centro de la sala, sobre cuatro elefantes de mármol blanco, se eleva un gran trono abovedado como el nicho de un dios [...] Cuando sale del Salón de Audiencias, la multitud rodea al Prah-Klang y lo felicita; este declara que, para hacer al público participe de la alegría del ministro, autoriza la visita a los elefantes blancos reales en su augusta cuadra. [...] y la multitud se precipita a través de los vastos patios hacia el palacio de los nobles animales.

Este palacio se levanta en medio de una verde pradera, sus muros son de madera de sándalo, y su ancho tejado, que luce bajo un barniz rojo, está decorado a intervalos con globos de cobre y cabezas de elefante esculpidas.

La multitud entra con respeto en una gran sala dispuesta para la comida de las ilustres bestias. Allí están, a esta hora, Rey Magnánimo, Príncipe Formidable y Soberano Resplandeciente; sus colmillos están adornados con campanillas de oro, su ancha frente coronada con una gruesa cadena. Los tres son blancos como la leche. Están de pie ante las mesas de mármol, y dieciocho sirvientes les presentan delicados frutos en grandes cuencos de oro o de plata. [...]

En las vigas rojas del techo se balancean, con divertidas contorsiones, los monos blancos cuya presencia es excelente para conjurar las desgracias y para alejar las enfermedades que podrían amenazar a los nobles animales.

En otro tiempo, estos elefantes blancos eran libres, corrían, pesados y felices en los bellos bosques de Laos, cogiendo manzanas silvestres de los árboles cubiertos de lianas, bebiendo por encima de los sauces el agua de un lago perfumado de nenúfares e iris. Pero, una tarde, al apoyarse para dormir en su árbol habitual, lo sintieron tambalearse y romperse de repente bajos sus pies, pues un hombre, durante el día, había aserrado el pie del árbol. Caídos, fueron capturados, atados, entregados a hembras adiestradas que, a trompazos, los forzaron a someterse. Después se los ofrecieron al rey de Siam; y, ahora, se esfuerzan para olvidar, en medio de los oros y los mármoles, los limpios lagos, los hermosos campos, los grandes bosques. (246-247).

Porque antaño, cuenta Judith, también existió el paraíso de los elefantes blancos. Para encontrar un nuevo paraíso en el presente será preciso conformarse o realizar grandes esfuerzos para olvidar el primero. En este empeño consistirá la aventura del elefante blanco que escribe sus *Memorias*: en la búsqueda de un compromiso entre los teatrales artificios, la arquitectura de toda una civilización (que nunca parece ser la mejor opción por magnífica, exuberante y lujosa que se muestre) y una naturaleza salvaje y libre.

Tras las fiestas y ceremonias, todos regresan a sus casas. Judith muestra los contrastes, el decorado y la cena de los pobres:

En seguida, cada siamés vuelve a su casa, se sienta sobre una esterilla ante la cena. Los pobres comen arroz o balacha, horrible sustancia nauseabunda; [...] En algunos lugares de la ciudad, los señores dan fiestas y representaciones teatrales. (248).

Y así entramos en la mansión del Phia-pi-patkosa, ministro de segundo rango, y Judith describe el decorado, los cuadros de batallas o el “de la caza con elefantes o rinocerontes” (250), nos habla de la música y de las representaciones que lo entretienen: una comedia birmana, “La Princesa de la ciudad de plata”. Así, entre écfrais y espejos (“mises en abyme”), Judith transforma en acción las descripciones, y las pinturas y guiones en leyendas actualizadas. Cuando llega la noche acaba el cuento, se cierra el telón y el paisaje:

Pero pronto los invitados se retiran, la casa se queda oscura y silenciosa. Todos los siameses van a acostarse, y el esposo se duerme al lado de la esposa cuya inferioridad está indicada por la almohada, más baja que la del amo, en la que apoya la cabeza. Bangkok se envuelve en sombra y tranquilidad... (255).

Como la gran mayoría de la obra de Judith Gautier, *Les Peuples Étranges* tampoco se ha traducido al español. Este capítulo, dedicado al reino de Siam anunciaba algunos motivos que desarrolló en novelas posteriores, principalmente en *La Conquista del Paraíso* y en *Las Memorias de un elefante blanco*. Por esta razón he querido ofrecer aquí la traducción de algunos de los fragmentos más significativos.

En el cuarto capítulo de la misma obra, “Doce horas en la bahía de Turana, en Cochinchina” se encuentran otros detalles que también merece la pena destacar. Me he preguntado en otro momento si Judith era escritora o viajera. No quisiera concluir con facilidad, definiendo su escritura como un viaje en el espacio y en el tiempo. Sin embargo, en el capítulo al que me refiero, la autora aporta un principio de solución a la disyuntiva: elige la técnica de la autobiografía y la voz de una primera persona masculina para contar el episodio de un viaje, concretamente una parada de doce horas en la Cochinchina.

Es el viajero mismo quien lo cuenta, en primera persona, y sus gustos, sus preferencias, su estilo, es el mismo al que nos está acostumbrando la escritora Judith Gautier; el viajero, enamorado como ella de los amaneceres, inicia su relato con “el primer rayo de sol” (264).

¿Existe un despertar más agradable que el que os sorprende, después de una larga travesía, en la estrecha cabina de un barco que toca puerto?

[...] Fue en la bahía de Hane, en Cochinchina, donde desperté así una mañana, tras quince días de travesía; veníamos de Singapur. (263)

La descripción juega con la referencia y la imaginación y, como en los paisajes proustianos, se apoya en metáforas de enorme plasticidad:

...la imaginación completaba el esbozo entrevisto y la fantasía, tal vez, aumentaba la extrañeza del paisaje. Yo esperaba y temía que se rasgara el velo. Ocurrió pronto, casi bruscamente; el sol bebió de un solo trago todas las brumas flotantes y la región apareció. (265).

La misma estrategia teatral se repetirá a menudo: esa primera visión que confunde, difumina los contornos y aleja el paisaje hasta una especie de dimensión onírica: poco a poco o bruscamente, se perfilan las líneas y aparecen los colores: un personaje, el entendido (generalmente un autóctono) presenta y explica. Su función es la de traducir, en la lengua del otro, palabras y costumbres:

Intentamos abrírnos paso por entre la muchedumbre alegre.

-Tenga cuidado, me dijo A-lan, evite rozar a los paseantes; aunque lleven vestidos de fiesta, son de una suciedad sin igual y contagiosa. [...] Todos se rascaban con una delgada alfiler de marfil, todos tenían los labios de un color púrpura sangre y masticaban betel. (271)

Así llegan a la Plaza Verde, observan la arquitectura, los objetos del bazar (y es la ocasión justificada para confeccionar

listas y descripciones), los diferentes ídolos. Entran en la tienda de un fabricante de muebles de arte. Presencian el cortejo de una boda. Se encaminan a las grutas:

La escalera llevaba hasta la puerta de arquitectura china de una pagoda que se parecía mucho a un castillo fortificado. Una inscripción grabada en la roca nos anuncia que esta es la entrada de la gruta consagrada al cielo, al mar y a la tierra. (280)

Llegan a “la entrada del pasillo secreto que desciende hasta la pagoda subterránea”. Observación e imaginación se confunden: “Uno creería ver una de esas construcciones fantásticas que el invierno construye con los bloques de hielo rodeados de nieve en las regiones boreales. Un mármol blanco” (281).

Entre el desear ver y el creer ver, Judith elige sus colores y toma posición en los distintos géneros; si hay dos colores que permanecen en nuestra imaginativa retina después de leerla, en mi caso el blanco y el rojo, más que como símbolos, aparecen como los pigmentos de una escritura y de un proyecto autobiográfico particulares.

6.3. El proyecto autobiográfico

Después de *L'Inde Éblouie*, *Las Memorias de un elefante blanco* confirman la necesidad de un Paraíso⁹⁰.

Dos de sus novelas presentan episodios inspirados en su propia historia, en su infancia y adolescencia. Se trata de *Lucienne* y de *Isoline*, ambas con nombre de mujer.

Lucienne (1877), que primero se tituló: *Jeux de l'Amour et de la Mort* (Juegos de Amor y Muerte), se publicó por entregas en el periódico *Le Rappel* y, unos años más tarde, como libro en Calmann-Lévy. Es una novela de corte romántico⁹¹, que hoy

⁹⁰ El exotismo de Judith Gautier surge de su convicción de que el mundo no puede continuar existiendo sin refugios para los heridos por la banalidad y la fealdad de la vida moderna, (Viñas, 2018: 127).

⁹¹ Judith seguía siendo romántica, por su “idealización de la belleza, la aspiración al idilio amoroso, aunque no necesariamente al final feliz” (Knapp, 2007: 212).

podríamos clasificar en el ámbito de la “auto-ficción”⁹². Muchas mujeres de su época habrían podido identificarse con la protagonista y con su íntimo rastreo de la memoria.

En 1882, *Isoline* se vendió tan bien que el editor Chavary la imprimió por segunda vez a los pocos meses. Como en *Lucienne*, también se aprecia en ella un cierto carácter autobiográfico⁹³. Los motivos centrales son la introspección, la contemplación y la melancolía⁹⁴.

Lucienne e Isoline, las protagonistas, tienen algo de Judith, y no solo las anécdotas que les atribuye, también comparten su voz y su particular mirada sobre el mundo. Algo semejante ocurre cuando escribe sobre Wagner; de algún modo, lo hace también sobre ella misma:

Wagner se convirtió en un caso único en la literatura memorial, que ocupará el centro de algunas obras y será un personaje muy querido en una serie de estudios realizados con pasión y sin duda también con un deseo de propaganda. (Knapp, 2007: 356).

Pero, su autobiografía, *El Collar de los días*, representa un proyecto mucho más ambicioso y necesario. Según Bettina L. Knapp, “revela el deseo de un orden en el caos interior, y de una desintegración de dicho orden para poder encontrar el origen de las cadenas que, en lugar de liberar, aprisionan”, (Knapp, 2007: 357). Resultó un éxito literario y no dejó de reeditarse⁹⁵.

⁹² “la técnica de la novelista en este texto es impresionista; el personaje es autónomo, pero también espejo de Judith en sus implicaciones autobiográficas [...] Esta manera de presentarlo le permite sondearlo en profundidad y dejar al lector en una duda permanente: ¿se trata de Lucienne, de su autor?” (Knapp, 2007: 199).

⁹³ Muchos episodios de la infancia del personaje vuelven a tener eco en el primer volumen de su autobiografía, *Le Collier des jours*.

⁹⁴ Algunos capítulos recuerdan episodios de su propia infancia. Puede apreciarse la influencia de las *Mémoires d’Outre-Tombe*, o de la novela gótica, sobre todo la parte bretona, el castillo de Combourg, pues el castillo de Conninai aparece al modo de las casas encantadas en los cuentos de Poe. (Knapp, 2007: 229).

⁹⁵ En 1915 Judith seguía escribiendo para una Cuarta vuelta del Collar... Entre 1845 y 1917 vivió Judith Gautier una vida de arte y de escritura. Todo cuanto quiso recordar lo cuenta en los tres volúmenes de *El Collar de los días*. Estos

En 1913 Judith sueña con otro trabajo sobre la memoria: se propone encontrar y publicar las cartas de Madame de Sevigné. En realidad, es Judith quien recrea esas supuestas cartas, ilustradas con las acuarelas de Madeleine Lemaire. No se esconde el pastiche, las cartas no datan del siglo XVII sino del XX, y se envían desde París. Son las *Lettres inédites de Madame de Sevigné*: “Judith Gautier se divierte, divirtiendo a la galería; con el pretexto de una vuelta al pasado -una narración de carácter fantástico- medita sobre la nostalgia”. (Knapp, 2007: 379).

Para sus biógrafos, seguir el hilo de su vida resulta relativamente fácil. En la cincuentena, Judith Gautier decide recordar y escribir, en sucesivas vueltas de collares pretende ir hilvanando las cuentas de la memoria de los días. *El Collar de los días* es la fuente principal de Bettina L. Knapp; el primer capítulo de su biografía sigue, casi al pie de la letra, *La primera vuelta del collar*, interpretando allí donde Judith no lo hace, o reinterpretando y contradiciendo sus propias interpretaciones. Los capítulos de Bettina L. Knapp toman sus títulos del texto del *Collier*⁹⁶, también los mejores momentos, las anécdotas más brillantes. El texto de la biógrafa y las citas de Judith se entremezclan de manera un tanto caótica y arbitraria. En absoluto se tiene en cuenta que la fuente que se utiliza es una obra de arte, objeto literario en el que se trabaja la búsqueda del paraíso y la transposición estética⁹⁷, de igual modo que en todas sus obras.

textos autobiográficos no están traducidos al español, como tampoco lo está su vasta obra narrativa.

⁹⁶ El primer capítulo se titula “Ma répugnance à venir au monde” (Mi repugnancia a nacer), el segundo: “L’heure où le père est à nous”, (La hora en que papá es nuestro) el tercero: «Nos meilleures journées étaient celles que nous pouvions passer avec père» (Nuestros mejores días eran los que podíamos pasar con papá), ...

⁹⁷ “No era necesario que dijera que los hombres del Sol Naciente son semejantes a hombres, ni que las flores se marchitan en sus jardines como en los nuestros; ella no lo negaba, pero quería ignorarlo: su Oriente era un esplendor total, del que había borrado las manchas y las taras; lo conservaba irreprochable, porque necesitaba imaginar que existe en nuestro planeta un paraíso necesario”. (Haroucourt, 1922).

7. LEER LAS MEMORIAS DE UN ELEFANTE BLANCO

Aunque este “cuento” puede leerse sin introducción ni recomendaciones, sin estudios ni análisis previos, y esta ha de ser, a mi entender, la lectura más placentera de cuentos y novelas, las páginas anteriores me han servido para presentar, aunque muy fragmentariamente, a la autora y sus circunstancias. Me sentí animada para hablar, sobre todo, de aquellas obras que de un modo u otro anunciaban al elefante. He atendido especialmente a la Judith narradora de historias que esconde un imperioso deseo de “decirse” y de contar su propia historia.

El Dragón imperial, La Conquista del Paraíso, Iskender, y hasta los capítulos divulgativos de *Los Pueblos Extraños*, muestran, paradójicamente, de un modo más auténtico y verosímil que sus “novelas autobiográficas” (*Lucienne, Isolina* o que *El Collar de los días*), el deseo de Judith. En las novelas encuentra la polifonía de su propia voz en la de los personajes que viven las aventuras que ella imagina. Unas veces es la voz femenina de las princesas o de las reinas, mujeres contradictorias, poderosas y sumisas. Otras es la voz masculina de los reyes, de los héroes estudiosos y enérgicos, hombres de acción y de pensamiento, tolerantes, pero también violentos y crueles. A Bussy, a Dupleix, a Iskender, y hasta al Viejo de la Montaña (que es muy joven), Judith los conduce por el mismo camino de aprendizaje, hacia la moderación y la serenidad de un imposible paraíso. Lo mismo ocurre con las grandes presencias femeninas; estas mujeres que parecen recrearse en el dolor de los otros y en el propio, adictas al espectáculo de la sangre, no tienen más paraíso que el de la calma que les procurará la aceptación, la renuncia o el sacrificio.

El Elefante blanco es una voz singular en el coro de voces de la autora. Voz masculina y voz animal, susceptible de educación y de mejora. Voz que explícitamente se convierte en palabra escrita y firmada, en libro de *Memorias*, de todas las edades y para todas las edades. El elefante blanco escribe en rojo sobre madera blanca las enormes y desiguales letras de un alfabeto propio que quiere ser reconocido.

En la escritura del elefante se escucha un deseo de afecto y de ternura, de amistad y de pasión, y las dificultades que encuentra

para expresarlo, porque la piel que desea es rugosa y gruesa y apenas reconoce la caricia; porque en el rostro del elefante solo el ridículo movimiento de las orejas puede expresar la alegría; sus barridos y pataleos nunca se sabe muy bien si son señal de enfado o de contento..., porque el elefante blanco escucha y entiende a duras penas, y aún le resulta más complicado comprenderse y hacerse entender. La lectura de las *Memorias* no es simple, aunque el estilo trabaje para la sencillez y para que *Las Memorias de un elefante blanco* sea una aventura para todas las edades y todos los lectores: algunos la leerán informativa, entretenida y exótica, otros leerán en ella un modelo y una enseñanza, habrá quien, a pesar de los disfraces y de los estereotipos, le descubra un fondo de poesía erótica; habrá quien se sorprenda por la crueldad en la que en ocasiones se recrea Irvata, este elefante blanco, tan irónico, tan sensato...

En diciembre de 1894, en Tigre Hotel, Ruben Darío escribe “Era un aire suave”, poema que forma parte de sus *Prosas profanas y otros poemas*. Basten unas estrofas para entrar con él en una lectura modernista, en el ambiente, en la música y en la poesía de las *Memorias*:

.....
¿Los amores exóticos acaso?
Como rosa de oriente me fascinas:
me deleitan la seda, el oro, el raso.
Gautier adoraba las princesas chinas

¡Oh bello amor de mil genuflexiones;
Torres de Kaolú, pies imposibles,
Tazas de té, tortugas y dragones,
Y verdes arrozales apacibles!

Ámame en chino, en sonoro chino
de Li-Tai-Pe. Yo igualaré a los sabios
poetas que interpretan el destino;
madrigalizaré junto a tus labios.

.....
O con amor hindú que alza sus llamas

en la visión suprema de los mitos,
y hace tambalear en misteriosas bramas
la iniciación de los sagrados ritos

en tanto mueven tigres y panteras
sus hierros, y los fuertes elefantes
sueñan con ideales bayarderas
los rajahs constelados de diamantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Amossy, Ruth. (2009). «La double nature de l'image d'auteur», Argumentation et analyse du discours, la revue électronique du groupe ADARR, 3- 2009: Éthos discursif et image d'auteur. (mis en ligne le 15 octobre 2009).
- Barthou, L. (1932). «Wagner et Judith Gautier», *La Revue de Paris*, 4, 481-498.
- Bergerat, Émile. (1911). *Théophile Gautier. Entretiens, Souvenirs et Correspondance*, préface d'Edmond de Goncourt, Paris: Charpentier-Fasquelle.
- Bergerat, Émile. (1911). *Souvenirs d'un enfant de Paris. Les Années de Bohème*. Paris: Charpentier.
- Bergerat, Émile. (08-01-1918). «Judith Gautier».
- Brahimi, Denise. (1990). *Théophile et Judith vont en Orient*, Paris: La Boite à Documents.
- Brahimi, Denise. (1992). «Judith Gautier, ses pères, sa mère, son œuvre», pp. 55-60. *Romantisme*, n° 77: *Les femmes et le bonheur d'écrire*.
- Bueno Alonso, Josefina. (1996). «Le statut de la femme écrivain au XIXème siècle: Judith Gautier», pp. 53-63. *Aproximaciones diversas al texto literario*.
- Camacho, M. Dita. (1939). *Judith Gautier, sa vie et son œuvre*. Paris: Librairie Droz.
- Cixous, Hélène. (1995). *La risa de la Medusa*. Prólogo de Ana María Moix. Barcelona-Madrid: Anthropos.
- Collonges. (1910). «La Vie de paris. Mme Judith Gautier à l'Académie Goncourt», [Recueil factice d'art. Biographiques sur Judith Gautier]. Gallica. Bnf.fr. RF.59973.
- Danclos, A. (1996). *La vie de Judith Gautier: égérie de Victor Hugo et de Richard Wagner*. Paris: F. Lanore.
- Darío, Rubén. (2016). *Poesía Completa*. Álvaro Salvador, edición e introducción. Madrid: Verbum.

- Flaubert. (1946). *Salammbô*, in *Flaubert Oeuvres*, Texte établi et annoté par A. Thibaudet et R. Dumesnil. Brujas, Belgique: NRF, Bibliothèque de la Pléiade.
- France, Anatole. (1968). *La Vie littéraire*, 3^{ème} série, nouvelle édition établie par Jacques Suffel. Paris: Calman-Lévy.
- Gautier. J. (2011). Yvan Daniel (éd.), *Œuvres complètes de Judith Gautier, Romans, Contes et Nouvelles*, Paris, Classiques Garnier, col. «Littérature française du XIX^e siècle», vol. 1.
- Gautier. J. (2015). Yvan Daniel (ed.), *Œuvres complètes de Judith Gautier, Romans, Contes et Nouvelles*, Paris, Classiques Garnier, col. «Littérature française du XIX^e siècle», vol. 2.
- Gautier, Judith. (1879). *Les Peuples Étranges*, Paris: G. Charpentier Éditeur. Gallica. Bnf.fr.
- Gautier, Judith. (1904). *Le Collier des jours: souvenirs de ma vie*, Paris: Felix Juven Éditeur. Gallica. Bnf.fr.
- Gautier, Judith. (1904). *Le Second Rang du Collier*, Paris: Felix Juven Éditeur. Gallica. Bnf.fr.
- Gautier, Judith. (1885). *Poèmes de la Libellule*. Paris: Gallica. Bnf.fr.
- Gautier, Judith. «Le Centenaire (1917-2017)»: <https://www.paris-iea.fr/fr/evenements/judith-gautier-le-centenaire-1917-2017>
- Gautier, Judith. «Souvenir d'une folle soirée» *Cosmopolis*, p. 765.
- Geisler-Szulewicz, Anne. (2018). «Mémoires enchêvetrées: Le Collier des jours et le Second rang du collier», *Bulletin de la Société Théophile Gautier*, n° 40: Gautier: Judith et Théophile. www.theophilegautier.fr/judith-gautier.
- Gourmont, Jean de. (1904). « Littérature. Remy de Gourmont : *Judith Gautier*», *Mercure de France*, mars 1904, p. 752.
- Gourmont, Remy de. (1904). «Judith Gautier», *Les Célébrités d'aujourd'hui*. Paris: Bibliothèque internationale d'édition.
- Gourmont, Remy de. (1904). «Les souvenirs de Judith Gautier», *Promenades littéraires*, *Mercure de France*.

- Haraucourt, E. (1922). «Judith Gautier», *L'Information*.
- Illanes, Immaculada, (2018), «Los relatos de Judith Gautier», pp. 113-122, Capítulo 5, *Escritoras en Lengua Francesa. Renovación del canon literario*. Granada: Comares.
- Izquierdo, Patricia. (2009). «Souci du perfectionnisme: Judith Gautier, Andrée Vivien et Cécile Sauvage» *Devenir Poétesse à la Belle Époque. Étude littéraire, historique et sociologique*, Paris: L'Harmattan.
- Knapp, Bettina L. (2007). *Judith Gautier. Une intellectuelle française libertaire (1845-1917)*. Traduit de l'anglais et postfacé par Daniel Cohen. Paris: l'Harmattan.
- Le Senne, C. (29-10-1917). «Judith Gautier est morte». [Recueil factice d'art. Biographiques sur Judith Gautier]. Gallica. Bnf.fr. RF.59973.
- Marchand, Jean-Herni. (1771). *Les Mémoires de l'éléphant, écrits sous sa dictée et traduits de l'indien par un Suisse*. Amsterdam- Paris: J. P. Costard.
- Maurice-Verne. (07-01-1918). «La fille de Théophile Gautier vient de mourir», *Le Dimanche littéraire*. [Recueil factice d'art. Biographiques sur Judith Gautier]. Gallica. Bnf.fr. RF.59973.
- Melchior-Bonnet, Christian. (01-10-1930). «Chez Judith Gautier». [Recueil factice d'art. Biographiques sur Judith Gautier]. Gallica. Bnf.fr. RF.59973.
- Meyer-Zundel, Suzanne. (1920). *La Gloire et l'Illusion*. Éditions Hispano-Françaises, Librairie Cervantès.
- Meyer-Zundel, Suzanne. (1969). *Quinze ans auprès de Judith Gautier*. Oporto, Portugal: Nunes.
- Montclair. (1890). «Silhouettes féminines. Madame Judith Gautier», janvier, 1890. [Recueil factice d'art. Biographiques sur Judith Gautier]. Gallica. Bnf.fr. RF.59973.
- Noblet, A. de. (2003). *Un Univers d'artistes. Autour de Théophile Gautier et de Judith Gautier (Dictionnaire)*. Paris: L'Harmattan.

- Peyrin, L. (1891). *Voyage dans l'Inde, la Chine et le Japon. Moeurs, usages et coutumes des peuples de ces contrées*. Tours: Alfred Cattier Éditeur.
- Poiteau, E. (1918). *Quelques écrivains de ce Temps*, Paris: Bernard Grasset.
- Regnier, Henri de. (18-08-1930). «Judith Gautier». [Recueil factice d'art. Biographiques sur Judith Gautier]. Gallica. Bnf.fr. RF.59973.
- Richardson, Joanna. (1987). *Judith Gautier, a biography*. Nueva York: Franklin Watts.
- Roboly, Dimitri. (2009). "Flaubert et les femmes d'Orient" pp. 383-394, *Revue Scientifique de l'Université d'Athènes*, 'Επιστημονική Έπιτηρίς= Annuaire scientifique de la Faculté de Philosophie de l'Université d'Athènes.
- Saint-Martin, Monique. (1990). «Les femmes écrivains et le champ littéraire», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 83, juin 1990. Masculin/Féminin, pp. 52-56. <https://www.persee.fr>
- Swartz, W. L. (1927). «The influence of E. A Poe on Judith Gautier» *Modern Language Notes*, XLIII (3), 171-173.
- Starr, Julien. (2013). «Les sis Gor: Violence in the Fiction of Judith Gautier», *Women in French Studies*, 21 (1), 27-40.
- Starr, Julian. (2018). «Une passion partagée pour l'Orient: Les Mémoires d'un éléphant blanc de Judith Gautier», *Bulletin de la Société Théophile Gautier*, n° 40: Gautier: Judith et Théophile. <http://www.theophilegautier.fr/judith-gautier/>
- Souday, Paul. (s.f.). «Les Mémoires de Judith Gautier», *La Vie Intellectuelle*. [Recueil factice d'art. Biographiques sur Judith Gautier]. Gallica. Bnf.fr. RF.59973.
- Tailhade, Laurent. (1924). « Les morts : Judith Gautier », *La Médaille qui s'efface*, Crès, pp. 227-235.
- Thorel, Sylvie. (2018). «Aspects du roman parnassien» *Bulletin de la Société Théophile Gautier*, n° 40: Gautier: Judith et Théophile. www.theophilegautier.fr/judith-gautier.

- Vedel, Émile. (1910). “Une Académicienne” signé par un lieutenant de vaisseau qui revenait de la Chine. [Recueil factice d’art. Biographiques sur Judith Gautier]. Gallica. Bnf.fr. RF.59973.
- Viñas del Palacio, Yolanda. (2018). «Judith Gautier: parcours de passion, parcours d’écriture», pp. 123-134, Capítulo 6, *Escritoras en Lengua Francesa. Renovación del canon literario*. Granada: Comares.
- Wagner, Richard. (s.f.). *Lettres à Judith Gautier*, Manuscrit de la Bibliothèque Nationale de Paris, cote: Ms. Fr., nouvelle acquisition 12. 235. Don. Ms. 6.103.

II

LAS MEMORIAS DE UN ELEFANTE BLANCO

PRÓLOGO

Cuentan los antiguos que los elefantes escribieron sentencias en griego y que uno de ellos, incluso, habló. Así que no hay nada extraño en el hecho de que el elefante blanco del que aquí se trata, el famoso Iravata, tan célebre en toda Asia, haya podido escribir sus memorias.

La historia de su larga existencia, a veces gloriosa y a veces miserable, a través del reino de Siam, de la India de los marajás y de los ingleses, está llena de sorpresas y es de las más curiosas.

Después de haber sido casi un ídolo, Iravata se convirtió en guerrero; cayó prisionero junto con su dueño, al que él liberó y salvó de la muerte. Luego fue considerado digno de ser el guardián y el amigo de la maravillosa princesita Parvati, que lo redujo a una dulce esclavitud y para la que él inventó extraordinarios juegos.

Veremos cómo un sentimiento ruin, que penetró en el corazón del buen elefante, tan prudente normalmente, lo separó durante mucho tiempo de su querida princesa, lo lanzó a aventuras de todo tipo y le acarreó dolorosos trabajos. Pero, al final, encontró a su dulce amiga y su perdón le devolvió la felicidad.

EL ESCOLAR DE GOLCONDA

Lo primero que debo decir es cómo aprendí a escribir; aunque esto ocurrió bastante tarde en mi larga vida, tengo que explicarlo al principio, pues parece que vosotros, los hombres, que tantos trabajos enseñáis a los de mi raza, no tenéis por costumbre obligarnos a asistir a la escuela, y un elefante capaz de leer y de escribir es por eso un fenómeno tan raro que puede parecer increíble.

Digo raro, porque he escuchado asegurar que mi caso no es único. Durante mi larga convivencia con los hombres conseguí comprender muchas de sus palabras; sabía incluso varias lenguas: el siamés, el indostaní, y un poco de inglés. Hubiera podido hablarlas; lo intentaba algunas veces, pero solo producía sonidos extraños que hacían reír a mis dueños y asustaban a los elefantes, mis compañeros, cuando me escuchaban, pues aquello no se parecía más a su lenguaje, según parece, que al de los hombres.

Tenía cerca de sesenta años, lo que para nosotros es la flor de la juventud, cuando el azar me permitió aprender a trazar las letras y a escribir las palabras que no lograba pronunciar.

El cercado que me tenían reservado en el palacio de Golconda, donde me sentía completamente libre, estaba cerrado de un lado por un muro de ladrillos esmaltados, azules y verdes; era bastante alto, pero me llegaba justo a la axila, así que podía, si eso me divertía, mirar por encima del muro muy cómodamente.

Solía estar en este lugar por los grandes tamarindos que daban una sombra fresca de lo más agradable. Tenía mucho tiempo libre, prácticamente estaba siempre ocioso, pues solo me buscaban para los paseos; una vez bañado, arreglado y comido, mis guardianes, o más bien mis servidores, se echaban la siesta, iban a ver a sus amigos, a divertirse juntos, mientras que, inmóvil bajo los árboles, yo meditaba repasando en la memoria las aventuras de mi vida.

Cada día, de la corte vecina llegaban gritos alegres y risas que me distraían; luego se imponía el silencio y solo lo rompía un salmodiar monótono. Eran unos niños pequeños que recitaban el alfabeto. Allí había una escuela.

A la sombra de los árboles, sobre la hierba cubierta aquí y allá por pequeñas alfombras, los niños, tocados con gorros rojos, se revolcaban y retozaban cuando no estaba el maestro. En cuanto aparecía todos se callaban y él iba a sentarse sobre una alfombra más grande, junto a un viejo árbol. En el tronco de este árbol estaba fijado un tablero muy blanco sobre el que escribía con una punta de bermellón.

Yo miraba y escuchaba, primero de manera distraída, más atento a los juegos furtivos de los escolares, que hacían bromas, me miraban de reojo con muecas divertidas, se partían de risa de repente sin razón alguna. Llovían los castigos, las lágrimas sucedían a las risas, y yo, que de alguna manera era la causa de sus distracciones, no me atrevía a dejarme ver.

Pero se había despertado mi curiosidad. La idea de intentar aprender lo que les enseñaban a estos hombrecitos cobraba fuerza en mi cabeza. No podía hablar, pero, quién sabe, ¡quizás podría escribir!

Oculto entre las ramas a los ojos de estos pequeños traviosos, prestaba una atención extrema a las lecciones, haciendo, algunas veces, un esfuerzo tan grande por comprender, que me temblaba todo el cuerpo.

Solo se trataba de pronunciar en orden las letras del alfabeto y de trazarlas en el tablero blanco. Por la noche, en lugar de dormir, ejercitaba mi mente y cuando, a pesar de mi perseverancia, no podía recordar el sonido ni la forma de las letras, lanzaba gritos de desesperación que, a menudo, despertaban a mis cuidadores.

Un día, ante el tablero de la escuela, estaba de pie un chico mayorcito, pero de inteligencia rebelde. Hacía ya varios minutos que el maestro le ordenaba escribir la letra E. El niño, con la cabeza gacha, un dedo en la boca, se balanceaba avergonzado: no sabía.

De repente tuve un impulso. Alargué la trompa por encima del muro y, tomando suavemente el lapicero de los dedos del pequeño ignorante, algo nervioso por mi osadía, tracé sobre el tablón una E gigantesca.

Fue tal la estupefacción del maestro y de los escolares que solo se manifestó con un gran silencio y sus bocas abiertas.

Enardecido por el éxito, agarré el trapo húmedo que se pasaba sobre el tablero y borré la E que había hecho. Después, en caracteres más pequeños, esforzándome cuanto pude, escribí el alfabeto de principio a fin.

Esta vez el maestro se cayó de bruces gritando “milagro” y los alumnos huyeron espantados.

Yo expresé mi satisfacción agitando de atrás hacia adelante mis grandes orejas.

El maestro se levantó temblando, descolgó el tablero procurando no borrar nada y, tras saludarme muy humildemente, se fue.

Instantes después vi venir a mi cornaca que, sin ponerme los arreos, me llevó por las grandes avenidas del parque hasta el pórtico del palacio.

Allí estaba normalmente mi querida dueña. En aquel momento había abandonado su canapé de mimbre y, arrodillada sobre un cojín, examinaba con asombro el tablero cubierto de letras que le mostraba el maestro de escuela. A su alrededor también miraban las visitas: había varios hindúes y un inglés. La princesa se levantó al verme, corrió hacia mí aplaudiendo.

-¿Es cierto? ¿Es cierto?, gritaba. Iravata, ¿eres tú quién ha hecho esto?

Respondí guiñando los ojos y batiendo las orejas.

-¡Sí! ¡Dice que sí!, afirmó mi dulce dueña, que sabía entenderme muy bien.

Pero el inglés meneaba burlón la cabeza.

-Para creer algo tan increíble tengo que verlo con mis propios ojos en lugar de escucharlo contar.

Quise borrar lo que había escrito en el tablero.

-No, no, gritó el maestro, apartándolo de mí. Yo he visto el milagro y le suplico al espíritu real que habita este elefante que me permita conservar la prueba.

A una señal de la princesa acudieron unos escribas que desenrollaron ante mí una hoja de satén blanco y me dieron una pluma mojada en tinta de oro. El inglés, con gesto divertido, colocó delante de uno de sus ojos un trozo de vidrio y estuvo muy atento. Entonces, seguro de mí, sin dejarme intimidar por las

miradas ni por el silencio, apreté firmemente la pluma con la punta de mi trompa y, sin precipitarme, muy claramente, escribí el alfabeto de principio a fin.

-¡Iravata, mi fiel amigo!, exclamó la princesa, ¡ya sabía yo que eras superior a nosotros!

Con sus hermosos brazos blancos rodeaba mi fea trompa y apoyaba su mejilla contra mi piel rugosa; sentí cómo se le caían las lágrimas; y entonces, temblando de emoción, doblé las rodillas y también lloré.

-Muy curioso, muy curioso, murmuraba el inglés, extremadamente agitado, dejando caer y volviendo a colocarse continuamente el fragmento de vidrio en el ojo.

-¿Qué le parece milord, a usted, uno de los más grandes sabios de Inglaterra?, preguntó la princesa, mientras me secaba los ojos con su chal de gasa.

El sabio había recuperado su sangre fría.

-Quinto Marcio, que fue cónsul tres veces, dijo, cuenta que vio a un elefante trazar caracteres griegos y formar esta frase: "Soy yo quien escribo estas frases y conservo la memoria de los celtas". Y Elián cuenta que un elefante escribió sentencias completas y que incluso habló. Yo no podía creer semejantes cosas, pero hay que reconocer que son posibles e inclinarse ante los antiguos, nuestros maestros, disculpándonos por haber dudado de su palabra.

Mi princesa decidió que el maestro se ocupara de mí y que se encargara de enseñarme a escribir sílabas y palabras, si eso era posible.

El buen hombre, con profundo respeto y una paciencia digna de un santo, puso manos a la obra al día siguiente. Yo me esforzaba tanto en comprender que adelgacé de forma preocupante para los que me querían.

La piel parecía que flotaba sobre mis extremidades como un traje demasiado ancho; pero cuando hablaron de interrumpir las lecciones lancé tales gritos de desesperación que no se volvió a mencionar tal cosa. Solo me obligaron a espaciar las horas de estudio, a pasear y, sobre todo, a que no me olvidara de comer como me ocurría a menudo por la fiebre que tenía de aprender.

Al final obtuve la recompensa de mis trabajos. Un día fui capaz de escribir el querido nombre de mi princesa; es verdad que

enseguida se borró, pues inundé el papel en un diluvio de lágrimas.

A partir de aquel momento pareció que se habían retirado los velos de mi cerebro. Progresé rápidamente y con asombrosa facilidad, hasta tal punto que mi profesor ya no parecía estar a la altura de su tarea y trajeron a un ilustre brahmán para completar mi educación.

Escuché decir que Golconda no se ocupaba más que de mí, y que esperaban, el día en el que yo supiera escribir, extraordinarias revelaciones sobre las sucesivas migraciones del alma real, y tal vez divina, que habitaba en mi cuerpo de elefante.

Lo que escribí fue simplemente la historia de mi vida, ya larga, y que mi querida dueña no conocía del todo. En seguida se tradujo del indostaní, lengua en la que la había escrito, a todas las lenguas de Asia y de Europa, y se vendieron cientos de miles de volúmenes.

Esta celebridad, que provocó muchas envidias entre los autores de los diferentes países cuyos libros no se vendían tan bien, no me enorgullecía. Mi recompensa fue la alegría y la emoción de mi princesa; poco me importaba el resto del mundo, pues todo lo que hice fue solo y únicamente por Ella.

EL BOSQUE NATAL

Nací en el bosque de Laos y, de la época de mi juventud, solo conservo confusos recuerdos: algunos castigos de mi madre cuando me negaba a bañarme o a seguirla a la recogida de frutos o hierbas; algunos alegres juegos con los elefantes de mi edad; mi miedo los días de tormenta; robos de cosechas en campo enemigo y largas contemplaciones al borde de los arroyos o en los claros silenciosos. Eso es todo, pues en aquel tiempo las brumas, que se disiparían más tarde, cubrían mi inteligencia.

Cuando fui mayor me di cuenta, con sorpresa, de que los ancianos de la manada de la que yo formaba parte me miraban con desaprobación; esto me causaba tristeza y quería pensar que me equivocaba; sin embargo, pude convencerme de que, a pesar de mis intentos para acercarme a ellos, todos se alejaban de mí. Busqué la causa de esta aversión y pronto descubrí, al ver mi imagen en un estanque que me reflejaba, que yo no era como los demás. Mi piel, en vez de ser gris y terrosa como la de todos los elefantes, era de un color blanquecino, rosa en algunas partes. ¿De dónde me venía esto? Una cierta vergüenza se apoderó de mí y cogí la costumbre de separarme de la manada, que me rechazaba, y de vivir solitario.

Un día que estaba así, triste y humillado, lejos de los otros, escuché un suave ruido en el bosquecillo. Separé las ramas con la trompa y vi a un ser singular que caminaba sobre dos patas y, sin embargo, no era un pájaro. No tenía ni plumas ni pelo, pero sobre su piel brillaban piedras y fragmentos de colores vivos que hacían que se pareciera a las flores.

¡Veía por primera vez a un hombre!

Me sobrecogió un intenso temor, pero una curiosidad aún más violenta me mantenía allí, inmóvil, frente a este ser tan pequeño, al que habría aplastado sin el menor esfuerzo y que sin embargo me parecía de una especie terrible y mucho más poderosa que la nuestra.

Mientras lo miraba, él también me miró y se tiró al suelo con extraños aspavientos cuyo sentido no comprendí entonces, pero que no me parecieron hostiles. Instantes después se levantó y se alejó marcha atrás, inclinándose a cada paso, hasta que lo perdí de vista.

Con la esperanza de volver a verlo, fui al mismo lugar al día siguiente. El hombre volvió, pero esta vez no vino solo. Al verme, sus compañeros, igual que él, también se entregaron a movimientos singulares, postrándose, la cara contra la tierra, o doblando el cuerpo por la mitad varias veces.

Mi estupefacción era extraordinaria y mi temor disminuía. Los hombres me parecían tan hermosos, tan ágiles sus gestos, que no me cansaba de mirarlos.

Pero se fueron y no volví a verlos.

Una tarde, solo como de costumbre, bajé a beber al lago. Vi en la otra orilla a un elefante que también me miraba y que pronto me hizo gestos afectuosos. Me alagó ver que él no sentía por mí repulsión, como los demás; al contrario, parecía admirarme y dispuesto a entablar amistad conmigo. Pero no lo conocía; ciertamente no era de nuestra manada.

Arrancó algunas delicadas raíces, de esas que nos gustan tanto, y me las enseñó, como para ofrecérmelas. Entonces, no dudé más, me eché a nadar y atravesé el lago.

Cuando llegué a la otra orilla, hice saber a este amable extranjero que no había ido impulsado por la glotonería sino para gozar de su compañía. En cualquier caso, me obligó a aceptar una parte de su botín y se puso, tranquilamente, a comer el resto. Luego, tras algunas cabriolas que me parecieron muy graciosas, echó a correr, invitándome con amables miradas a acompañarlo en su paseo. No me hice rogar y nos adentramos los dos en el bosque, corriendo, jugando, cogiendo frutos y flores. Me gustaban tanto las amabilidades de mi nuevo amigo que no me di cuenta del camino por el que me llevaba. En un momento, sin embargo, me vi tan perdido que me paré inquieto.

Acabábamos de desembocar en un llano desconocido cuyo horizonte se recortaba curiosamente sobre el cielo; eran picos, montículos color de nieve, burbujas brillantes, vapor; cosas que no eran naturales.

Al ver que dudaba, mi compañero, para tranquilizarme, me dio un cariñoso trompazo, aunque demasiado fuerte para dejarme adivinar un vigor poco ordinario; pero mi desconfianza ya se había despertado y no me convenció en absoluto esta trompada que me escocía, así que me negué a ir más lejos.

El extranjero lanzó entonces un grito prolongado al que respondieron otros gritos.

Verdaderamente asustado esta vez, me volví bruscamente hacia el bosque. Una decena de elefantes acababan de salir y me cerraban el paso.

El que me había engañado, sin que todavía pudiera comprender por qué, temiendo el primer arranque de mi furia, se había alejado prudentemente; corría delante de mí con agilidad, pero yo era mucho más grande que él y lo alcanzaría en seguida. Me lancé a perseguirlo, pero cuando ya iba a alcanzarlo me paré en seco: acababa de pasar por una puerta abierta en una formidable empalizada construida con troncos de árboles gigantes. ¿Así que era aquí dónde querían traerme, hacerme prisionero...?

Intenté recular, escaparme, pero me rodeaban los cómplices de mi falso amigo, que, azotándome cruelmente a trompazos, me obligaron a entrar en este cercado cuya puerta se cerró de inmediato.

Al verme capturado, lancé mi grito de guerra. Me precipité hacia adelante, empujando con todo mi peso sobre la empalizada, intentando derribarla; corría como un loco alrededor, golpeando con mis colmillos, agarrando con la trompa los maderos para intentar arrancarlos; me ensañé sobre todo contra la puerta, pero todo resultó inútil.

Mis adversarios, prudentemente, habían desaparecido; solo volvieron cuando estuve completamente agotado, anulado por mi rabia impotente y, cuando, inmóvil, bajando la cabeza, me confesé vencido.

El que me había atraído a esta trampa reapareció y se acercó a mí sin temor, arrastrando enormes cadenas con las que me ató los pies. Como yo, con rezongues sordos, le reprochaba su perfidia, me hizo entender que no estaba en peligro y que, si me sometía, no añoraría mi libertad perdida.

Llegó la noche; me dejaron solo, encadenado. Me empeñé en romper las ataduras, pero sin lograrlo. Por fin, agotado, me tumbé en el suelo y me dormí.

MARCHA TRIUNFAL

Cuando abrí los ojos el sol ya estaba alto y vi, alrededor del cercado, fuera de mi alcance, a los elefantes de la víspera, atados por un pie con una cuerda fácil de romper de un solo tirón. Comían con mucha satisfacción hierbas excelentes y raíces amontonadas delante de ellos.

Sentía demasiada vergüenza y demasiada tristeza como para tener hambre, y miraba con ojo mohíno a estos prisioneros; no podía entender su aspecto tranquilo y feliz. Cuando comieron, aparecieron unos hombres y, lejos de mostrar miedo, los elefantes los saludaron con muestras de alegría y agitando las orejas. Cada uno se dirigía especialmente a un hombre, y cada hombre solo se ocupaba de un elefante; le desataba la traba del pie, le frotaba con un unguento la piel rugosa, luego, a una señal, el cautivo doblaba hacía atrás una pata delantera para que el hombre pudiera subir y montar así sobre el coloso.

Contemplaba todo esto tan sorprendido que casi olvidaba mi pena. Ahora, cada hombre estaba sentado sobre el cuello de un elefante, y unos detrás de otros se pusieron en marcha, luego salieron del cercado, que cerraron tras su paso.

Me quedé solo, como abandonado. El día fue largo y cruel; el sol me quemaba, el hambre y la sed empezaban a hacerme sufrir. Ya no me debatía; mis piernas estaban doloridas por los vanos esfuerzos que había hecho. Estaba hundido, atontado, ya casi me consideraba muerto.

Al ponerse el sol volvieron los elefantes; cada uno traía una carga de comida, y volví a verlos comer alegremente mientras el hambre me retorció las tripas y nadie parecía fijarse en mí.

Cuando de nuevo cayó la noche, me dejé llevar y lancé gritos más de dolor que de rabia. El hambre y la sed no me permitieron dormir ni un instante.

Por la mañana, un hombre vino hacia mí. Se paró a cierta distancia y empezó a hablarme. Naturalmente, yo no entendía lo que me decía, pero su voz era dulce y me daba cuenta de que no me amenazaba. Cuando ya no tenía más que decir, me mostró un barreño que llevaba lleno de una comida desconocida, pero cuyo apetitoso olor me hizo saltar de deseo. Entonces, el hombre se puso a mi alcance y arrodillándose, sostuvo el barreño ante mí.

Estaba tan hambriento que olvidé cualquier orgullo, cualquier enfado e incluso toda prudencia, pues lo que me ofrecía podía estar envenenado. En cualquier caso, nunca había probado algo tan delicioso y, cuando vacié el barreño, recogí las pequeñas migajas que habían caído al suelo.

El elefante que me había capturado se acercó a mí, llevando sobre su cuello a un hombre. Me hizo comprender, con suaves trompazos, que debía doblar una de mis patas delanteras, para que el que me había dado de comer pudiera montar en mi espalda. Obedecí, resignado a todo, y con mucha agilidad el hombre se izó y se instaló cerca de mi cabeza. Después me picó en la oreja con una punta de hierro, pero con suavidad, solo para indicarme que estaba armado y que podía, al mínimo signo de rebeldía, hacerme mucho daño en esta parte de la oreja que nosotros tenemos tan sensible. De sobra advertido, no di ninguna muestra de impaciencia. Entonces, me quitaron las trabas de los pies; el elefante se puso en marcha y yo lo seguí dócilmente.

Salimos del cercado y me condujeron a un estanque en el que me hicieron entrar para bañarme y para que bebiera; después de las privaciones que había sufrido, el baño me produjo un placer tan vivo que no podía, cuando pasó el tiempo, decidirme a salir a la orilla; pero me picaron en la oreja y enseguida entendí que había que obedecer. Tenía tanto miedo de que me privaran otra vez de comer y de beber que salté fuera del agua, bien decidido a hacer todo lo que quisieran.

Nos dirigimos hacía esas cosas extrañas que había visto al final de la llanura el día que me hicieron prisionero. Era, lo supe más tarde, la ciudad de Bangkok, capital del país de Siam; pero hasta entonces yo nunca había visto una ciudad y mi curiosidad estaba de nuevo tan despierta que tenía prisa por llegar.

A medida que nos acercábamos, aparecían hombres al borde del camino, cada vez más numerosos, tanto que pronto fueron una

multitud. Estaban colocados, inmóviles a ambos lados de mi paso y, con gran asombro, acabé por darme cuenta de que era a mí a quien esperaban, a mí a quien querían ver. Según me acercaba lanzaban gritos de alegría, y cuando pasaba ante ellos se inclinaban, el rostro en tierra, los brazos extendidos; después, cuando ya había pasado, se levantaban y me seguían de lejos.

A las puertas de la ciudad apareció un cortejo que venía a mi encuentro con banderas de oro, armas, borlas de seda en la punta de largas varas.

De repente estalló un ruido tan extraordinario que me dejó parado. Parecían gritos, rugidos, el estruendo del trueno, el silbido del viento mezclado con las voces de los pájaros. Tuve tanto miedo que me di la vuelta para huir, pero me di trompa con trompa con mi compañero, que me seguía. Su absoluta tranquilidad y la manera guasona con la que guiñaba los ojos al mirarme me tranquilizaron; también me dio vergüenza mostrar ante tantos espectadores menos valentía que otros, hasta tal punto que me volví tan de prisa para retomar el camino, que al hombre sentado sobre mi cuello no le dio tiempo a picarme en la oreja.

Tuve que pararme ante el jefe del cortejo que me saludaba y que pronunció un discurso.

El ruido terrible había cesado, pero volvió en cuanto este personaje se calló. El cortejo, dándose la vuelta, ahora me precedía y volvimos a ponernos en marcha. Vi entonces que eran los hombres quienes armaban ese jaleo; agitaban diferentes objetos, los golpeaban, soplaban dentro y parecía que esto les costaba mucho trabajo. Lo que hacían era música; más adelante me habitué, e incluso me pareció agradable. De momento, ya no tenía miedo y todo lo que veía me divertía mucho.

En la ciudad la muchedumbre era aún más compacta y la alegría más bulliciosa; habían extendido alfombras en el camino por el que pasaba, las casas estaban decoradas con guirlandas de flores, desde las ventanas lanzaban frascos de perfume que mi conductor atrapaba al vuelo y derramaba sobre mí.

¿Por qué estaban tan contentos de verme? ¿Por qué me colmaban de honores? ¿A mí que, sin embargo, en mi manada me desdeñaban y rechazaban? Entonces no tenía una respuesta; más tarde supe que el color blanco de mi piel era lo que atraía tanto entusiasmo. Lo que para los elefantes parecía tal vez un defecto,

los hombres lo juzgaban una ventaja extraordinaria, una rareza que me convertía en algo más precioso que un tesoro. Mi presencia era una señal de felicidad, de victoria, de prosperidad para el reino, y me trataban en consecuencia.

Habíamos llegado a una gran plaza, ante un monumento magnífico, que bien podía dejar estupefacto a un elefante salvaje; era el palacio del rey de Siam. Este palacio, lo vi muy a menudo a partir de aquel día, entendiéndolo mejor, pero siempre con la misma admiración. Era como una montaña de nieve, tallada en cúpulas, con grandes escaleras adornadas de esculturas pintadas, de columnas con incrustaciones de piedras brillantes coronadas con globos de cristal que deslumbraban; las pirámides de oro sobrepasaban las cúpulas en algunos lugares, y ondeaban los estandartes rojos; me di cuenta de que en todos estaba pintado un elefante blanco.

Toda la corte, en traje de ceremonia, estaba de pie sobre los peldaños de la primera escalera. En lo alto, sobre la plataforma, de cada lado una puerta roja y oro, elefantes cubiertos con bellas gualdrapas, colocados ocho a la derecha y ocho a la izquierda, se mantenían inmóviles.

Me condujeron hasta el pie de la escalera, mirándola de frente, y allí me pararon. Se hizo un gran silencio; se hubiera dicho que allí no había nadie, pues esta muchedumbre, antes tan ruidosa, ahora permanecía muda.

La puerta roja y oro se abrió completamente, y todo el pueblo se inclinó, apoyando la frente en el suelo.

Aparecía el rey de Siam.

Era llevado por cuatro portadores en un nicho de oro en el que estaba sentado con las piernas cruzadas; su traje, cubierto de piedras preciosas, lanzaba sin parar rayos cegadores; delante de él caminaban unos muchachos vestidos de púrpura que agitaban abanicos de plumas ajustados en grandes astas; otros llevaban cuencos de plata de los que salía el vapor de los perfumes.

Hoy explico todo esto con las palabras que aprendí después; entonces admiraba sin entender y tenía la sensación de ver todas las estrellas del cielo nocturno al mismo tiempo que el sol del día y las flores de la primavera más hermosa.

Los portadores del rey bajaron los escalones delante de mí: Su Majestad se acercaba. Entonces, mi conductor me picó en la oreja

y mi compañero, golpeándome las patas con su trompa, me indicó que debía arrodillarme.

Lo hice con agrado ante este esplendor que me parecía que tendría que quemar a quien lo tocara.

El rey inclinó ligeramente la cabeza: ¡me había saludado! Supe después que solo yo era honrado con semejante favor y pronto aprendí a devolverle al rey su saludo, o más bien, a saludarlo yo primero.

Su Majestad me dirigió algunas palabras, que para mí no fueron más que un ruido agradable. Me dio el nombre de “Rey Magnánimo” con el título de mandarín de primera clase, luego puso sobre mi frente una cadena de oro y de piedras preciosas. Después entró en su palacio. Los asistentes, hasta entonces prosternados, se levantaron a un tiempo, y saltando y gritando de alegría me acompañaron a mi palacio, ¡a mí!, en el que iban a instalarme.

Era en un jardín en medio de un campo de hierba donde se elevaba este palacio. Los muros eran de madera de sándalo y anchos tejadillos sobresalían todo alrededor; barnizados en rojo, brillaban al sol, con globos de cobre de tanto en tanto alternando con cabezas de elefante esculpidas.

Me hicieron entrar en una sala inmensa, tan alta que las vigas rojas que se cruzaban en la techumbre me recordaron las ramas del bosque natal cuando el sol de la tarde las teñía de púrpura.

Un viejo elefante blanco se paseaba lentamente en la sala. En cuanto me vio vino hacia mí, agitando las orejas para saludarme. Sus colmillos estaban decorados con anillos de oro llenos de campanillas y tenía sobre la frente una corona parecida a la que el rey me había puesto.

Todo esto no lo embellecía en absoluto; su piel estaba arrugada y agrietada, tenía manchas grises como la tierra seca, rojeces en las axilas y alrededor de los ojos. Sus colmillos estaban amarillentos y rotos y le costaba trabajo moverse. Sin embargo parecía amable y respondí a su saludo.

Mi conductor se bajó de mi cuello, mientras oficiales y servidores se prosternaban ante mí, como había visto que lo hacían ante el mismo soberano. Después me llevaron ante una mesa alta de mármol donde, en cuencos de oro y plata, plátanos,

cañas de azúcar, todo tipo de frutas deliciosas, hierbas escogidas, pasteles, arroz, mantequilla fundida, se ofrecían a mi apetito.

¡Qué banquete!

Ay, me hubiera gustado que los de mi manada, que tan poco caso me hacían, vieran de qué manera me trataban entre los hombres.

El orgullo despertaba en mi corazón y ya no echaba de menos el bosque salvaje ni la libertad.

EL ELEFANTE REAL DE SIAM

Príncipe Formidable, así se llamaba mi compañero, el viejo elefante. Acostado no lejos de mí, sobre la cama olorosa, me contaba un poco de su vida y me enseñaba mis deberes como elefante real de Siam.

- Hace más de cien años que estoy aquí, decía; estoy muy viejo y enfermo, a pesar de los monos blancos que ves brincar por ahí arriba, en las vigas. Están ahí para protegernos de las malas influencias y de las enfermedades; sin embargo, todos los que estaban conmigo en este palacio murieron con pocos días de diferencia de un mal que pasaba de unos a otros, y yo, el más viejo, sobreviví.

Ya hace varios años que estoy solo; en la corte la desesperación era grande porque no poseían un elefante blanco y porque no descubrían otros a pesar de las continuas batidas que se hacían en los bosques. Se decía que grandes males amenazaban el reino, así que tu llegada ha debido ser una fiesta para todo el país.

-Pero ¿por qué nos consideran con tanto respeto?, pregunté, ¿qué tenemos de extraordinario? Entre los elefantes, sin embargo, parece que nos desprecian.

-Me ha parecido entender que los hombres, cuando mueren, se transforman en animales; los más nobles, en elefantes, y los reyes, en elefantes blancos. Así que nosotros somos antiguos reyes humanos...

Sin embargo, yo no recuerdo haber sido ni rey ni hombre.

-Yo tampoco, dije, yo no me acuerdo de nada. Entonces, ¿no será por envidia por lo que los elefantes grises nos tienen manía?

-En absoluto, dijo Príncipe Formidable, los que no se han acercado a los hombres son auténticas bestias y no saben nada. Piensan que el color de nuestra piel se debe a una enfermedad y nos consideran inferiores a ellos, cuando es lo contrario, esta

particularidad es una señal de realeza. ¡Ves cómo son auténticas bestias!

Yo admiraba la prudencia y la sabiduría de mi nuevo amigo, que tanto había vivido. No me cansaba de preguntarle y el me respondía con amabilidad inagotable.

Hoy traduzco en palabras lo que él intentaba hacerme comprender entonces, traduciéndolo él mismo al lenguaje limitadísimo de los elefantes; tenía que retomar muchas veces las explicaciones y no se impacientaba nunca por mi ignorancia, él, que desde hacía tanto tiempo comprendía el lenguaje de los hombres.

-¡Cuidado!, me dijo de pronto, al escuchar una música lejana, llegan los Talapoines, que vienen a bendecirnos.

Se esforzó para hacerme comprender qué eran los Talapoines; y yo puse cara de que entendía, por educación, pero en realidad no me había enterado de nada, salvo de que se trataba de un nuevo honor que iban a rendirme.

Precedidos por nuestros oficiales y por nuestros esclavos, tres hombres, muy diferentes de los otros, avanzaron al son de la música.

Llevaban la cabeza afeitada, les sobresalían las orejas, y tenían largos trajes amarillos de anchas mangas. Al entrar no se prosternaron, cosa que, lo confieso, me extrañó un poco.

El más viejo caminaba en medio; se paró ante mí y comenzó a hablar con una voz singular, alta y monótona; después, sin callar, tomó de manos de uno de sus compañeros una borla con mango de marfil, mientras el otro le tendía un cuenco lleno de agua. Mojó la borla en el agua y comenzó a rociarme de un modo que me molestó bastante; recibía gotas de agua en los ojos, en las orejas, y como me parecía que esto duraba demasiado, arranqué vivamente esta borla de las manos del Talapoine y, empapándola bien de agua, la sacudí sobre los tres, devolviéndoles lo que me habían hecho. Se escaparon riendo y secándose el rostro con las mangas, y yo lancé un largo grito para proclamar mi victoria y mi satisfacción. Sin embargo, Príncipe Formidable no aprobó mi conducta. Le parecía que me había faltado dignidad.

Poco después vinieron a buscarnos para llevarnos al baño. Un esclavo caminaba delante de nosotros tocando timbales para que

nos abrieran paso y otros sujetaban, por encima de nuestras cabezas, magníficas sombrillas.

En nuestro propio parque se extendía un bello lago donde me dejaron zambullirme, nadar, chapotear; esta vez todo lo que quise. La jornada, que se terminó con una comida tan abundante como delicada, me pareció extremadamente agradable.

Fue así cada día, salvo por los Talapoines, que no volvieron. Solamente era algo aburrida una hora, la de mi lección. Era por la tarde, antes de dormir. El primer hombre que se había sentado sobre mi cuello seguía siendo mi principal cuidador, mi “mahout”; él debía instruirme, enseñarme a reconocer las órdenes indispensables, a comprender algunas palabras: *adelante, atrás, de rodillas, levántate, a la derecha, a la izquierda, alto, más deprisa, despacio, está bien, está mal, basta, más, saluda al rey*, etc.

Príncipe Formidable me ayudaba mucho, traduciéndome las órdenes al lenguaje de los elefantes, y pronto supe todo cuanto tenía que saber.

Transcurrieron así varios años, muy agradables, pero bastante monótonos y no tengo mucho que contar.

Príncipe Formidable murió al segundo año de mi llegada. Se le hicieron funerales reales y toda la corte se puso de luto. Permanecí solo algún tiempo, después trajeron a otros elefantes blancos. Pero los nuevos, que no sabían nada y tenían un carácter sombrío y rebelde, me inspiraron poco interés.

LA DOTE DE ZAFIRO-DEL-CIELO

Un día, mi mahout que, como todos los mahouts por otra parte, tenía la costumbre de soltarme cada día largos discursos, que yo había acabado por entender, se colocó delante de mí con los brazos cruzados, como hacía cuando quería que lo escuchara. En seguida le presté atención, pues veía por su aspecto emocionado y nervioso que esta vez se trataba de algo grave.

-Rey Magnánimo, me dijo, ¿debemos alegrarnos o debemos llorar? ¿Una vida nueva es un bien o es un mal? ¿Hay que desear el cambio o hay que temerlo? Estas son las preguntas que bailan en mi cabeza como los dos platos de una balanza. Tú que fuiste un rey y que ahora eres un elefante, si pudieras hablar, me responderías; sabrías decirme si, en tus numerosas transformaciones, el cambio te ha causado pena o alegría. Tal vez tu sabiduría pondría fin a mi ansiedad; pero, tal vez tú no sepas mucho más que yo, y solo me dirías: resignémonos a lo que no podemos evitar y esperemos para llorar o para alegrarnos a que los acontecimientos sean buenos o malos. Pues bien, hagámoslo así, Rey Magnánimo, resignémonos y esperemos. Lo que tenemos que esperar es lo que tú no sabes y lo que yo te voy a contar.

Nuestro gran rey, *Phra, Putie, Chucka, Ka, Rap, Si, Klan, Si, Kla, Mon, Ka, Phra, Putie, Chow* (es que no puedo nombrar al rey sin darle todos sus títulos, yo, un simple mahout, pues incluso el primer ministro tampoco podría); nuestro gran rey, pues, es padre de varios príncipes y también de una princesa, una bonita princesa en edad de casarse. Bien, pues eso es precisamente: la van a casar. El rey, *Phra, Putie, Chucka...* ha prometido la princesa Zafiro del Cielo a un príncipe hindú, el príncipe de Golconda, y este enlace, que en principio nos importa bien poco, va a trastornar completamente nuestra vida. Has de saber, Rey Magnánimo, que tu gloriosa persona forma parte de la dote de la princesa. Sí, así es; sin haberte preguntado si te agradaba o no, te

regalan a un príncipe desconocido que, probablemente, no tendrá para Tu Majestad las atenciones que mereces. Y yo, yo, el pobre mahout ¿qué soy yo sin el noble elefante al que conduzco? ¿Y qué es Tu Majestad sin mí? Por tanto, me regalan contigo; soy una parte de la dote real; estamos ligados hasta la muerte; somos uno; tú irás a donde yo te conduzca y donde tú vayas iré yo. ¡Oh Rey Magnánimo! ¿Tenemos que llorar o que alegrarnos?

Ciertamente yo no lo sabía, y me sentía muy turbado por lo que acababa de conocer. Abandonar esta vida tan dulce y tan tranquila, que, sin embargo, a veces me aburría por la inacción y la monotonía; ¡abandonar este bonito palacio tan abundantemente provisto de buenas cosas!, por esto se podría llorar; pero también, ver nuevos países, nuevas ciudades, conocer otras aventuras, por esto, tal vez, habría que alegrarse. Como mi mahout, concluí que lo mejor era esperar y, de momento, resignarse.

LA PARTIDA

El día de la partida llegó y, muy de mañana, los esclavos vinieron a asearme. Me frotaron todo el cuerpo, varias veces, con una pomada perfumada con magnolias y sándalo; pusieron sobre mi espalda una gualdrapa de color púrpura y oro, sobre mi cabeza una red de perlas y la diadema real. Me pusieron gruesos anillos de oro en los cuatro pies, y en mis colmillos aros decorados con piedras; de cada una de mis orejas pendía una larga cola de crin, blanca y sedosa. Así ataviado, sentía mi esplendor y me corría prisa mostrarme al pueblo. Sin embargo, miré por última vez el palacio que iba a abandonar y lancé algunos gritos para decir adiós a los elefantes que se quedaban y con los que había comenzado a entablar amistad. Me respondieron con clamorosos trompetazos, que seguía oyendo según me alejaba.

Todos los habitantes de Bangkok estaban en la calle, igual que el día de mi triunfo; en traje de fiesta se dirigían hacia el palacio del rey. Allí se formó y se puso en marcha un magnífico cortejo, precedido por cien músicos vestidos de rojo y verde. El rey estaba subido en un *houdah* de oro instalado sobre un colosal elefante negro, un gigante entre los elefantes; a derecha e izquierda iban el príncipe y la princesa sobre monturas también más grandes de lo normal. El *houdah* de la princesa estaba cerrado por flecos de piedras preciosas que la ocultaban; el príncipe, joven y hermoso, tenía una fisionomía de lo más agradable y en seguida me inspiró simpatía.

Yo iba detrás del rey, conducido por mi mahout que iba a pie; detrás de mí, los mandarines, los ministros, los altos funcionarios, se agrupaban, según su grado, en elefantes o a caballo, seguidos de sus servidores, que llevaban detrás de cada señor la tetera de honor, que en Siam es la insignia más noble, y con la que los más ricos y los menos ricos muestran la importancia del rango de quien la posee; después venía el equipaje de la princesa:

innumerables cajones de madera de teca maravillosamente labrada.

Las ceremonias del matrimonio ya habían tenido lugar, duraban ocho días. Ahora se celebraba el adiós del rey y del pueblo a su princesa, acompañándola al muelle de partida.

Se hizo una parada en la pagoda más rica de la ciudad, en la que se venera a un Buda tallado en una esmeralda que no tiene igual en el mundo, pues mide más de un metro de alto y es ancha como el cuerpo de un hombre.

Bajaron después por las calles estrechas, atravesadas por puentes y canales; por la orilla del río, el ancho y hermoso Meï-Nam. A lo lejos se veían las montañas, de un azul intenso sobre el cielo luminoso: la cadena de los Trescientos Picos, la Ramificación de Sabab, la colina de las Piedras Preciosas. Pero el espectáculo que ofrecía el río, completamente cubierto de embarcaciones sembradas y decoradas con flores, era incomparable. Había grandes *jonques*, barcos dorados y púrpura, con su vela de paja de bambú desplegada como un abanico, sus mástiles con banderolas, su proa abombada representando una cabeza de pez gigante con los ojos fijos abiertos; todo tipo de barcas, *sampans*, balsas que soportaban tiendas de seda y parecían kioscos flotantes, todos cargadísimos (a punto de hundirse) de una multitud alegre y ruidosa, de orquestas y cantantes que tocaban y cantaban alternativamente.

Salvas de artillería, cuyo estruendo no habría igualado el trueno, estallaron cuando apareció el rey, y el pueblo lanzó una aclamación tan formidable que me habría muerto de miedo si ya no hubiera estado habituado a no extrañarme de nada.

El cañonero que debía llevarnos a la India humeaba ante un embarcadero magníficamente decorado. Aquí era donde teníamos que separarnos. El rey y los novios bajaron de sus elefantes. Los Mandarines hicieron el pasillo y todo el pueblo se calló para escuchar.

Entonces el rey, Dueño Sagrado de las Cabezas, Dueño Sagrado de las Existencias, Poseedor de Todo, Señor de los Elefantes blancos, Soberano Muy Alto, Infalible e Infinitamente Poderoso pronunció un discurso, mientras masticaba buyo, que le ensangrentaba la boca y lo obligaba a escupir en un cuenco de plata que sujetaba un esclavo.

El príncipe, de rodillas ante su real suegro, pronunció otro discurso, menos largo que el primero, y sin masticar nada. La novia lloraba en sus velos.

Teníamos que embarcar, y se produjo algo de confusión por los numerosos cajones de madera de teca y los caballos que llevaban, y a los que mi presencia asustaba mucho.

Se escuchó un largo silbido, los músicos tocaron, el cañón disparó, una oscilación me causó vértigo y la orilla se alejó.

Todas las embarcaciones nos siguieron, primero a fuerza de remos y de velas, pero pronto aumentó la distancia; el rey permaneció de pie en el embarcadero mientras pudo vernos.

Muy emocionado, yo veía alejarse esta ciudad donde primero había sufrido, y donde después había sido feliz y glorioso. Mi mahout, pegado a mí, también miraba. En una vuelta del río todo desapareció: entonces nuestros ojos se encontraron; los suyos, como los míos, estaban llenos de lágrimas.

-Rey Magnánimo, dijo, tras un instante de silencio, aguardemos para llorar o para alegrarnos a saber lo que nos reserva el destino.

Pronto el río se volvió tan ancho que perdimos de vista las orillas; el agua se movía de un modo singular y el navío con ella, lo que me provocaba la más desagradable de las sensaciones. Poco a poco entramos en el mar.

Entonces fue horrible. La cabeza me daba vueltas, las piernas me flojeaban, un sufrimiento atroz me retorció el estómago; me sentí vergonzosamente enfermo y creí morir mil veces. Por eso me resulta imposible decir algo más de este viaje que es el recuerdo más espantoso de mi vida.

Nunca, nunca más volvería al mar, a menos que eso le fuera útil a Ella... pero, por cualquier otra razón, aplastaría a quien me forzará a poner el pie en un barco.

LA LUZ DEL MUNDO

El rajá de Golconda, mi nuevo dueño, se llamaba Alemguir, que significa Luz del Mundo. Ciertamente, no tenía conmigo las atenciones a las que estaba acostumbrado: no se prosternaba, ni siquiera me saludaba; pero hacía algo mejor que todo eso: me quería. Fue el primero que me acarició con la mano, me dirigió dulces palabras, me mostró afecto, y no por ser un elefante blanco, mucho menos apreciados en la India que en Siam, sino porque me consideraba más inteligente, afable y obediente que cualquier otro de sus elefantes. Se ocupaba de mí, venía a verme cada día, cuidaba de que no me faltara de nada. Cambió mi nombre de Rey Magnánimo por el de Iravata, que es el nombre de la montura del dios Indra. También era muy honrado, y pronto me consolé por no ser tratado como un ídolo por el placer de ser tratado como un amigo.

Alemguir habría querido que su mujer, la princesa Zafiro del Cielo solo se sirviera de mí como montura; pero ella no quiso consentir en instalarse sobre mi espalda.

-Sería un sacrilegio, decía, una grave ofensa a uno de mis ancestros.

Estaba convencida de que yo era uno de sus tatarabuelos que había sufrido esta metamorfosis. De poco sirvió que su marido se burlara tiernamente; no consiguió que cediera. Así que le dio un elefante negro y me guardó a mí para su servicio.

Estaba orgulloso de llevar a mi príncipe a los paseos, a las fiestas, a la caza del tigre, como me había enseñado. Mi vida era menos perezosa que en Siam, mucho más variada y divertida. Mi mahout, a pesar del cansancio que le producía esta existencia tan movida, la encontraba mejor y más alegre que la vida indolente de antaño y, como de costumbre, me informaba de sus sentimientos.

También me enseñaron la guerra, pues el año que siguió al matrimonio de Alemguir con Zafiro del Cielo, graves inquietudes

vinieron a ensombrecer la felicidad de los jóvenes esposos. Un poderoso vecino, el marajá de Mysore, no dejaba de buscar querrela al príncipe de Golconda por asuntos de fronteras. Alemguir hacía todo lo posible para evitar romper la paz, pero la mala voluntad de su adversario era evidente y, a pesar de todos los esfuerzos de conciliación de los embajadores, una guerra era inminente.

La princesa le había escrito a su padre, el rey de Siam, que envió cañones y un pequeño número de soldados, pero el enemigo era fuerte y la angustia de todos aumentaba cada día.

Un día los embajadores volvieron consternados: las negociaciones estaban rotas; el marajá de Mysore declaraba la guerra al príncipe de Golconda.

Rápidamente concluyeron los preparativos y una mañana me vistieron con mi indumentaria de combate. Un caparazón de cuerno me cubría hasta por debajo de las rodillas; sobre la cabeza llevaba un casco de metal y mi rostro estaba protegido por una visera de hierro con agujeros para los ojos y una punta en medio de la frente; mi trompa y mi grupa revestidas con una coraza articulada que tenía en el medio una arista cortante, armada de dientes, y pusieron en mis colmillos fundas de acero, aguzadas y cortantes, que las alargaban y convertían en armas terribles.

Pertrechado así, mi mahout, que también llevaba coraza y pesaba sobre mi cuello mucho más que normalmente, me condujo al pie de la varenga del palacio, del lado del patio de armas en el que se encontraban reunidos todos los jefes del ejército.

El príncipe Alemguir apareció bajo el pórtico y sus oficiales lo aclamaron chocando las armas.

Estaba magnífico con sus ornamentos de guerra: una túnica de mallas de oro sobre una ligera coraza constelada de piedras preciosas, un escudo redondo que deslumbraba y un casco damasquinado con un diamante en la cimera.

De pie, desde el escalón más alto, arengó a los guerreros; pero yo no sabía todavía el hindí y no entendí lo que dijo.

En el momento en que se disponía ya a montar, la princesa Zafiro del Cielo, seguida de todas sus damas, corrió fuera del palacio y se lanzó llorando a los brazos de su marido.

- ¡Ay!, gritaba entre lágrimas, ¿qué va a ser de mí, separada de ti?, ¿cómo soportaré la continua angustia de saberte expuesto a

las heridas y a la muerte? El heredero que esperábamos en la alegría y en la fiesta llegará en medio de las lágrimas y la desesperanza, ¡nacerá huérfano, quizás, si matan a su padre, tal vez la madre no sobreviva!

Escuchaba esto con el corazón encogido bajo mi coraza, y el príncipe, muy emocionado, retenía las lágrimas. Sin embargo, hizo un esfuerzo para controlarse y respondió con calma:

-Cada hombre se debe a su país y el príncipe más que ningún otro. Nuestro honor y la salvación del pueblo son para nosotros más preciosos que nuestra propia felicidad. Tenemos que dar ejemplo de valentía y de abnegación, en lugar de dejarnos ablandar por las lágrimas. Si la guerra me resulta cruel y muero, tú vivirás, esposa bien amada, para criar a nuestro hijo. Más adelante nos reencontraremos y seremos eternamente felices en la otra vida.

Se esforzaba para aflojar con suavidad la presión de estos delicados brazos. El velo ligero de Zafiro del Cielo se enganchaba en los adornos de la coraza; se rasgó, y dejó un jirón que el príncipe recogió y guardó como un talismán.

Alemguir ya montado, fue a mí a quien, con una voz temblorosa de suspiros, suplicó la princesa:

- Iravata, tú que eres fuerte, tú que amas a tu dueño y que debes amarme, pues tienes el alma de uno de mis antepasados, protege al príncipe, defiéndelo, devuélvemelo vivo, pues si él no vuelve yo moriré...

Al decir estas palabras la princesa palideció como la nieve y cayó desmayada en los brazos de sus doncellas. Juré en mi corazón defender a mi dueño con todas mis fuerzas y no dejar de exponer mi vida para salvar la suya.

Aprovechando el desvanecimiento de Zafiro del Cielo, que la dejaba inconsciente, Alemguir había dado orden de partir. Abandonamos el palacio, salimos de Golconda para encontrarnos con el grueso de la armada que acampaba en la llanura.

La artillería y los elefantes se colocaron en el centro de los batallones; los jinetes a derecha e izquierda, y los soldados de infantería delante y detrás.

Las trompetas tocaron una marcha militar, los timbales gruñeron sordamente, la armada al completo lanzó un clamor sostenido y marchamos hacia el enemigo.

LA BATALLA

¡Una batalla es algo terrible! Terrible y grandioso ¡Cómo nos aturde y nos embriaga, nos vuelve feroces, intrépidos, indiferentes al peligro! La música, el estruendo del cañón, la descarga de los fusiles, los gritos de los combatientes: todo ese tumulto, ese humo, ese polvo, os comunican una furia singular que hace que odiéis a seres que ni siquiera veis, que no conocéis, y que sin ninguna razón sienten contra vosotros la misma rabia mortal.

En los primeros momentos, yo, que solo había matado tigres, me estremecía con la idea de verter sangre humana; dudaba, evitaba golpear. Pero de repente vi a mi amo en peligro: un jinete lo apuntaba de cerca. No tuvo tiempo de disparar; mis colmillos con sus armas cortantes se hundieron en el vientre del caballo que levanté en el aire; lancé su cadáver sangrante junto con el de quien lo montaba, en medio de los enemigos.

A partir de aquel momento aquello fue una carnicería; yo perforaba, cortaba, destripaba a mi paso, haciendo muertos de los vivos, pateando los cadáveres con mis anchos pies que pronto estuvieron calzados de sangre.

El príncipe me excitaba con su voz, me lanzaba hacia adelante. Su fusil, que un soldado tras él reemplazaba en cuanto estaba cargado, no callaba, y su tiro era tan seguro que nunca fallaba al que apuntaba. Las filas enemigas se rompían ante nosotros, y Alemguir, siempre lleno de ardor, me empujaba cada vez más lejos; quería alcanzar al marajá de Mysore que, desde el centro de su ejército, dirigía el combate. Ya lo veía, le gritaba injurias, lo desafiaba para que viniera a medirse con él. El marajá sonreía desdeñosamente, no respondía.

De repente mi mahout, que solamente se ocupaba de dirigirme, menos encolerizado por el furor guerrero, y podía juzgar mejor la situación, gritó como loco:

- ¡Atrás... o estamos perdidos!

Pero el príncipe gritaba:

- ¡Adelante!

Y de poco le servía a mi mahout pincharme en la oreja con la pica, yo me negaba a obedecer.

- ¡Príncipe!, ¡príncipe!, ¡estáis perdido!, gritaba el desgraciado esclavo, ¡el ejército de Golconda se bate en retirada, estamos solos en medio de los enemigos, nos cercan, estamos encerrados!... ¡Es demasiado tarde!... ¡demasiado tarde para huir!...

Una bala lo alcanzó. Con un gemido sordo resbaló de mi cuello, se sujetó un instante, inundándome de sangre, luego cayó.

¡Muerto!, ¡estaba muerto!

Me paré, consternado, volviendo su cuerpo suavemente con el extremo de mi trompa; no se movía, no respiraba; se había acabado. Mi pobre mahout había exhalado su último suspiro, tan rápido, casi sin sufrir.

¡Eso fue para él el destino!

Volví a verlo allá, en Bangkok, hablándome seriamente: “¿Debemos alegrarnos o llorar?... ¡Ay, estaba muerto, ya no podía reír ni llorar!

Pero a mi alrededor estallaban gritos de triunfo. Mi amo seguía luchando.

- ¡Cogedlo vivo!, gritaba desde lo alto de su elefante el marajá. Tiene que morir a manos del verdugo.

Yo quería cargar, pero me enredaba los pies en los nudos corredizos que me habían lanzado y que mis movimientos furiosos para desasirme apretaban todavía más. No había nada más que hacer. Estaba preso, y mi amo conmigo.

¡Pobre princesa Zafiro del Cielo, en el palacio desolado se lamentaba y lloraba, sufriendo la angustia mil veces más que nosotros la desgracia! ¡Este era, también para ella, el destino! Todavía me parecía oír su dulce voz, suplicándome, rogándome que le devolviera a su esposo bien amado. ¡Y lo que ocurrió fue esto! Estábamos vencidos, éramos prisioneros y al príncipe encadenado le leían la sentencia que lo condenaba a muerte, a una muerte vergonzosa, al amanecer del día siguiente.

Yo tenía un precio, formaba parte del botín; no les interesaba matarme. Pero me habían visto tan terrible en el combate que no se atrevían a acercarse.

Reflexionaba con toda la fuerza de mi débil inteligencia y pensé que tenía que simular que me sometía. Empezaba a sentir el escozor de mis heridas y la fatiga del combate; el arnés de guerra me pesaba mucho.

Comencé a gemir lastimeramente, como para implorar ayuda de los que hacían círculo alrededor mío. Uno de ellos, viéndome tan calmado, se atrevió a acercarse. Redoblé mi llanto esta vez haciéndolo más dulce.

-Debe de estar herido, dijo el hombre, hay que vendarlo para que se cure, pues es un animal que vale mucho.

Todos se acercaron. Desataron mi coraza, retiraron todas las piezas de la armadura y yo ayudé lo mejor que pude. Cuando acabaron, me tumbé en el suelo, como derrotado.

Tenía muchas heridas, aunque solamente una algo profunda, en el codillo.

Hicieron venir al médico, que me vendó. Durante ese tiempo pensaba en mi amo; tal vez él también estaba herido y nadie lo socorría. Mientras representaba esta comedia, no había dejado de seguirlo con la mirada, sin que se notara; había visto que lo habían arrastrado hasta una tienda miserable, que lo habían atado a un poste y que los soldados, con las armas en la mano, lo vigilaban. La pena me encogía el corazón, y mis gemidos eran sinceros aunque no los causaran mis heridas. Sin embargo, fingí indiferencia hacia mi amo; parecía pensar solo en mí mismo y supe agradecerle tan bien al cirujano sus cuidados, que se sintió conmovido y ordenó que me retiraran los nudos corredizos que herían mis piernas.

-La dulzura de este elefante es notable, dijo; dadle de comer y de beber, pues parece que está muy cansado y muy débil, quizás por la sangre que ha perdido; hay que reconfortarlo.

Se alejó para ir a vendar otras heridas.

En seguida me trajeron una buena provisión de forraje, legumbres, arroz y agua fresca en un gran barreño. Yo pensaba en el príncipe Alemguir que, tal vez, sufría la sed, y se me cerró la garganta.

Pero nosotros somos esclavos de nuestro enorme apetito; el hambre nos doma y nos debilita rápidamente; había que comer, para estar fuerte y dispuesto a todo. Lo hice con el aire perezoso e inapetente de un enfermo, sin levantarme del suelo. Entonces, como no temían nada de mí, me pusieron en el pie una traba ligera atada a una estaca y me dejaron solo.

LA EVASIÓN

Llegaba la noche; algunas luces punteaban de rojo toda la extensión del campo; subían humaredas rectas en el aire tranquilo; yo veía hombres agachados alrededor de las marmitas, negros en la luz; luego hubo danzas, cantos y músicas; celebraban la victoria bebiendo, gritando, peleándose; simulaban incluso luchas cuerpo a cuerpo que se encarnizaron tanto que corrió la sangre. Después, poco a poco, se hizo el silencio, todo se apagó; un pesado sueño cayó sobre esta noche de batalla.

Entonces me incorporé sobre las patas.

No había luna; solo las grandes estrellas palpitaban en el cielo. Yo escuchaba; miraba en la penumbra. Las tiendas formaban montículos sombríos que ondulaban hasta perderse de vista. Ningún ruido, salvo el grito intermitente de los centinelas lejanos que no se veían. Delante de la tienda donde estaba encadenado mi amo, dos soldados con túnicas blancas, el fusil a la espalda, caminaban lentamente. Distinguía perfectamente sus largos trajes blancos y su turbante de muselina. A veces el cañón de sus fusiles brillaba, reflejando alguna estrella.

Matar a estos dos hombres, liberar a mi amo, huir con él, ¿era esto posible?

Los centinelas se paseaban lentamente alrededor de la tienda del prisionero, caminando en sentido contrario uno del otro, de manera que veían a la vez a los dos lados.

¿Cómo alcanzarlos sin que pudieran dar la alarma?

Inmóvil en la noche, los seguía con la mirada, intentando interpretar sus movimientos, las distintas posiciones que ocupaban en su ir y venir. Me di cuenta de que en el momento en que uno de los soldados se encontraba con su compañero me daba la espalda y luego desaparecía detrás de la tienda y, que en seguida, el otro soldado, describiendo el círculo, me daba también

la espalda. Un corto instante pasaba antes de que el primero, de cara a mí, reapareciera.

No podía alcanzar a los dos carceleros a la vez, y si uno me veía atacar al otro, tendría tiempo de dar la alarma y de despertar a todo el campo. Era, por tanto, en ese breve instante en el que tenía que actuar.

Una veintena de pasos me separaban de la tienda y eso aumentaba la dificultad de la empresa al reducir aún más el instante en el que yo les resultaba invisible; sin embargo, tenía que intentarlo.

Traté de deshacer la traba de mi pie. No pude conseguirlo, pero de un tirón arranqué la estaca que me retenía. Era libre.

Eligiendo el momento favorable, di algunos pasos hacia la tienda; luego espere otra ronda de los soldados para avanzar otro poco. Conservé la posición de un elefante dormido y no se dieron cuenta, en la oscuridad, de que me había aproximado.

Era el momento. Tenía que actuar: en la siguiente vuelta, pensé.

Pero me palpitaba el corazón tan rápido que tuve que esperar un poco más.

Mi único temor era no lograrlo, y también me angustiaba un poco la idea de masacrar, a traición, a estos dos desconocidos. Pero, después de todo, ¿no me habían dado los hombres el ejemplo de la fiereza? y, para liberar a mi amo, hubiera sacrificado sin remordimientos a todo el ejército enemigo.

De repente recobré la sangre fría y con lucidez extrema controlé todos mis movimientos.

Atrapé al primer soldado, ahogándolo con mi trompa sin otro ruido que el crujir de sus huesos aplastados. Ya había abandonado su cadáver cuando el otro apareció ante mí.

Tan grande era su terror que no gritó, pero instintivamente saltó hacia atrás, un salto tan mal medido que lo hizo caer al suelo. El desgraciado ya no se levantó, mi enorme pie lo aplastó formando un barro sanguinolento.

Respiré despacio; después agucé el oído: a lo lejos, siempre, el grito intermitente de los centinelas que vigilaban en los límites del campo del que ocupábamos el centro; tal vez pronto iban a relevarlos, y a los carceleros del príncipe; no había tiempo que perder.

Sin embargo, temiendo arrancarle un grito de sorpresa, no me atrevía a acercarme a mi amo bruscamente, ¿dormiría mi querido príncipe?, roto de fatiga, o ¿lloraría en silencio por su libertad y su vida perdidas? Verdaderamente no sabía qué hacer, y el temor de ver los minutos pasar me producía escalofríos.

De pronto tuve una idea. Arranqué todas las estacas que sujetaban la tienda de un lado y cogiéndola por debajo, levanté toda una mitad plegándola sobre la otra como hubiera podido hacer el viento de un tornado. De esta forma había levantado el abrigo. Vi al príncipe, sentado en el suelo, el codo en la rodilla, la frente en la mano.

Alzó la cabeza bruscamente y de repente vio mi silueta gigante contra el cielo estrellado.

- ¡Iravata, murmuró, amigo, compañero de miseria!

Se me saltaban las lágrimas; pero no era el momento. Toqué las cadenas de mi amo, palpándolas, juzgando su fortaleza. No era nada para mí. Las de los pies las rompí de un solo tirón, después la más pesada, que estaba unida a un cinturón de hierro y que ataba al príncipe a un poste.

- ¿Qué haces? ¿Cómo es que estás libre? Preguntó Alemguir, que poco a poco salía de su postración.

De pronto comprendió, se puso en pie.

- ¡Me estás liberando!, dijo, quieres salvarme.

Hice señal de que así era y de que era necesario darse prisa.

Calmado y resuelto, echaba a un lado los troncos de las cadenas. Le mostré la que yo tenía en el pie y la estaca que arrastraba. Se agachó, deshizo la traba; luego lo ayudé a izarse a mi cuello.

¡Ay, qué placer sentirlo allí! Pero aún no estábamos fuera de peligro.

No habló más; concentró toda su atención en dirigir bien nuestra huida.

Al salir de la oscuridad de la tienda veía mejor hacía afuera y hacia arriba; miró a su alrededor escuchando el grito de los centinelas para darse cuenta de la disposición del campo, de su extensión y de su límite más próximo. Se inclinaba, apuntaba con su mirada, pero más allá de una centena de pasos era imposible atravesar la oscuridad. Habían formado caminos, entre las tiendas alineadas sin demasiado desorden, pero estos caminos estarían

vigilados; y el príncipe pensó que sería mejor deslizarse entre las tiendas por donde se entrecruzaban las sombras.

Nosotros tenemos la ventaja, a pesar de nuestra apariencia pesada y nuestra tosca corpulencia, de poder caminar sin hacer más ruido que las panteras o los gatos. Toda una manada de elefantes de viaje, si recela algún peligro, procurará que no cruja ni una hierbecilla ni una hoja. El oído más fino no percibiría el ruido de sus pasos, y quien los viera desfilar a centenares, en absoluto silencio, los tomaría por fantasmas.

Sería justo decir: ligero como un elefante, pero creo que esta idea no se le alcanza a nadie.

Esta particularidad explica cómo pude circular entre estos millares de tiendas, viendo mal, teniendo para pasar, a menudo, justo la anchura de mi cuerpo, sin enganchar nada, sin tirar nada, sin que ningún ruido pudiera denunciar nuestra presencia.

Nos encontrábamos en el límite del campo. Ahora lo más difícil era atravesarlo, pues lo habían fortificado rápidamente con trincheras y fosos. Pero este trabajo apresurado era mediocre y poco sólido.

El príncipe se inclinó junto a mi oreja y me dijo:

-Intenta derribar el muro de tierra en el foso para rellenarlo mientras abres una brecha.

Lo había entendido. Me puse a ello. La tierra, aún blanda, cedía fácilmente. Pero no podía evitar un golpe sordo cuando caía en el foso. El ruido era muy débil, muy ahogado, y sin embargo me parecía formidable.

¡Por fin estaba abierta la brecha! Pasé y, hundiéndome en el barro del foso, conseguí subir al otro lado.

Estábamos fuera del campo y aceleré el paso con alegría.

Pero resonó un grito, un grito de alarma. Nos habían visto en el espacio descubierto que franqueaba a toda velocidad. “¡Cuidado, amo!” Lo agarré, lo tumbé de través sobre mis colmillos sujetándolo con mi trompa, sin aminorar la carrera. Mi oído sutil había percibido el ruido de los fusiles que cargaban. Iban a disparar contra nosotros; pero el príncipe, protegido por toda la masa de mi cuerpo, no corría ningún peligro.

Una brusca luz azotó la oscuridad; estallaron multitud de chispas y yo recibí un puñado de balas en la grupa. Rebotaron; esas pequeñas bolas de plomo no eran capaces de atravesar la

áspera piel de un elefante. Solo me escocieron como puntas enrojecidas al fuego. Una segunda descarga no me alcanzó, salvo una bala que, rozándome la oreja se melló un poco.

Corría más deprisa porque quería alcanzar un bosquecillo que al menos nos pondría al abrigo de las balas.

Cuando ya lo alcanzaba escuché tras nosotros el golpe sordo de los caballos que galopaban.

- Nos persiguen, dijo Alemguir. Había vuelto a colocarse en su lugar, sobre mi cuello. Me lancé hacia lo más espeso del bosque abriendo paso con mis colmillos, rompiendo las ramas bajo mis pies. Pero eso nos retrasaba, denunciaba nuestras huellas, dejaba un camino abierto a nuestros enemigos. Imposible evitar este peligro; la inquietud me hacía temblar y me paralizaba un poco. Mi amo, con sangre fría, me hablaba con dulzura.

- Cálmate, decía, nada está perdido; sabes que los caballos te tienen mucho miedo; si nos alcanzan no tienes más que volverte y cargar contra ellos para espantarlos y hacerlos huir.

Pero yo, sin poderlo expresar, pensaba:

- Las balas podrían alcanzar a mi querido príncipe.

Sin embargo, me repuse y conseguí avanzar más deprisa. El día, que amanece tan temprano en verano, comenzaba a despuntar.

Un ruido sordo y continuo se aproximaba e impedía oír el galopar de los caballos.

- ¿Será un torrente? dijo Alemguir. Si pudiéramos alcanzarlo y ponerlo entre nosotros y los que nos persiguen, estaríamos salvados.

Levanté la trompa, oliendo el aire para orientarme, y cambié de dirección.

El bosque clareaba; avanzaba con más comodidad entre los árboles jóvenes y las zarzas que rompía bajo mis pies, y pronto nos encontramos frente a un río torrentoso que corría en el fondo de una garganta.

El agua, que burbujeaba en algunos lugares y corría dando vértigo, se había cavado una cama en la tierra arcillosa y parecía fluir entre dos murallas.

- ¡Ay, dijo el príncipe, lo que creía que iba a salvarnos va a perdernos! Es imposible bajar hasta este río.

A mi entender, era difícil pero no imposible, y como reflexionar consume tiempo me puse enseguida a horadar la greda con mis colmillos, a apisonarla con mis pies, a lanzarla a derecha e izquierda para formar una especie de escalera; pero cuando creí que ya podía arriesgarme, la tierra cedió, y resbalando sobre el barro pegajoso, entré en el río más rápido de lo que quería, con un *plof* formidable que hizo saltar el agua a una altura extraordinaria.

Por fortuna, mi amo había podido engancharse a mi oreja y no había sufrido daño. Me consolé rápidamente de mi caída, aunque quedé un poco atontado.

Ahora la corriente nos llevaba y yo la dejaba hacer; ella corría por mí mientras yo reposaba deliciosamente en el frescor del agua que me reanimaba. El príncipe también recuperaba las fuerzas. Se inclinó varias veces para beber en el hueco de sus manos.

De pronto volvió la cabeza.

- Ahí están nuestros enemigos!

Los jinetes, siguiendo la brecha que yo había abierto, acababan de llegar a la orilla; nos vieron, y siguiendo el río, se lanzaron de nuestro lado.

El príncipe no les quitaba la vista de encima.

- Están apuntando, me gritó; lanza tu grito de guerra.

Desde el fondo de mis pulmones saqué el barrido más terrible que pude; estuvo bastante logrado; el eco lo repitió y lo repitió, que parecía que no acababa nunca. No faltó el efecto que mi amo quería producir; los caballos espantados se encabritaron con movimientos desordenados y toda la carga de los fusiles se dispersó sin alcanzarnos.

- Ahora ya sabemos cómo defendernos, dijo Alemguir; muchos jinetes han sido derribados y a otros les cuesta mucho trabajo hacerse obedecer por sus monturas.

Yo giraba la cabeza y no podía ver nada, pero me sentía feliz de lo que oía. La corriente nos seguía arrastrando y no había manera de abordar la otra orilla, que presentaba una muralla vertical, mientras que del lado de nuestros enemigos el terreno cada vez era más bajo.

Los soldados de Mysore habían conseguido dominar a sus caballos y acortaban distancia muy rápidamente; pero otro peligro me inquietó entonces: sentía que el agua me llevaba con creciente

rapidez, inexplicable, como atraída hacía un abismo. Con vigorosas patadas comencé a luchar contra la corriente, intentando desandar camino, pero retrasaba muy poco la carrera que se volvía vertiginosa. El príncipe compartía mi angustia.

- Ayúdame, dijo; de pie sobre tu cuello podré ver que es lo que nos amenaza.

Tendí la trompa por encima de mi frente y él se apoyó para mantenerse en pie.

- No dudes, gritó en seguida con una voz temblorosa. Lánzate sobre la orilla donde están nuestros enemigos, el río cae sobre un abismo en una espantosa catarata.

Con todas mis fuerzas nadé hacia la orilla; pero una fuerza superior a la mía me empujaba hacia la caída, que ya solo estaba a una centena de metros.

- ¡Valor!, ¡valor!, gritó mi amo, que jadeaba.

Hice un esfuerzo desesperado, tensando todos mis músculos, poniendo en juego toda la fuerza de la que estaba dotado. Pero estaba sin aliento, aturdido por el rugir terrible y tan próximo de la catarata, y por ese torbellino de agua que nublaba la vista.

Verdaderamente creía que ya no había esperanza e iba a abandonar, ¡cuando sentí el fondo bajo mis pies! Esto reanimó mi energía; en dos empujones estuve a pocos metros de la orilla, de pie sobre un fondo de rocas sólidas, los costados sacudidos por un cruel desfallecimiento.

El príncipe, cuyos miembros todavía sentía temblar, me acariciaba con la mano, diciéndome dulces palabras. El agua, al correr, espumeaba contra mis piernas macizas como contra los pilares de un puente; pero ya no podía arrastrarme. Los soldados acudían, gritando de alegría, apuntándonos cómodamente.

- ¡Carga contra ellos!, ordenó mi amo.

Hice retumbar el trueno de mi voz y me lancé fuera del agua, la trompa en alto. Los caballos volvieron a tener miedo, saltando, sacudiendo el bocado; algunos se dieron la vuelta, huyeron. El jefe, sin embargo, se empeñaba; castigando con las espuelas su montura más dócil, disparó. La bala pasó tan cerca de la cabeza de Alemguir que le quemó el pelo. Entonces, fuera de mí, corrí tras el soldado; cuando lo alcancé, lo agarré con la trompa y lo arranqué de la silla.

Al grito que lanzó, en lugar de acudir a socorrerlo, los compañeros que todavía resistían huyeron. Durante ese tiempo balanceé al vencido como un trofeo, luego lo lancé al medio del río donde cayó con un *plof* casi tan fuerte como antes el mío. El miserable se debatió un instante, después fue arrastrado, precipitado con la catarata.

GANESHA

Ahora el sol resplandecía, secándonos con sus rayos. Estábamos salvados, y esta alegría nos hacía olvidar todos los sufrimientos que habíamos pasado.

El príncipe desmontó; de pie ante mí, me miraba con agradecimiento.

- Sin ti, me dijo, a esta hora mi cabeza rodaría en la sangre. En la huida, nuestra salvación dependía de los minutos que corrían, y por no distraerte ni uno solo, te daba las gracias en mi corazón. Pero ahora, solemnemente, ante el sol que brilla, quiero expresarte los sentimientos que me inspiran tu entrega y tu heroísmo. ¡Oh Iravata! sin ti, Zafiro del Cielo, con los velos del duelo, lloraría mi muerte; sin ti, no vería al niño que debe nacer; mi nombre quedaría nublado por mi vergonzosa muerte, mi reino invadido y arrasado; en cambio, estando yo vivo todo puede arreglarse. ¡Y esto es gracias a un ser que los hombres consideran inferior a ellos! ¡Ay, la princesa de Siam tiene razón, un alma real y heroica se esconde bajo tu rudo envoltorio!

Me sentía confundido con tantos elogios y no podía hacerle comprender que si yo tenía un alma era simplemente una buena alma de elefante llena de afecto para el primero que me había tratado como a un amigo.

Me acariciaba suavemente con la mano, me miraba sonriendo, enternecido. Yo, por todos los medios que están a nuestro alcance: movimientos de orejas, pataditas, largos resoplidos, le expresaba mi satisfacción.

- Te juro, dijo además el príncipe, que siempre serás tratado como mi igual y considerado como mi mejor amigo. Pero, alejémonos un poco más; nuestros adversarios podrían volver más numerosos, ahora que ya todos deben de conocer mi huida.

Descendimos por un lado bastante empinado, paralelo a la catarata. Vimos entonces una hermosa y fértil llanura en la que el

río, calmado, poco profundo, corría sobre un lecho de guijarros y de rocas. Pude pasarlo vadeando a poca distancia de la cascada que se esparcía en nieve y que el sol llenaba de chispas y de irisaciones.

¡Este era el salto en el que por poco no caímos! Causaba espanto verlo a pesar de toda la belleza de la naturaleza que lo adornaba. Buscaba con la mirada al jinete que había sido tragado en este lugar. No quedaba ninguna huella.

Cuando estuvimos del otro lado, en una pradera cubierta de hierba fresca y espesa, mi amo me dijo que comiera.

- Mira, una buena comida para ti, date prisa en aprovecharla. Bastante lamento no poder, como tú, desayunar con algunos puñados de hierba, pues hace ya mucho que no como nada.

¡Cómo iba a comer yo cuando él padecía el hambre! Seguí avanzando como si no lo hubiera entendido bien.

- Te comprendo, Iravata, dijo el príncipe; te privas porque yo estoy en ayunas; pero no tienes que hacerlo; conozco las exigencias de tu gran estómago; el del hombre es más paciente.

Lo que me torturaba era la sed y bebí todo lo que quise en el río.

- Come; que tu estómago esté vacío no llenará el mío.

Arranqué, un poco por aquí, un poco por allá, algunas brazadas de hierbas, pero sin consentir en detenerme. Miraba a lo lejos por ver si distinguía grupos de casas, algún pueblo.

- De nada serviría, dijo Alemguir, que se dio cuenta; me han despojado de todo, no me han dejado ni un diamante, ni una rupia, y no estoy lo suficientemente vencido por la desgracia como para consentir en mendigar. Solo he conseguido salvar mi sello real; se me ocurrió en el momento en el que me hicieron prisionero: retirar de mi dedo el anillo que lo soporta y meterlo en la boca. No puedo cambiar este sello, que servirá para que me reconozcan, por comida; tenemos que tener paciencia hasta que encontremos seres capaces de reconocer el poder de mi anillo y que me faciliten los medios para regresar a mis Estados.

Mi amo tenía razón; no podía vender su anillo.

Aceleré el paso para salir de esta insoportable pradera que parecía no tener fin; pero de poco me servía avanzar, la misma hierba fresca y florida por todas partes y, de tanto en tanto algunos

árboles grandes; ninguno tenía fruto; y no se vislumbraba ningún lugar habitado.

El príncipe había recogido varias hojas anchas con las que se cubría la cabeza para protegerse de los rayos ardientes del mediodía; también había puesto algunas sobre mi frente pues sabía cuánto nos hace sufrir el calor.

Sin embargo, aparecieron algunos cultivos, más allá un bosquecillo de bambúes gigantes entre los que se distinguía un edificio de piedra que tenía la forma de una colmena.

- Es una capilla, dijo Alemguir, no podemos pasar sin rendir homenaje al dios que guarda y al que hemos encontrado antes que ninguna otra cosa. Cuando hayamos rezado, podremos descansar en la sombra del bosquecillo.

¡Qué sorpresa, cuando estuve ante la abertura del edículo sagrado! El dios de piedra que aparecía al fondo bajo un dosel de terciopelo era un hombre con cabeza de elefante.

- ¡Ganesha, el dios de la Sabiduría!, exclamó el príncipe, ¡solo el destino ha podido conducirme a él, ante el que, mejor que ante ningún otro, debo dar gracias!

Estaba arrodillado al pie del altar y rezaba a media voz. Durante ese tiempo, como yo no podía entrar en la capilla estrecha y profunda, examinaba a este dios singular que, sobre un cuerpo de hombre, llevaba una cabeza igual a la mía y que apoyaba el extremo de su trompa en la mano derecha. Veía por encima del altar lo que mi amo no podía ver: ofrendas frescas allí depositadas, en bandejas y en cestas. ¡Qué alegría! había pasteles, mantequilla líquida, frutas variadas, más que la comida necesaria para un hombre durante tres días.

Mi trompa alcanzaba el altar. En cuanto el príncipe acabó su oración, coloqué bandejas y cestas ante él.

- ¡Las ofrendas!, exclamó; ciertamente yo no me hubiera atrevido a cogerlas a pesar de mi necesidad extrema; pero, si tú me las ofreces no puedo rehusarlas; me parece que el mismo dios me las da... y, quizás, tú eres Ganesha.

Yo no era Ganesha, pero sí un elefante muy satisfecho; mi amo comía; y en este hermoso bosque en el que nos encontrábamos crecían toda suerte de raíces y de plantas que me gustaban y que podrían saciarme. Haríamos una breve siesta durante las horas de calor, luego llegaríamos a algún lugar habitado, sin duda muy

próximo a juzgar por las ofrendas tan recientes y por las emanaciones que mi olfato sutil percibía en el aire.

Era delicioso después de lo que habíamos soportado, y si Ganesha nos había ayudado verdaderamente a salir de estos malos pasos, como el príncipe parecía creer, yo también me sentía dispuesto a agradecerérselo muy devotamente e incluso a rezarle todos los días, pues, si es posible que haya un dios para nosotros, Ganesha será ciertamente el dios de los elefantes.

NOS TOMAN POR LADRONES

El príncipe Alemguir y yo estábamos en Bijapur desde hacía varios meses; nos habían ocurrido muchas aventuras en esta ciudad, la primera que encontramos en nuestro camino, a poca distancia de la capilla de Ganesha.

Los dueños actuales del Indostán, los ingleses, eran numerosos en Bijapur, donde tenían un gobierno. Así que allí estábamos fuera del alcance del marajá de Misora, que también estaba sometido a los conquistadores ingleses y reinaba pagándoles tributo; pero otros peligros nos amenazaban: primero, ¡a mi amo lo tomaron por ladrón!

Al verlo casi desnudo, pálido, despojado de todo, los tobillos y las muñecas con la marca de las cadenas, no creyeron nada de lo que les aseguraba. Sospechaban que se había escapado de alguna prisión y lo acusaban de haberme robado a mí.

Entonces quisieron confiscarme, separarme de él; pero cuando intentaron ponerme la mano encima, el grito de cólera que lancé hizo que los agentes de la policía y los curiosos apelotonados huyeran como una bandada de gorriones:

Los agentes volvieron primero. Convinieron en que era posible que el desconocido fuera el propietario del elefante, pero tenía que explicarse ante el comisario, que dictaminaría.

Tendí a mi amo sobre mis colmillos como ya hice en otra ocasión para protegerlo de las balas, y transportándolo así, para gran asombro de la multitud, seguí a los agentes.

El comisario, a pesar de la evidencia, nos hizo pasar varias pruebas para asegurarse de que el fugitivo era verdaderamente mi dueño; pero concluyó que esto no le impedía ser un personaje peligroso, un espía, o un emisario secreto de algunos traidores y que era necesario meterlo en prisión.

Alemguir no cesaba de pedir que lo condujeran ante el gobernador de Bijapur, con el que se explicaría; pero el gobernador estaba de caza y pasaban los días sin que volviera.

El príncipe habría sufrido todos estos inconvenientes con paciencia si la idea de que Zafiro del Cielo, ignorándolo todo sobre él, moriría de inquietud, no hubiera torturado su corazón. La retirada de la armada la habría informado de la derrota y de la cautividad de su esposo; pero desde entonces ya no sabría nada, podría creerlo muerto y no querer sobrevivirle.

Por fin regresó este gobernador y en seguida el príncipe comprendió que se entendería con él.

Sir Percy Murray era un hombre alto y delgado, de barba blanca, de vivos y alegres ojos azules, de maneras afables y con un aire de bondad y franqueza.

Después de que Alemguir le dijera quién era y de que le mostrara su sello real, después de que le contara sus aventuras y desgracias, el gobernador lamentó todas las molestias que sus subalternos, por exceso de celo, le habían causado en su ausencia, e invitó al príncipe a vivir en su casa, en Jazmín-Cottage, en las afueras de la ciudad.

Mi amo le suplicó que le procurara los medios para volver a Golconda donde su ausencia podría ser causa de grandes males; pero Sir Percy Murray, a pesar de toda su cortesía, no podía, afirmaba, dejar que un desconocido se alejara sin haberse asegurado de su identidad; sería criticado en las altas esferas y se arriesgaba a ser destituido; eso decía, pero le rogó al príncipe que le escribiera a su esposa y que le dijera que enviara a Bijapur a algunos personajes notables de Golconda y a un testigo inglés, si era posible, para que vinieran a reconocer al príncipe y, una vez superada la prueba de que él era quién decía ser, le devolvería la libertad.

Entre tanto, el gobernador de Bijapur se esforzó cuanto pudo para hacerle al príncipe la vida agradable. Su hospitalidad era de lo más cordial, su numerosa familia era alegre y animosa; organizaban fiestas campestres, veladas, bailes y mi amo, si no se distraía, por lo menos se interesaba por las costumbres, nuevas para él, de la sociedad inglesa.

Por fin los mensajeros volvieron con una carta de Zafiro del Cielo, acompañados por el tío del príncipe y por varios amigos

que lloraron de alegría al volver a ver a su señor, por el que antes habían llorado de pena.

Alemguir, siempre tratándome como a un amigo, vino a leerme la carta de la princesa y a decirme que partíamos al día siguiente.

-Si fuera posible que viajaras en tren, me dijo, llegaríamos esta misma tarde; pero sería difícil y posiblemente te disgustaría.

Mientras no fuera por mar, estaba dispuesto a viajar de cualquier manera. Le hice comprender a mi amo que con gusto iría en tren, y así se decidió hacerlo.

Me instalaron en un gran vagón descubierto que se protegió con una lona y se tapizó con una cama espesa. Luego, gracias a un tablón suavemente inclinado, me hicieron subir.

Parece que nunca se había visto tomar el tren a un elefante, pues había muchos curiosos en el andén de la estación que habían venido expresamente para asistir a mi embarque.

El príncipe me recomendó que me acostara para que notara menos las sacudidas y, tras despedirse del gobernador que lo había acompañado con varios oficiales ingleses, subió a su compartimento y se cerraron las puertas.

Resonaron unos silbidos y el tren se puso en marcha. Como no tenía costumbre de ir en coche, el movimiento me causó algo de mareo, pero esto no era nada al lado de los abominables recuerdos de la travesía de Siam a Ceilán, y la idea de llegar antes de que fuera de noche me llenaba de alegría. Así que tome mi malestar con paciencia; aumentando la velocidad el tren nos llevaba a todo vapor hacia Golconda.

PARVATI

En nuestra ausencia había nacido una princesita en el palacio de Golconda. Alemguir, muy contento, vino a mostrármela entre los encajes de sus mantillas.

¡Qué preciosa era, tan bonita, tan frágil, parecía una flor! Su manita agitaba un sonajero de oro y llevaba al cuello una hilera de perlas que parecían gotas de leche cuajada.

La habían llamado Parvati, el nombre de una diosa.

¡Qué emocionado me sentía mirándola! ¡Cómo palpitaba mi corazón!, pero solo sabía expresar lo que sentía balanceándome torpemente sobre un pie y sobre el otro.

Zafiro del Cielo había estado a punto de morir, por eso le habían ocultado las desgracias del ejército y la cautividad del príncipe. Se enteró al mismo tiempo de los peligros y de la salvación; la esperanza de ver pronto a su esposo aceleró su curación.

En cuanto supo mi parte en la evasión vino a agradecerme solemnemente. Para gran confusión mía, se arrodilló ante mí, me rindió pleitesía, como hacían en Siam. Luego declaró que, ya que mi pobre mahout había muerto en la batalla, solamente tendría sirvientes puesto que había mostrado una inteligencia demasiado superior como para no necesitar ser dirigido, y que quería que me dejaran absolutamente libre en el parque, en sus dominios, incluso en la ciudad y en el campo si se me antojaba ir a pasear solo.

Así comenzó para mí una vida encantadora. Me parecía que me habían elevado a la dignidad de ser humano, y el sentimiento de responsabilidad que me inspiró este nuevo estado hizo que estuviera muy atento para no causar nunca ningún desorden y para seguir siendo digno de la confianza que me testimoniaban. Pero, qué placer llegar al campo, al bosque; correr libremente bajo la fronda, despejando la maleza, arrancando pequeños árboles, como antes, sin constreñir mis movimientos como tendría que

hacer en un medio que no se adaptara a mi tamaño. Empleaba aquí la fuerza que me sobraba y eso me calmaba y descansaba de un modo muy agradable.

Pero, después de unas horas, sentía hasta qué punto la soledad de antaño me resultaría insoportable; me sentía superior a mí mismo, ya lejos de la vida salvaje. Me inquietaba sin embargo por mis amos, más bien por mis amigos, el temor de perderme, abandonado; de no encontrar el camino; entonces me apresuraba hacía la ciudad, tranquilo en cuanto avistaba los muros de Golconda, sus cúpulas color de nieve, sus esbeltos minaretes sobrepasando los penachos de los palmerales.

Una vez dentro de los muros, vagaba por las calles atravesando los bazares donde sabía que todos se precipitaban a ofrecerme alguna golosina; luego entraba en palacio y lo primero que hacía era buscar a la pequeña Parvati; la encontraba en medio de sus nodrizas y de sus sirvientas, en los bosquecillos de jazmines y de rosas; entonces la contemplaba de lejos con una admiración y una felicidad extraordinarias.

Así la vi crecer poco a poco, de día en día y de mes en mes; pronto se revolcó en la hierba florida, caminó como un cachorro, después se puso en pie, dio sus primeros pasos entre brazos abiertos.

MI PRINCESA

Un día, – aquel día es uno de los puntos que brillan en mis recuerdos – la princesa tenía algo más de un año y caminaba y saltaba muy bien; estaba a poca distancia de un bonito lago bordeado de lotos de todos los colores; en alfombras, a la sombra de los árboles, las gobernantas jugaban al ajedrez mientras Parvati, de flor en flor, perseguía una mariposa magnífica.

Yo la seguía con la mirada, interesado en su caza.

Las alas brillantes se le escapaban siempre, huían, se posaban más lejos; ella se enfadaba, se empeñaba en seguirla, recorría los mil zigzags que trazaba esta bella mariposa rosa y azul que parecía una flor que emprendía el vuelo.

Me parecía que la princesita se alejaba demasiado, que se acercaba imprudentemente a la orilla del lago. ¿Por qué no la llamaban? Miré a las mujeres. Dos de ellas jugaban al ajedrez; las demás, inclinadas sobre el tablero, seguían atentamente la partida, la discutían locuaces. Estaban completamente absortas y ninguna se ocupaba de aquella a la que tenían que cuidar.

Temblando de cólera, pensé correr hacia ellas y tirarles el tablero cuando vi a Parvati que, justo al borde del agua, seguía avanzando. La mariposa se había posado sobre un loto.

La angustia me inmovilizaba, pero no duro mucho: la princesita se había caído sin un solo chapoteo, sin que ningún grito hubiera llamado la atención.

De tres saltos llegué al lugar donde había desaparecido, en medio de los nenúfares y los lotos. Rebusqué en el agua con la trompa entre los tallos enredados.

Una nube de barro subió del fondo, lo oscureció todo, y unos pocos segundos que pasaron me parecieron horriblemente largos.

Habían acudido todas las mujeres lanzando gritos ensordecedores, retorciéndose los brazos, rasgando sus vestidos.

¡Ya era hora, verdaderamente!, ¡ahora de poco servía! Me hubiera gustado tirarlas a todas al lago.

En fin, agarré a la pobre princesita, la levanté desvanecida, como muerta, negra de fango y chorreando.

Las gobernantas querían quitármela para disimular su culpa; pero yo quería que su culpa se conociera, y sin atender a sus clamores, corrí hacia el palacio.

Era día de recepción; Zafiro del Cielo estaba en el gran salón del trono con las damas de compañía y los cortesanos. Entré sin dudar, interrumpiendo las conversaciones y las danzas de las bailarinas, fui derecho a la reina y dejé sobre sus rodillas a la niña toda manchada de barro, sin respiración y sin movimiento.

Zafiro del Cielo, de momento, no comprendió qué pasaba y quiso retirar ese paquete negro que goteaba sobre su vestido; pero reconoció a Parvati.

- ¡Mi hija, gritó, y en qué estado!, ¿muerta?

Un médico que estaba allí se acercó.

- Tranquilizaos Majestad, dijo, no es nada: un síncope.

Tomó a la niña, le quitó la ropa mojada, dio algunas órdenes; todo el mundo corrió para socorrer a la princesita.

Las gobernantas, enloquecidas, habían entrado detrás de mí. Explicaban lo ocurrido, todas a la vez, disculpándose, jurando, llorando. No se entendía nada.

- ¡Callad, dijo la reina, responded únicamente a mis preguntas! E interrogó a una de las mujeres.

- La princesa Parvati se cayó al lago, respondió gimoteando. Una negra añadió:

- La tiró el elefante blanco.

Pero le di tal trompazo en los riñones que se cayó al suelo, muda para un buen rato.

- Esta mente, dijo Zafiro del Cielo. ¡Qué encierren a estas mujeres!, pronto sabremos la verdad. Ahora solo quiero ocuparme de mi hija.

A pesar de sus lágrimas y sus súplicas, les ataron los brazos con cuerdas de seda y se las llevaron, mientras conducían a la negra en unas parihuelas.

Parvati reanimada, bañada, envuelta en un velo de gasa de oro, fue devuelta por el médico a las rodillas de la reina.

La preciosa niña parecía muy sorprendida de estar allí; no se acordaba de nada. Miraba a los asistentes, - todos le sonreían-, abriendo sus hermosos ojos bajo los rayos de sus largas pestañas negras. Luego, intimidada, rodeó con sus brazos el cuello de su madre y escondió su rostro mirando por debajo.

¡No estaba muerta, ni siquiera estaba enferma! ¡Qué alegría! Me balanceaba tontamente moviendo las orejas, pues no tenía otra manera de expresar mi alegría.

- Iravata, dijo la reina, acariciándome la frente con su suave mano, sabremos lo que ha ocurrido y tú nos ayudarás a descubrirlo. Nunca dudaré de ti y nunca creeré que tú hayas cometido una mala acción. ¡Quizás tenga que agradecerte algo más! ¡Quizás te debo la vida de mi hija como también te debo la de mi esposo!

Esto era verdad; ¡sin mí se habría perdido nuestra querida flor! Si por desgracia en ese momento hubiera estado lejos del palacio, saltando por el bosque o bañándome, u ocupado en comer, o simplemente distraído y mirando a otro lado, sería una pequeña muerta lo que habrían sacado del río. Me estremecí con semejante idea y me juré que nunca la perdería de vista, renunciando para ello a mis vagabundeos fuera de la ciudad.

Los rumores en el palacio habían atraído la atención del rey y no se le pudo ocultar el accidente ocurrido a la princesa. Acudió muy preocupado, pero Parvati corrió a él riendo, totalmente recuperada y divertida con el gran velo de oro que una princesa le había prestado y que arrastraba haciendo ruido.

Después de besar a su hija con ternura, Alemguir pidió detalles del accidente, y como no pudieron dárselos, ordenó que se realizara el interrogatorio inmediatamente.

- Iravata, me dijo, condúcenos al lugar donde ocurrió la desgracia.

Obedecí al instante. El rey, que llevaba a Parvati, la reina y todos los asistentes me siguieron extremadamente interesados.

Cuando llegué al borde del lago le mostré al rey el tablero, sobre el que aún estaban las piezas de la partida interrumpida. Pero no podían comprender qué relación había entre este tablero y la caída de la princesa en el lago. Examinaron sobrecogidos el lugar en el que había caído, los lotos tronchados, el césped que yo

había pisoteado. Pero eso no explicaba nada. ¿Quién era el culpable? ¿A quién había que castigar?

Trajeron allí a las mujeres y las interrogaron. Pero siguieron mintiendo, respondiendo confusamente y acusándome siempre.

- Pasó como un huracán, nos dio miedo; la princesa estaba delante de él, la empujó al agua.

- Y luego, dijo el rey, ¿quién la sacó del lago?

- Fuimos nosotras, fuimos nosotras, dijeron ellas, pero el elefante nos la arrancó y escapó llevándola.

El príncipe me miró. Yo hice el gesto de que eso no era así.

- ¡Qué las azoten, gritó, hasta que confiesen la verdad!

Aquello fue entonces un concierto de alaridos que se volvieron más agudos cuando aparecieron los esclavos armados con látigos dobles de cuero.

El rey hizo una señal. Los esclavos agarraron cada uno a una mujer, la tiraron de rodillas y le azotaron los riñones con las correas. Fue suficiente para desatar la lengua; todas querían hablar, contar la historia, la verdadera.

- Os escucho, dijo el rey, e indicó la que debía hablar.

- ¡Perdonadnos, o rey magnánimo!, dijo; somos culpables. Esto es lo que ocurrió: Ananta jugaba con Zobeide una partida de ajedrez y el juego se presentaba de una forma muy curiosa. Todas mirábamos de reojo, interesadas a pesar nuestro, mientras vigilábamos a la querida princesa que recogía flores y nos las traía. Desgraciadamente, empezamos a apostar y, en el momento decisivo, toda nuestra atención estaba cautivada por el movimiento de las piezas. El señor elefante blanco estaba allí desde hacía un buen rato, mirando por encima de los arbustos. De repente, con un rugido espantoso, se lanzó, rompiendo las ramas, aplastando las flores y se precipitó en el lago, de donde, tras algunos instantes, sacó a la princesa.

El rey se acercó a mí con los ojos llenos de lágrimas.

- Verdaderamente eres nuestro buen genio, ¡oh Irvata, dijo, después de haberme salvado de una muerte vergonzosa, ahora me devuelves a mi hija! Ciertamente, no hay un solo hombre en el mundo al que deba agradecerle tanto como tengo que agradecerte a ti. Que estas miserables mujeres sean expulsadas y exiliadas, añadió. Este es el castigo, pero ¿cómo recompensar dignamente al salvador?

Hubiera querido poder hablar para decir que ninguna recompensa equivaldría para mí a la felicidad de verlos vivos y de vivir a su lado. Zafiro del Cielo lloraba a lágrima viva, arrodillada ante este remolino de agua que hubiera podido tragarse a su niña. De pronto se incorporó, cogió a Parvati en los brazos y me la tendió.

- ¡Oh tú, mi antepasado desconocido, exclamó, tú que tan manifiestamente nos proteges, acepta el cuidado de mi hija; te la confío, para que solo tu cuides de ella, y nunca más ni la angustia ni la inquietud morderán mi corazón!

¡Me confiaban a la princesa Parvati! ¡Me confiaban la deliciosa flor humana a la que quería por encima de todo! Esto me llenó de un entusiasmo tan grande que lancé un trompetazo tan formidable que se estremecieron todos los asistentes.

Pero me paré en seco, pesaroso e inquieto. Tal vez había asustado a mi bien amada que ya no me querría como guardián. Nada de eso, al contrario; ella reía a carcajadas aplaudiendo y gritando:

- ¡Más! ¡Más!

Así que volví con la fanfarria, aunque suavizándola un poco.

JUEGOS DE ELEFANTE

¡Qué paraíso, aquellos años en los que fui el esclavo de esta niña!

Ella me aceptó en seguida, y entre nosotros se estableció una complicidad extraordinaria. Empezaba a hablar, y gracias a ella, sin trabajo alguno, yo aprendía el hindi. Hasta ese momento, un intérprete, que prácticamente no tenía otras funciones más que traducirme en siamés lo que yo debía comprender, había estado destinado a mi servicio. Retuve algunas palabras, pero muy pocas y casi ninguna frase entera; sin embargo, con Parvati, que poco a poco, pero segura, descubría el lenguaje, lo descubría yo también.

Yo era con quien más hablaba, y cuando no comprendía lo que quería decirme, ella repetía las palabras con obstinación. La mayoría de las veces se trataba de un juego nuevo que ella inventaba. Con un compañero como yo puede suponerse que eran juegos poco corrientes.

- ¡Balancéame! exclamaba.

Entonces, yo doblaba un poco la trompa hacia dentro de modo que le hacía una especie de sillón vivo que la apretaba suavemente para que no pudiera caerse, y así, la balanceaba. Su risa perlada se desgranaba sin pausa, pero ella era insaciable:

- ¡Más fuerte!, ¡más fuerte!

Yo aceleraba el movimiento, alargándolo, hasta que, juzgando el juego peligroso, me paraba.

Entonces ella se enfadaba, me pegaba. Pero sus tiernas manitas se herían con las rugosidades de mi piel; se paraba con unas ligeras ganas de llorar y decía:

- ¡Malo, me picas!

Para consolarla iba hacia la fuente y ella me seguía dando palmas.

- ¡Eso, eso, haz el surtidor!, decía.

Eso consistía en absorber una enorme cantidad de agua (nosotros podemos retener en nuestro estómago un volumen increíble) y, la trompa en alto, lanzarla en abanico, en lluvia, en remolino. El sol jugaba en las gotitas, las irisaba, las hacía brillar.

Con la cabeza levantada, los ojos extasiados, Parvati miraba. No se reía, no gritaba, pero decía gravemente:

- ¡Es bonito!

Antes, su obsesión había sido subir a mi lomo, instalarse allí y que la paseara. Pero una caída desde lo alto de la montaña que yo era para ella habría sido demasiado terrible, y yo oponía una firme resistencia a su deseo, buscando otra manera de contentarla. Tras mucha reflexión se me ocurrió algo. Fui a recoger lianas flexibles y esforzándome mucho, con increíble trabajo, trencé una especie de cesto que podía colgar de mi cuello y en el que coloqué delicadamente a mi princesita. De esta forma estaba como posada sobre mi corazón. Podía vigilarla, protegerla del sol, preservarla de cualquier peligro.

Le encantó mi invento, y a Zafiro del Cielo tanto como a ella; solo que la reina hizo que cambiaran mi rudimentaria obra por una instalación más perfecta, y el paseo se convirtió en uno de nuestros placeres favoritos.

Íbamos por la ciudad, bajo los plátanos que sombrean las fuentes de pórfido. Los brahmanes que pasaban, con sus vestidos de una blancura deslumbrante, bendecían a la hija del rey; los señores en sus caballos de crines trenzadas y adornadas de flecos o sobre elefantes acorazados, con los que nos cruzábamos, la saludaban con afectuosas sonrisas; las damas nobles ordenaban que pararan sus literas arrastradas por búfalos blancos y le hablaban un momento.

Pero lo que Parvati prefería era el pueblo, el pueblo que dejaba estallar una alegría ruidosa al verla acercarse, suspendida, como una perla, de mi cuello; los negros, los comerciantes, que por todas partes la aclamaban, los niños sobre todo, la muchedumbre de sus amiguitos para los que ella era un hada.

Nos parábamos ante el templo de Visnú, que se perfilaba como una enorme colmena de piedra contra el cielo azul. Inmediatamente, nos encontrábamos rodeados por todo un mundo de niños medio vestidos que corrían descalzos en el polvo, reían, gritaban, con un ruido agudo, alegre y ensordecedor.

La princesa se inclinaba un poco y levantando sus manitas, imponía el silencio a sus súbditos. Se callaban rápidamente y se colocaban en círculo.

- ¡Quién ha sido bueno?, preguntaba con aire majestuoso.
- ¡Yo!, ¡Yo!, respondía invariablemente y como una sola voz toda la asamblea.
- Si mentís, Brahma lo sabrá y también Alá, y os azotarán.
- ¡No, no, muy buenos!, gritaban desde todos los lados.
- ¡Vamos, vamos al bazar!

Volvían los gritos, aún más fuertes, y como una nube de langostas, toda esta chiquillería, mientras yo me ponía en marcha, saltaba, hacía cabriolas levantando el polvo; incluso algunos niños se entusiasmaban y hacían la rueda, ejercicio que, tengo que decir, maravillaba a la princesa.

Llevaba una bolsa llena de rupias atada a uno de mis colmillos; comprábamos en el bazar toda clase de objetos y golosinas.

Cada niño, después de pensar seriamente, con un dedo en la boca normalmente, decía qué quería: mangos, plátanos, naranjas, un sorbete, pastas confitadas, o un collar de granos de “bamba” rojos como el coral, pulseras de barro esmaltado, una sombrilla, babuchas; algunos pedían una canga o un velo de muselina. No se olvidaban de mí. Yo también tenía que elegir lo que me gustara; invariablemente, yo me paraba en el puesto del pastelero, donde mi golosinería se desquitaba. Engullía tartas, tortas, pasteles de crema, galletas, brioches, todo lo expuesto. Me daba vergüenza mi glotonería, pero no podía controlarme. Yo era el que hacía mayor gasto.

Las monedas de la última rupia las lanzaba al aire y mientras los niños se dispersaban para recogerlas, escapábamos; algunas veces corrían para perseguirnos y nos alcanzaban. Entonces formaban a mi alrededor, agarrándose de la mano, un corro alegre que me aprisionaba.

Parvati se agitaba en su cesto; tenía muchas ganas de bajar, de participar en el baile; pero su dignidad de princesa no le permitía tal cosa. Cuando yo adivinaba que no aguantaba más sin moverse, rompía el círculo y, con gesto serio, me alejaba rápidamente.

LA CIENCIA

Comenzó la educación de Parvati, para su disgusto y el mío; durante largas horas tenía que escuchar a los brahmanes en lugar de jugar conmigo o de ir a arengar a los alegres chiquillos de la ciudad. ¡Música, danza, escritura, poesía!, todo eso era terrible y yo escuchaba a mi niña llorar, gritar, patalear, en medio de sus maestros, respetuosos pero severos.

Yo me quedaba a la puerta de la sala de estudio, impotente, la cabeza gacha, respondiendo con gemidos a la rabiosa rebeldía de la alumna desobediente.

A veces ella se escapaba llorando, se lanzaba sobre mí, rodeaba mi trompa con sus brazos, gritándome:

- ¡Llévame!, ¡escapémonos al bosque, muy lejos de estos malvados brahmanes!

Pero el brahmán jefe aparecía con su traje blanco, escondiendo una amplia sonrisa tras su aspecto enfadado y me arrebatava a la espabilada.

Sin embargo, había conseguido el permiso para estudiar sus lecciones en el cesto que colgaba de mi cuello mientras yo caminaba lentamente por el parque, bajo los árboles.

Me acuerdo sobre todo de una fábula que nos costó mucho trabajo aprender, pues los pájaros y las mariposas nos distraían bastante durante esas horas de estudio. Pero lo conseguimos y, si yo hubiera podido hablar, hubiera sido capaz de soplarle a mi princesita cuando se equivocaba al recitarla. Esta fábula era bonita, demostraba que nunca se es demasiado desconfiado en la vida. Todavía hoy la recuerdo y, como la sé, puedo darme la satisfacción de escribirla de principio a fin sin temor a cometer ni una falta. Se titulaba:

La Grulla y el Cangrejo.

En un hermoso bosque, había un gran estanque poblado de toda clase de peces; en sus orillas tenía su morada una grulla. Esta grulla había envejecido, ya no podía matar peces para comerlos. Así que, el gaznate, apretado por el hambre, se acercó a la orilla del río y lloró; consiguió que sus lágrimas brillaran en el suelo como innumerables perlas.

Manteniéndose sobre una pata, que parecía un tallo, con el cuello inclinado, la grulla tunanta engañaba a los peces tontos que la tomaban por un loto.

Entonces, un cangrejo, acompañado por varios animales acuáticos, se acercó y afligido por el dolor de la grulla, le dijo con respeto:

- Amiga, ¿por qué no te ocupas hoy de buscar tu comida en lugar de suspirar y llorar?

- Hijo, respondió la grulla, nací y crecí al borde de este estanque. Me he enterado de que una desgracia lo amenaza, va a comenzar una sequía que durará doce años.

- ¿Quién te ha dicho eso?, dijo el cangrejo.

- Un ilustre astrólogo, respondió la grulla. ¡Ay! Este estanque tiene muy poca agua y pronto estará seco. Cuando no quede agua aquellos con los que he crecido y jugado morirán por causa de la sequía, y yo no tengo fuerzas para ver esta desgracia. Por eso ayuno hasta que me llegue la muerte, y lloro pensando que ninguno de vosotros se salvará.

Cuando el cangrejo escuchó esto, transmitió a los otros animales acuáticos las palabras de la grulla, y estos, los peces, las tortugas y los demás, con el corazón encogido por el miedo y la angustia, se acercaron a la grulla y le dijeron:

- Amiga, ¿hay alguna manera de salvarnos?

- La hay, respondió la grulla; no muy lejos de este estanque se encuentra un gran lago con mucha agua y adornado con gran cantidad de lotos. Incluso cuando Pardjana, dios de la lluvia, está veinticuatro años sin mandar la lluvia, este lago no se seca. Así que, si alguno de vosotros quiere subir a mi lomo, yo lo llevaré a ese lago.

Los peces creyeron este discurso, acudieron de todas partes, gritando:

- ¡Llévame a mí, llévame a mí!..., ¡a mi primero, a mi primero!

La malvada grulla los ayudaba a subir sobre su lomo uno tras otro, iba hasta una gran roca que se encontraba a poca distancia, los tiraba encima y los se los comía satisfecha.

-Amiga, conmigo has tenido la primera conversación amistosa, ¿por qué me dejas aquí y te llevas a los otros? Sálvame hoy la vida.

La malvada grulla, cuando escuchó esto, pensó: ya estoy harta del sabor del pescado; hoy este cangrejo me servirá para sazónarlo. Ayudó al cangrejo a subir a su espalda y se puso en camino hacia la roca de los suplicios.

El cangrejo vio a lo lejos una montaña de huesos sobre la roca; distinguió las espinas de los peces y preguntó a la grulla:

- Amiga, ¿a qué distancia está ese lago?, ¿te fatiga mi peso?

- Cangrejo, respondió la grulla, ¿cómo puedes creer que existe otro lago? Lo inventé para subsistir. Ahora, encomiéndate a tu dios tutelar, pues voy a tirarte también sobre esa roca y a comerte.

Pero cuando acabó de hablar, su cuello tierno y blanco como un tallo de loto fue atrapado y apretado por las pinzas del cangrejo, de tal modo que la grulla dejó de vivir. Luego, el cangrejo cogió el cuello de la grulla y tranquilamente volvió al lago.

- ¡Ay!, cangrejo, ¿por qué has vuelto?, preguntaron al verlo los animales acuáticos. ¿Se ha visto algún presagio? Y la grulla, ¿por qué tarda? Estamos apenados por no verla aparecer.

Al oírlos hablar así, el cangrejo dijo riendo:

- ¡Qué tontos sois! Esta mentirosa ha engañado a todos los peces, los ha tirado no muy lejos de aquí, sobre una roca, y se los ha comido. Pero, como yo quería seguir viviendo, he adivinado la traición de esta traidora y le he cortado el cuello. Ya no tenemos nada que temer; todos los animales acuáticos seremos felices en adelante....

¿Verdad que es una fábula muy bonita?

EL ADORNO

¡Ay! ¡Parvati crecía! Se volvía bella como el sol y hermosa como la luna; pero ya no era la niña juguetona que solo se divertía conmigo. Era una verdadera princesa a la que la reina enseñaba todas las reglas de la etiqueta y del ceremonial de la corte.

Su adorno la ocupaba ahora mucho, a ella precisamente, tan despreocupada hasta ahora, cuando rasgaba sus cangas en todas las zarzas.

Como todo me estaba permitido, no abandonaba los alrededores del pabellón en el que vivía y me las arreglaba para ver, con el rabillo del ojo, a mi princesa, a través de las anchas ventanas abiertas o bajo las verandas floridas.

A menudo asistía a los trabajos de su arreglo y no podía comprender el porqué de tantos esfuerzos para embellecer una belleza tan perfecta.

Primero los esclavos traían el agua del Ganges, en la que bañaban a Parvati, luego la inundaban de sándalo y la espolvoreaban con un polvo de azafrán que le daba el color de una estatua de oro. La cubrían entonces con un sari tan ligero como la niebla, y ella se sentaba, con las piernas cruzadas, sobre un ancho cojín de terciopelo púrpura. En seguida se acercaban las peluqueras, separaban en dos las mechas de sus cabellos brillantes y oscuros como un riachuelo en la noche, la peinaban, la perfumaban, luego la adornaban con perlas y con flores de jazmín; después teñían con *menhdi*, de un bonito rojo anaranjado, las palmas de sus manos y las plantas de sus pies. Ella mascaba betel para enrojecer sus encías; sus anchas cejas y sus largas pestañas se oscurecían con *surmeh* y con *missi* teñía de azul sus labios rosa. En sus tobillos ataban añillos adornados con campanillas, apretaban su talle con un cinturón de oro y cargaban su cuello y sus brazos con collares y pulseras. Arreglada de este modo me costaba reconocerla; me parecía tan majestuosa, tan

grave, tan diferente a ella misma, que me ponía un poco triste creyendo que se alejaba de mí.

Ahora, cuando salíamos, ya no iba en el cesto apoyado sobre mi corazón; se instalaba en un *houdah* suntuoso con doble pináculo dorado, con cortinas de seda verde pálido, colocado sobre mi espalda. Sin embargo, no quería junto a ella a ningún servidor, ninguna comitiva. La libertad conmigo era lo que más amaba.

- Ves, Iravata, me decía, cuando tu fuerza conduce mi debilidad, me parece que me convierto en una divinidad. Soy inaccesible como Visnú, el Dios azul, invencible como el dios Rama, me siento tan engrandecida por tu entrega, por tu poder y tu bravura que mi orgullo se expande y me sirve de trono como el loto primitivo que sostiene a Brahma. Pero cuando te dejo, ¡qué humillada me siento al no ser más que una pobre princesita que camina por la tierra!

Al escuchar esto, yo me contoneaba, agitaba las orejas, lanzaba pequeños gruñidos de alegría.

Ya no hacíamos chiquilladas como antes cerca de las fuentes o en las plazas públicas; atravesaba Golconda con un andar grave y digno; luego, fuera de los muros, aceleraba el paso y llegaba al bosque.

EL RAPTO

Un día se me ocurrió una idea culpable.

Parvati se mostraba desde hacía algún tiempo muy contrariada por las exigencias cada vez mayores de su condición de princesa, por las recepciones, los desfiles, los largos discursos de los brahmanes sobre la vida presente y futura, los interminables poemas que recitaba el poeta de la corte, con voz arrastrada, con ocasión de los más mínimos acontecimientos ocurridos en palacio.

- ¡Ay!, decía, ser libre, ¡ser solo una simple mortal, hacer solamente lo que quiera, sin tener que aparecer bajo una máscara, sin estar obligada a sonreír cuando quiero llorar, a estar seria cuando querría reír!...

¡Ser libre!, yo también pensaba en ello durante las largas jornadas en las que me veía privado de ella... Pues bien, ¡era fácil! Teníamos que escaparnos, adentrarnos en el bosque, no regresar nunca.

Intentaba no pensar en el carácter criminal de semejante proyecto; rechazaba todas las objeciones que se me pudieran ocurrir y, al abandonar un día el palacio de Golconda, como para un paseo ordinario ya estaba perfectamente decidido a no volver.

Llegué al bosque más rápido que de costumbre y me adentré en regiones en las que hasta entonces no nos habíamos aventurado.

Allí estaba a salvo. Sabía que no vendrían a perseguirnos, pues no había llovido desde hacía mucho tiempo y la tierra estaba seca y no conservaba ninguna huella de mis pies. Sin embargo, para mayor seguridad, y para despistar incluso el olfato de los perros, caminé durante algo más de media hora por el cauce rocoso de un arroyo poco profundo, y cuando subí del otro lado, me dije que con toda seguridad durante mucho tiempo estaría solo con mi querida princesita Parvati.

¡Por fin!, había abandonado esta corte en la que todo me separaba de mi amiga: el ceremonial, la etiqueta, las grandes fiestas oficiales y los mil cuidados del arreglo al que estaba obligada a todas las horas del día para no aparecer nunca en público con el mismo vestido.

Ahora ya no tendría que ocuparse de eso. Iba a vivir muy tranquilamente y muy feliz en el bosque, como una pequeña anacoreta servida por un gran esclavo blanco. ¡Y yo la serviría tan bien, tendría para ella tantas atenciones, tantos cuidados, tanto afecto, tanto amor!

Era tan ligera sobre mi espalda que apenas la sentía, no más que si una mosca verde o un pájaro azul de Bengala se hubiera posado sobre mi piel áspera. Pero la escuchaba cantar y su voz me encantaba. Entonaba un relato muy largo y muy bello que sus damas de honor le habían enseñado y que se titulaba *Guitá Govinda*. Creo que ella no lo entendía muy bien, pero precisamente por eso le gustaba.

Cada cierto tiempo levantaba hasta ella la punta de mi trompa y ella me daba un apretón “de manos”, riendo. Estaba muy alegre por este viaje, pues era el primero que hacía. Claro que le habían hablado de esta parte del bosque llena de flores rojas, pero sabía que no la llevarían porque temían que una fruta muy gorda cayera de un árbol e hiriera sus delicados miembros, o que una serpiente peligrosa se lanzara sobre ella.

Más se lo prohibían, más deseaba ella ir allí, sin duda, pues no le gustaba que hubiera para ella obstáculos y prohibiciones. Por eso, ¡con qué alegría había dejado que su buen amigo Iravata la condujera al bosque prohibido!

Al cabo de dos horas nos encontramos en plena selva salvaje. Los árboles por encima de nuestras cabezas tenían una altura prodigiosa y sus copas eran tan espesas que el sol no las atravesaba. Las plantas no crecían a sus pies: no había arbustos ni lianas, solamente una innumerable cantidad de troncos delgados y sin ramas, como si hubiéramos penetrado en la columnata de un templo inmenso. Ahora Parvatí tenía un poco de miedo en esta soledad y en este profundo silencio. Había dejado de cantar y, cuando me hablaba, su voz sonaba triste.

Entonces eché a correr en otra dirección; me acordaba de que, a poca distancia de allí, se elevaba una suave inclinación del

terreno formando una colina que era célebre por su belleza; me dirigí hacia ese lado y llegué en pocos minutos. Un viento perfumado traía el ruido de los pájaros en las ramas: Parvati volvió a cantar.

El nuevo bosque era maravilloso. Había tantas flores en la tierra que pronto tuve los pies rojos de pisarlas como si hubiera caminado sobre sangre. Los árboles tenían más flores que hojas y nidos de abejas colgaban de todas de las ramas. Pequeñas corolas amarillas y azules crecían sobre los troncos mismos abriendo la corteza. Había macizos de plantas carnosas donde se desarrollaban grandes flores. Eran las flores sagradas donde habitan los espíritus benéficos, dispensadores de grandes alegrías y deseos realizados.

Parvati quiso bajar para recoger algunas: dulcemente rodeé con mi trompa su talle flexible y la dejé como una flor en medio de estas flores carmesíes. Arrancó de sus tallos las siete corolas más hermosas, hizo un agujerito en el medio de cada una y pasó una fina liana que las juntó sin apretarlas. Después, deshizo rápidamente sus trenzas, sacudió su cabello sobre la espalda y se ató como pudo la guirlanda. Nunca la había visto tan bonita: sus adornos de la corte cambiaban demasiado su pequeña cabeza delicada que las coronas y collares inclinaban hacia el hombro. Me hubiera gustado verla así con este peinado florido que ella misma se había hecho sin esclava ni espejo.

Volví a colocarla suavemente sobre mi cuello y reanudé la marcha por el bosque: las lianas eran tan abundantes y tan altas que ya no podía saltarlas; a veces tenía que levantarme sobre mis pies traseros y plantar los delanteros sobre un montón de lianas verdes que me cerraban el camino. El peso de mi cuerpo era apenas suficiente para hacer crujir estas barreras naturales y abrirme paso hacia adelante.

También, a veces, los árboles estaban tan cerca unos de otros y las ramas tan bajas que mi querida Parvati hubiera podido herirse la cara o picarse con las espinas. En ese caso, levantaba bien alto con mi trompa todo lo que habría podido tocar a la princesa, para que nada, ni siquiera una flor, le hiciera entornar los ojos.

Todo lo que veía la tentaba. Los grandes pájaros que pasaban con sus plumas extraordinarias dejándole la pena de no haberlos

podido atrapar para hacer con su cola verde y rosa un abanico maravilloso. Hubiera querido tener a los monitos grises que se burlaban de ella desde las puntas de las ramas y que le lanzaban frutos ligeros al pelo. Hubiera querido tener a los gordos insectos que brillaban a la luz y a los que zumbaban alrededor de los racimos azules. ¡Ay! yo no podía darle nada de todo eso; por otra parte, no me hubiera gustado continuar este viaje con todo este zoológico sobre mi espalda; y, tengo que decirlo, también estaba algo celoso de la atención que prestaba Parvati a todas estas cosas más hermosas que yo.

Ya iba a ponerse el sol y el bosque se transfiguraba en los rayos rojos del atardecer cuando llegamos al borde de un lago completamente rodeado de árboles y tan cubierto de lotos que casi no se veía el agua.

Parvati quiso bajar; la ayudé, pero en seguida me arrepentí de mi imprudencia cuando vi que mi amiga desataba su amplia canga de seda de oro, se acercaba a la orilla y se lanzaba al agua luminosa.

Como una sirvienta muy prudente, tenía miedo de los catarros de mi pequeña ama y le hacía señales con la trompa para convencerla de que saliera. Entonces me suplicó con la mirada, tomó un loto con cada mano y cruzó los brazos sobre el pecho como se hace ante la estatua de la diosa Lakshmi cuando se le quiere implorar una gracia o agradecerle el haberla concedido.

La dejé hacer; fui demasiado débil. Estaba tan vivaz y tan feliz. Entre los grandes lotos que separaba al andar sobre el fondo del lago, yo solo veía su cabecita redonda, sus ojos brillantes como la noche y su boca risueña entre su pelo mojado. Dejaba en el agua, tras ella, una estela perfumada donde se deshacía el polvo azul y la esencia de sándalo sagrado que habían esparcido sobre ella para darle el color del cielo. Pronto no sería más que una niña como las demás si no hubiera conservado en los ojos un rayo de realeza.

EL CASTIGO

Se puso el sol. Ella volvió lentamente hacia la orilla, y se disponía a salir del agua cuando lanzó un grito desgarrador y se llevó las manos a la boca temblando entera; yo seguí la dirección de su mirada; un gran escalofrío me atravesó también cuando vi, enrollada en los grandes árboles, una serpiente de la especie más peligrosa acechando a Parvati para lanzarse sobre ella en cuanto pusiera el pie en la orilla.

¡Ay, cómo fui castigado por mi culpable ocurrencia! La inquietud que me quemaba el corazón al ver a Parvati en peligro me hizo comprender cómo estarían sufriendo Zafiro del Cielo y Alemguir al no ver volver a su queridísima hija a la hora acostumbrada. ¿Me había vuelto una bestia egoísta?, ¿un ser sin razón?, en fin, ¿un simple elefante?, para que se me hubiera ocurrido la idea imperdonable de robar a la princesa a su familia y a su corte. Ahora tal vez ella estaba perdida, y yo con ella, pues estaba totalmente decidido a no sobrevivirla si el espantoso reptil la tocaba con su veneno mortal.

Estos pensamientos desgarradores se sucedían en mi cabeza con una terrible rapidez y casi me hacen perder la sangre fría. Afortunadamente la recuperé en seguida. Lancé un grito brusco y estridente al mismo tiempo que salté hacia la serpiente que, sorprendida y asustada, replegó rauda una parte de sus anillos, protegiendo su cabeza entre las hojas.

Ahora me encaraba, silbando y escupiendo, y eso era lo que yo quería.

Parvati salió del agua; ¡estaba a salvo! Pero juntando las manos me gritaba que tuviera cuidado con la mordedura de la espantosa bestia, me decía que huyéramos en lugar de combatir.

Yo no podía responderle que mi piel dura nada tenía que temer de la serpiente, excepto alrededor de los ojos y en los labios; que

estaba demasiado irritado, por el miedo que había pasado, como para renunciar a la venganza.

El enemigo no se movía, clavaba en mí la mirada brillante de sus ojos sin párpados, me apuntaba con la lengua bífida, semejante a una llama negra y, replegada sobre sí misma en varios zigzag, se disponía a atacarme.

La delantera de su cuerpo estaba medio escondida bajo las hojas, el centro apretaba el tronco de un árbol y el animal era tan largo que varios pliegues arrastraban aun por el suelo. Yo planté la pata, con todo mi peso, sobre esos pliegues.

Entonces la serpiente aflojó, azotó las ramas y las hojas, silbando furiosa. Pero intentaba librarse para huir. Como no lo conseguía, se volvió contra mí con un impulso tan rápido que no pude evitarla. Se enroscó en mis piernas, en mi cuello, mordiendo mi piel gruesa con todas sus fuerzas, pero rompiéndose los dientes. Para mí el peligro era otro: con una fuerza extraordinaria apretaba poco a poco su abrazo alrededor de mis piernas, trabando mis movimientos, y lo que era más grave, presionando mi cuello tanto que me faltaba el aliento.

Imposible alcanzarla con mis colmillos; me tenía demasiado cerca y yo me encontraba en una situación muy apurada.

¡Qué le ocurriría a Parvati!, ¡Ay, sola en el bosque, si yo moría ahogado por este monstruo!

Y cada vez, la cuerda viva me apretaba más. No podía moverme a pesar de mis esfuerzos y me silbaba la sangre en los oídos por el progresivo estrangulamiento.

Entonces me eché a tierra, rodando frenéticamente, aplastando a mi enemiga debajo de mí, rasgándola contra las espinas.

La lucha fue larga. Pero por fin sentí el frío y viscoso estuche reblandecerse, relajarse y luego desistir completamente.

Me levanté, respirando a pleno pulmón. La serpiente fofa, inerte, se alargaba en el suelo, ondulando todavía blandamente, semejante a un arroyo de sangre y de tinta.

La pateé, la desgarré con mis colmillos, la hice papilla.

Después de dar rienda suelta a mi cólera, orgulloso y contento, busqué a Parvati.

¡Ay, como me arrepentía del crimen de haber querido raptarla!

¡Mi princesa estaba tumbada en el suelo, muy blanca, inmóvil, como muerta!

EL ANACORETA

La noche llegó muy pronto y muy negra bajo la espesura de las ramas que lo oscurecían todo incluso en pleno día.

¿Qué podía intentar? ¿Cómo socorrer a mi princesa, que seguía inmóvil y a la que apenas veía?

Suavemente, con la trompa, la había incorporado un poco, manteniéndola en esta postura, acunándola dulcemente y abanicándola con las orejas.

Pero ella no se movía, y pensar que quizás estaba muerta me producía tal angustia que, a pesar mío y sin coger aliento, lanzaba gemidos y gritos tan desgarradores que creyeron que eran gritos humanos y eso fue lo que nos salvó.

De repente vi temblar a lo lejos, bajo el follaje, una pequeña luz rosa que parecía acercarse. ¡En efecto, era una linterna! ¿Habría algún hombre en estas soledades?...

Lancé gritos aún más quejumbrosos y la luz se acercó más rápido. Se dirigía hacia nosotros, pero no podía ver quién portaba la linterna. A cierta distancia se paró, y con una voz débil y algo temblorosa se hizo oír.

- ¿Quién se queja así?, preguntó, ¿quién perturba la quietud del bosque?... ¿Es el elefante?, ¿qué razones tiene para quejarse como un hombre?

Yo acosté a la princesa sobre mis colmillos y la presenté a la luz de la linterna...

- ¡Ay, pobre niña!... exclamó la voz, y un viejo se acercó a nosotros, apoyó su mano huesuda y morena sobre el corazón de Parvati.

- Solo está desvanecida, ven, sígueme. No perdamos tiempo. ¿No te das cuenta de que se prepara una tormenta? No permanezcamos ni un minuto más bajo los árboles.

Comenzó a andar rápidamente, iluminando el camino y yo lo seguí llevando con precaución a mi querida Parvati desvanecida.

Pronto llegó a un gran claro en cuyo centro, pegada a una roca, se elevaba una pequeña cabaña de madera.

-Esta es mi casa, dijo el hombre, solo soy un pobre anacoreta hastiado del mundo y retirado en la soledad para meditar; no tengo nada. Sin embargo, el bosque me ha proporcionado plantas que tendrán la virtud, eso espero, de devolver a la vida a esta encantadora joven

Yo solo podía pasar la cabeza por la puerta de la cabaña. Dejé a Parvati sobre un lecho de hojas, mientras el anacoreta colgaba la linterna.

A continuación, aplastó entre sus manos unas hierbas de violento perfume, se las hizo respirar a la princesa, le frotó con ellas las sienes y las muñecas.

Para mi gran alegría Parvati volvió en sí, se frotó los ojos con las manos y sonrió al mirarme.

- ¡Ay!, ¿la espantosa serpiente no te ahogó, mi querido Iravata?, exclamó, tuve tanto miedo que creí morir.

Entonces le contó al anacoreta todo lo que nos había ocurrido y el gran amigo que yo era para ella. Él le dijo a su vez cómo había escuchado mis quejidos y cómo nos había socorrido.

Pudo ofrecerle algunos frutos delicados que ella aceptó de buen grado pues no había comido nada durante toda esta larga jornada.

- ¡Ay, hombre santo, dijo ella, ¿cómo es posible que viváis solo en medio del bosque? ¡Hasta qué punto debéis sentir os triste y desgraciado!

- No, niña, respondió él, quienes viven con sus pensamientos no están solos. En lugar de mirar, como vosotros, la vida que pasa o que ha pasado, yo miro hacia delante, hacía el misterio después de la muerte, y en esto hay para ocupar todos los minutos del día y de la noche.

- ¡Ay, hombre santo, dijo, ¿por qué despreciáis la vida?; es dulce y encantadora y el corazón se encoge al pensar que no durará siempre...

Un inmenso relámpago deslumbró a la princesa que se tapó los ojos con las manos gritando.

Al meter mi cabeza un poco más adentro en la habitación taponaba toda la puerta con mi cuerpo para ocultarle los relámpagos.

- ¡Pobre niña!, dijo el anacoreta, y yo le hablo de la nada a esta flor encantadora que florece y perfuma todo a su alrededor.

Le separó suavemente las manos que ella seguía apretando sobre sus ojos.

- No temas nada, dijo, aquí estamos resguardados de la tormenta.

Y para distraerla añadió:

Si quieres, voy a contarte una historia que te ayudará a comprender por qué no amo un mundo donde el azar puede favorecer a un ladrón o a un mentiroso y colmarlo de bienes.

- ¡Sí, por favor!, dijo Parvati olvidando la tormenta, contadme esa historia.

- Es así, dijo el anacoreta:

En otro tiempo vivía un pobre brahmán ignorante que tenía una numerosa familia. Tras mendigar mucho tiempo, entraron, él y los suyos, al servicio de un hombre muy rico llamado Sthûladatta; los hijos de Hariçarman, que así se llamaba el brahmán, guardaban las vacas, los corderos y los animales de del corral; su mujer se ocupaba de las tareas de la casa, y él estaba al servicio del amo.

Un día Sthûladatta celebró la boda de su hija, pero olvidó invitar a Hariçarman a la fiesta.

- Seguro, dijo este a su mujer, que me desprecian por mi pobreza y mi ignorancia; pero voy a hacerme pasar por un sabio para que Sthûladatta me estime. En ese momento tú dirás que soy un adivino muy bueno.

Entonces, sacó al caballo del yerno de Sthûladatta del establo y lo escondió en un lugar apartado del bosque. El novio, cuando se terminó la fiesta, quiso volver a casa con su joven esposa, pero no pudo encontrar su caballo. Se rastreó el bosque, se buscó en los claros, los invitados se dispersaron para buscar huellas del animal, pero volvieron pronto sin haber podido juntarse con el fugitivo.

La mujer de Hariçarman se acercó y dijo:

- Mi marido habría encontrado en seguida el caballo perdido; es adivino y conoce el lenguaje de los astros; ¿por qué no le preguntáis?

Sthûladatta hizo llamar a Hariçarman y le dijo:

- ¿Puedes indicarme el lugar en el que se encuentra el caballo perdido?

Hariçarman respondió:

- Señor, habéis convidado a una muchedumbre de invitados para asistir a las fiestas de los esponsales de vuestra hija, pero no te has dignado invitarme a mí porque no soy más que un pobre brahmán. Mira, sin embargo, entre todos los que han acudido a visitarte ninguno sabría decirte dónde está el caballo de tu yerno y te ves obligado a recurrir a mí, a quien desprecias. No importa, no soy rencoroso y sabré indicarte, gracias a la ciencia que poseo, el lugar en el que ahora se encuentra el que buscas.

Entonces, trazó líneas cabalísticas, dibujó círculos mágicos y acabó señalando el lugar en el que había escondido el caballo.

Desde aquel momento se le tuvo en alta estima en la casa de Sthûladatta.

Al poco tiempo se cometió un robo en el palacio del rey. Robaron joyas, piedras preciosas y oro.

El rey, que había escuchado hablar de Hariçarman, lo hizo venir a palacio y le dijo:

Me han alabado tus virtudes de adivino. ¿Sabrías indicarme quiénes son los miserables que han osado entrar en mi palacio para robar mis tesoros?

Hariçarman, muy turbado, se inclinó ante el rey y habló así:

- ¡Gran rey, amo poderoso!, me pilláis de improviso. Gracias a mi profunda ciencia, en efecto, ningún secreto queda oculto a mis ojos perspicaces; descubro lo que está cubierto, saco a la luz lo que los demás querrían esconder para siempre. Dadme hasta mañana para que pueda ponerme en contacto con los astros.

El rey mandó que lo llevaran a una habitación del palacio donde pasaría la noche solo.

El robo lo habían cometido una sirvienta del palacio llamada Dschihva (La lengua) y su hermano. Llena de angustia y temiendo que el pretendido adivino los denunciara al rey, Dschihva llegó de puntillas hasta la puerta de la habitación que ocupaba Hariçarman con la esperanza de escuchar algunas de sus palabras. El falso adivino no tenía menos miedo que la sirvienta infiel y lanzaba injurias contra su lengua (dschihva) que tantos disgustos le ocasionaba.

Exclamó:

- ¡Ay dschihva (lengua), qué has hecho por tu estúpida avaricia!

Dschihva imaginó que estas palabras se dirigían a ella; entró en la habitación y se humilló a los pies de Hariçarman, le indicó el lugar dónde había escondido las joyas robadas, le suplicó que no la traicionara y le prometió, si callaba, darle todo el oro proveniente del robo.

Al día siguiente, Hariçarman condujo al rey hasta el lugar en el que se encontraban las piedras, pero no el oro, y dijo al rey:

- Señor, los ladrones en su huida se han llevado el oro.

El rey, muy satisfecho por estar de nuevo en posesión de sus joyas quiso recompensar a Hariçarman, pero uno de sus consejeros se lo impidió y le dijo:

- ¡Ay rey, todo esto no es natural! ¿Cómo quieres que alguien que no ha estudiado los textos sagrados posea semejante ciencia? Posiblemente esta historia ha sido arreglada antes entre este Hariçarman y los ladrones. Para convencerme de la ciencia de este pretendido adivino habrá que ponerlo una vez más a prueba.

El rey parlamentó durante un tiempo, en voz baja, con su consejero. Este salió y regresó enseguida trayendo en sus manos una vasija nueva, cerrada con una tapadera, en la que habían metido un sapo.

El rey dirigiéndose a Hariçarman le dijo:

- Si adivinas qué encierra esta vasija, gozarás de todos los honores, si no, serás condenado a muerte por haber osado engañarme.

Hariçarman se creyó perdido. Algunos recuerdos, vivos como relámpagos, atravesaron su pensamiento. Pensó en su alegre juventud; se acordó de que su padre lo llamaba entonces con un mote, “el sapo” y, maquinalmente, lo dijo como hablándose a sí mismo, pero con bastante claridad como para ser escuchado:

- ¡Esta vasija es tu prisión, sapito mío, por eso te inquietas, mientras que antaño al menos eras libre!

Cuantos le rodeaban naturalmente pensaron que estas palabras se dirigían al sapo encerrado en la vasija. La prueba pareció concluyente. A partir de aquel día el rey agasajó a Hariçarman, lo colmó de bienes y, desde entonces, tuvo el rango de príncipe.

- Esta es, concluyó el anacoreta, una historia que demuestra que no existe la justicia en este mundo y que hay que desear salir de él para encontrar un mundo mejor, o incluso que es mejor preferir la nada.

- ¡Ay hombre santo, dijo Parvati, la historia de Hariçarman no ha acabado, y quién sabe qué le ocurrirá más adelante!, quizás lo alcanzará un castigo más terrible por haber sido retrasado; o sufrirá por no ser lo que parece, por saberse ladrón y mentiroso cuando lo saluden como a un hombre honesto y sabio. Me parece que en la vida siempre somos castigados por nuestras faltas. Mira lo que nos ha ocurrido hoy: Iravata, el más prudente de los elefantes, por primera vez no ha tenido su acostumbrada prudencia; se ha adentrado demasiado en el bosque, a una distancia aterradora del palacio de Golconda donde mis queridos padres, muertos de angustia lloran sin duda a su hija culpable.

Al decir esto, a Parvati se le llenaban los bellos ojos de lágrimas, y yo al escucharla bajaba la cabeza y también lloraba.

- No os apenéis, dijo el anacoreta que me miraba atentamente, los peligros que habéis corrido seguramente os han salvado de un peligro mayor. Este elefante, que se ha elevado moralmente a una altura humana, conoce sin duda “ese peligro”, y él es el único culpable...

Temblaba todo entero bajo esta mirada que me adivinaba, al escuchar estas palabras que me acusaban y cada vez bajaba más la cabeza.

- Qué tenga cuidado este elefante, siguió diciendo; al acercarse al hombre por la razón y el pensamiento también adquirirá los defectos y las pasiones del hombre. Veo en la continuación de su vida, veo que será desgraciado y que será él el artífice de su desgracia, por causa de un sentimiento demasiado humano.

Reinó un gran silencio tras estas palabras proféticas. Parvati estaba muy emocionada y yo no me atrevía a levantar la cabeza. Reculé incluso, descubriendo la puerta que obstruía con mi cuerpo.

Entonces, una claridad dulce y viva, color turquesa y esmeralda, entró en la cabaña. Se había acabado la tormenta y en un cielo donde todavía huían algunas nubes, acababa de aparecer la luna. Las flores y el follaje, reavivados por la lluvia, lo perfumaban todo.

- Partid, amigos, dijo el anacoreta con voz dulce; la tormenta os ha ayudado. Los que os esperan no estarán tan preocupados como hubieran podido estarlo; creyendo en la prudencia del elefante, en el que tienen total confianza, pensarán que se ha protegido de la tormenta y que solo es eso lo que causa vuestro retraso. Id, la luna ilumina como en pleno día. Qué el rey y la reina de Golconda no sepan nunca la verdad.

LA DESESPERANZA

Gracias a los ingleses, que se habían interpuesto y habían parado la guerra, se firmó un tratado de paz entre el marajá de Mysore y el rajá de Golconda, mi amo. Pero, bajo apariencia de amistad incubaba el rencor. Se buscaba el medio para consolidar esta paz, cuya ruptura habría causado la ruina a mi amo, menos poderoso que su enemigo.

El que encontraron fue terrible, terrible para mí, y trajo la desgracia que el anacoreta me había anunciado; como predijo, fui el artífice de mi infortunio...

Parvati se volvió rara de repente. Una preocupación que no me confesaba la absorbía continuamente y yo no podía adivinar si estaba triste o alegre. Durante horas enteras permanecía inmóvil, tendida en su sillón de ratán; la mirada fija, las pequeñas manos crispadas sobre los brazos del asiento. Me pareció comprender que estaba inquieta, impaciente; parecía esperar algo. Pero ella, que normalmente me lo contaba todo, esta vez permanecía misteriosa.

Un día la vi por la gran avenida de los tamarindos mirando con extrema atención un objeto que sostenía en la palma de la mano. Lo levantaba a la altura de sus ojos, lo acercaba, luego lo alejaba y pestañeaba. Acabó por dejar caer el brazo inclinando la cabeza.

Me acerqué a ella y vi que tenía lágrimas en los ojos. Entonces, con gritos lastimeros me arrodillé ante ella intentando hacerle comprender cuánto sufría al ignorar la causa de su pena.

Me entendió y me hizo levantar acariciándome suavemente con la mano.

- Hoy te lo diré todo, Iravata, exclamó. Si callaba es porque temía pronunciar cosas que hubiera querido dejar en la nada; evocarlas con palabras me parecía que les daría una especie de existencia, un principio de realidad. Esperaba, esperaba que todo

esto se evaporara como las nubes que en el cielo presagian una tormenta y que se disipan sin que estalle. Ahora, todo es verdad.

Temblaba de angustia escuchándola hablar así y con una voz tan grave. Se había sentado sobre un banco tallado en madera lacada, rojo y oro, y miraba todavía ese objeto escondido en su mano.

- Soy princesa, continuó; durante mucho tiempo pensé que eso significaba ser más poderosa, más rica, más libre que los demás mortales. He aprendido que no es solo eso. Nos debemos, según parece, a la felicidad del pueblo del que somos los jefes y nuestro deber es, a veces, sacrificarle nuestra propia felicidad.

¡La felicidad del pueblo! ¿Sacrificarse, ella? ¿De qué me iba a enterar?

De pronto abrió su mano; me mostró un pequeño retrato enmarcado en oro y diamantes.

- Ves, es un príncipe, dijo, examínalo bien... Este rostro alargado, este color casi negro bajo el turbante color de nieve, esta boca carnosa, este bigote erizado, estos ojos alargados, medio cerrados, de aire burlón. Todo esto forma un rostro que se parece muy poco al que yo imaginaba para un joven príncipe, y encima, debe de sentirse orgulloso.

Levantaba el retrato a la altura de mi ojo derecho, y yo cerraba el otro para verlo mejor.

Hasta donde un elefante puede distinguir una pintura, y sobre todo a partir de la descripción que me hacía la princesa, me di cuenta de que la que me mostraba representaba un cabeza que daba miedo, un enemigo; y apenas había visto esta imagen, le cogí ojeriza al que representaba, sin saber aún cuánta razón tenía para odiarlo.

- Este príncipe se llama Baladji-Rao, dijo Parvati; es el hijo del marajá de Mysore, quien, en el momento de mi nacimiento declaró una guerra injusta a mi padre, el rey, ¡qué solo gracias a ti se salvó de una muerte vergonzosa, mi querido Iravata! Pues bien, ¡ves cómo es singular el destino de los príncipes! Con este Baladji, hijo del que me quiso hacer huérfana, es con quien van a casarme para que sea duradera la paz entre los dos reinos.

¡Casarla!

- Este príncipe no me ha visto nunca, continuó, no lo conozco, ¿cómo podrá existir amistad entre nosotros? Pero no se trata de

amistad sino de política: me debo al bien del Estado. Quejarme sería indigno de mi noble origen; y si me ven triste eso entristecería a mis queridos padres que parecen alegrarse de esta alianza.

Estaba aterrado. Permanecí inmóvil y mudo algunos instantes; pero no pude contenerme, empecé a patalear lanzando gritos de desesperación.

- ¡No, no, Iravata! exclamó ella, no te aflijas así, tus quejas parecen expresar mi propia pena y no quiero mostrarla, la ahogo dentro, aguanto las lágrimas; quiero ser una joven verdaderamente real, digna de la larga y doble lista de mis antepasados que forman en la historia una cadena luminosa de la que soy el último eslabón. Además, no te separarán de mí; yo nunca lo permitiría.

¡No separarme de ella cuando, incluso libre todavía, estaba tan poco tiempo conmigo! ¡Ay!, ¿por qué no seguiría siendo la niña que yo tenía que cuidar...? Entonces, estar juntos era un placer para ella y para mí, mientras que ahora la veía ocupada en tantas cosas que no me concernían, distraída con tantos placeres dónde yo no pintaba nada. Cuando estuviera casada tendría su corte, todo un palacio que organizar y dirigir, ¿qué sería de mí? Me daba vergüenza compadecerme así de mí mismo y no pensar en su pena; pero un sentimiento nuevo del que no era dueño se despertaba y rugía en mí, un furor, un odio feroz contra ese hombre desconocido que iba a quitarme a mi princesita.

Ella me prohibía que expresara mi desesperación y eso me ahogaba; yo no tenía un alma real; yo no debía nada a mis antepasados, yo solo era una bestia de los bosques, llevada por la frecuentación de los hombres a pensar y a sufrir; pero todavía no sabía, como ellos, disimular mis sentimientos; sufría, tenía que gritar, y puesto que mi princesa no lo permitía, me escapé de repente de su presencia, y fui, como un animal herido, a lamentarme en la cama de mi establo.

LOS CELOS

Un día apareció en el palacio de Golconda el enemigo, al que odiaba de antemano.

Cuando lo vi venir de lejos, hablando y riendo con Parvati, una llama roja danzó ante mí, y en seguida cerré los ojos para intentar escapar al frenesí de furor que me invadía al verlo.

Los oía acercarse; esa voz desconocida penetraba en mis oídos y zumbaba, me picaba como una flecha afilada. Escuchándolo veía de nuevo la guerra sanguinaria, los cuerpos aplastados bajo mis pies, a mi amo vilmente encadenado y nuestra peligrosa huida a través de la jungla.

Un temblor me sacudía de la cabeza a los pies. Inclínaba la cabeza manteniendo los ojos obstinadamente cerrados y empecé a escarbar el suelo con mis colmillos, para fatigar mi rabia.

Los seguía oyendo al acercarse; ella con su paso ligero, él, arrastrando descuidadamente los pies. Él ya me había visto, hablaba de mí.

- ¡Uy, decía, tenéis un elefante blanco! Sé que en algunos países veneran mucho a estos animales, en Siam entre otros, la patria de vuestra madre la reina. En nuestra tierra somos menos inocentes, nos gustan los elefantes blancos para los desfiles; pero los apreciamos menos que a los otros porque son menos robustos.

Parvati se había parado delante de mí, preocupada por mi cólera contenida pero bien visible para ella, intentando apaciguarme con su mano suave; su voz temblaba un poco cuando le respondió al príncipe:

- Iravata es el buen genio de mi familia. Ciertamente encarna a uno de nuestros antepasados y es mi amigo más querido.

- ¿No más que vuestro prometido, espero?, dijo él, con una sonrisa de superioridad.

- Conozco mejor al que me ha servido desde mi nacimiento que a mi prometido de ayer...

- ¿En serio? Exclamó Baladji, riendo más fuerte ¿tengo que estar celoso de esta bestia gorda?

No pude aguantar y abrí los ojos; ante la expresión de mi mirada cruzando la suya, el príncipe reculó algunos pasos.

- ¡Por Kali que danza sobre los muertos! Vuestro ancestro no tiene un gesto muy agradable, sus ojos son más fieros que los de un tigre.

- Alejémonos, os lo suplico, dijo Parvati, no sé qué le irrita, pero Iravata no está como otras veces.

- Me alejaré con gusto, dijo el príncipe, intentando esconder el miedo, pues detesto la cercanía de los elefantes, por el olor.

Me dio la espalda, alejándose a grandes zancadas mientras Parvati, antes de alcanzarlo, con las manos juntas, me lanzó una mirada suplicante.

Pero había hecho bien en marcharse, no hubiera podido controlarme; la idea de aplastarlo bajo mis pies, de hacerlo papilla, me vino un instante, y a pesar de la vergüenza que me daba un sentimiento tan culpable, no podía borrarlo.

LA HUIDA

Los días siguientes Parvati no vino a verme. La divisaba de lejos, errando en los jardines, siempre en compañía del negro Baladji-Rao, cuyo turbante blanco ribeteado de oro brillaba sobre el verde oscuro de los matorrales.

Tal vez mi princesa quería castigarme por haberme mostrado tan malo y tan odioso; tal vez temía por mi parte algún arranque de rabia; pero su ausencia envenenó mi pena, mi odio aumentó contra quien me privaba de ella y el pensamiento homicida se convirtió en la obsesión de mis días y de mis noches.

El palacio estaba muy agitado por los preparativos de la boda. Vinieron a probarme una coraza en brocado de plata, bordada con perlas y turquesas, una corona de plumas y un *houdah* en filigrana de oro en el que se sentarían los novios el día de la ceremonia, pues me reservaban el honor de llevarlos en el desfile triunfal que harían a través de Golconda.

Pero, a medida que se aproximaba el día de la boda aumentaba mi deseo de matar al príncipe; entonces, para evitar cometer un crimen, tomé una determinación muy dolorosa.

Decidí abandonar el palacio, escaparme.

¡Abandonar a Parvati! ¡Abandonar al príncipe y a Zafiro del Cielo! ¡Estos seres que me habían hecho la vida tan dulce, tan libre y tan feliz! ¡Partir, al azar de los caminos, tal vez volver a hacerme salvaje! ¿Cómo podría soportar tamaña pena, semejante desgracia?

Pero, tenía que sacrificarme, para evitar atraer terribles catástrofes sobre quienes me habían tratado como a un amigo. Baladji-Rao asesinado en Golconda significaría reavivar la guerra, espantosas represalias, la ruina de mis benefactores; de nada me servía intentar controlarme, resignarme a aceptar lo que yo no podía evitar; solo ver al príncipe de Misora, por muy lejos que estuviera de mí, hacía subir a mi cerebro una bocanada de

cólera que me quitaba la razón y me provocaba invenciblemente al asesinato.

¡Partir! ¡Tenía que partir!, darle a mi querida Parvati esta última prueba de entrega.

La noche antes del día de la boda, en el momento en que la luna se escondía, abrí sin hacer ruido el gran portón de mi establo y salí a paso ligero.

Por un instante se me ocurrió la idea de ir por última vez ante la habitación de mi princesa, cortar lotos y colgarlos de su balcón, como hacía a menudo; al menos eso hubiera sido como un adiós y ella lo hubiera entendido. Pero sentía el corazón oprimido, nublados los ojos; temía ser débil, no poder partir después de haberme acercado a ella; y, rápidamente, atravesé el patio, quité la barra y las cadenas de la puerta y, después de volver a cerrarlo lo mejor que pude, corrí fuera.

Un gran silencio llenaba Golconda, todo estaba negro y desierto. Conocía tan bien las plazas y las calles de la ciudad que pude atravesarla, a pesar de la oscuridad, con paso rápido. Con la cabeza baja por la vergüenza y la pena, mientras caminaba, me caían gruesas lágrimas en el camino, tan grandes que siguiéndolas podrían haber encontrado mis huellas si no las hubiera bebido en seguida el árido polvo.

Amanecía cuando vi el bosque que a menudo había sido el destino de nuestros paseos con mi dulce Parvati.

Cuando se recortaba en el horizonte la línea azulada y oscura que dibujaban sobre el rosa brillante del cielo los árboles de la orilla, qué feliz me sentía, dispuesto a divertir a la risueña princesa con mi loca alegría. Y ahora, qué triste estaba y qué desgraciado era cuando penetraba bajo la sombra verde. Tenía el pecho ahogado de enormes suspiros – suspiros de elefante- que, a veces se escapaban en sonidos terribles que asustaban a todos los animales del bosque.

Estaba tan emocionado que tuve que pararme y, si yo hubiera sido un hombre, como el poeta de la corte que ponía en versos todos los sentimientos del corazón, habría exhalado mi dolor en una larga queja poética, y mis gritos roncós habrían podido traducirse así:

- ¡Ay, ya no te veré más!, ¡Ay, mi querida Parvati, sonrisa de mi vida, sol de mis días, luna de mis noches; no te veré ya nunca más, ¡ay! Tu suave mano no me acariciará más, y tu armoniosa

voz ya no me dirá esas palabras de amistad que eran para mí más dulces que la música más dulce. Pero tengo que dejarte para no cometer ante ti un crimen atroz.

¡Ay, sin duda me olvidarás pronto! Siempre serás la divina princesa Parvati, bendecida por todos, y yo, privado de ti, ¡ya solo seré una bestia errante y miserable que solo tendrá como consuelo el recuerdo de la antigua felicidad...! Sí, así hubiera gritado el poeta y así hubiera gritado yo si no fuera un elefante.

Me adentré más en el bosque y se me ocurrió ir a buscar amparo junto al buen anacoreta que nos había acogido tan cordialmente a la princesa y a mí el día que quise raptarla y en el que la serpiente y la tormenta hicieron que me arrepintiera. Ciertamente, el piadoso anciano que había estudiado los santos libros y que sabía que no había que ser menos compasivo con los animales que con los humanos, no me rechazaría y, tal vez sus palabras de consuelo calmarían un poco la pena que me abatía.

A medida que avanzaba el bosque me parecía más espeso; los pájaros no lo alegraban, las flores eran pálidas y lánguidas e incluso parecía que una muerte precoz secaba aquí las hojas de los árboles.

- Es porque estoy triste, pensé primero, por lo que el bosque me parece triste; pero pronto, en cuanto encuentre al anacoreta, sus palabras me devolverán alguna esperanza y alguna fuerza; escucharé de nuevo el canto de los pájaros que antaño nos saludaba, y de nuevo veré brillar las flores que antes yo cortaba para ella.

¡Ay, qué equivocado estaba! Como yo, el bosque había perdido toda su alegría; los pájaros ya no querían cantar allí ni las flores abrirse.

De poco me sirvió recorrerlo en todas las direcciones, no pude encontrar al anacoreta; al final descubrí, enterrados ya bajo la hierba, los tablones medio podridos que señalaban el lugar donde antes se levantaba la cabaña. Comprendí que había sido abandonada y que el viento y la lluvia la habían destruido.

El anacoreta, junto al que esperaba encontrar un refugio, había abandonado el bosque, había buscado otro retiro, había retomado la vida errante de mendigo que los libros sagrados ordenan a veces a los brahmanes o, quizás, había muerto, lo había matado algún tigre hambriento. Y así, sin él, toda la alegría había huido del bosque que él ya no santificaba.

LA MANADA

Mi dolor se acrecentó aún más, si esto era posible. ¿Qué iba a ser de mí, habituado desde hacía tanto tiempo a vivir entre los hombres y mimado por todos? ¿Por qué no me vendría entonces la buena idea de regresar al palacio de Golconda, donde posiblemente todavía no se habrían dado cuenta de mi falta? Mis celos y mi odio homicida me perdían; merecía un castigo, así que la prudente idea que me hubiera evitado tantos males no me vino a la mente. Caminaba al azar de la espesura y de los claros, adentrándome como enloquecido en regiones inexploradas; a mi tristeza se añadía un nuevo sufrimiento. Si tuviera como los hombres la facultad de enrojecer, enrojecería al escribirlo: el hambre me hacía sufrir cruelmente. No debería, en semejante situación, pensar en tan viles preocupaciones; pero, lo repito, nuestra raza soporta peor que cualquier otra la falta de comida, y, durante mi larga vida he visto el dolor de tantos hombres ceder ante el temor del hambre que no se me tomará a mal el sentimiento que expreso.

Pues bien, estaba muy triste y tenía hambre. Recogía, aquí y allá algunas hojas medio muertas o algunas raquílicas hierbas; pero, ¿qué era eso para saciarme? Ya desesperaba cuando reconocí en unos ruidos muy lejanos el sonido de los barridos; recuperé un poco de esperanza.

-Estos elefantes que oigo barritar son sin duda elefantes salvajes; sin embargo, intentaré conmovellos y, quizás, viendo mi angustia, querrán admitirme en su manada.

Así intentaba darme a mí mismo un poco de ánimo; caminaba hacia el lado del bosque de donde venían los gritos de los elefantes; a veces me llegaban nuevos gritos, y guiado por ellos descubrí, al cabo de mucho tiempo, un claro, y alrededor, tumbados, una veintena de grandes elefantes.

En medio del claro se elevaba un gran montón de frutas y de verduras frescas. Los elefantes, por la noche, se dispersaban por los campos y las huertas vecinas al bosque y allí robaban lo que necesitaban para su alimento. A la vuelta, traían lo que no habían podido comer y ponían en común el botín. Los veía disfrutarlo tranquilamente. Cada tanto uno de ellos alargaba la trompa, tomaba algunas frutas o algunas verduras y las masticaba lentamente, con gesto feliz, bien seguro de que nadie vendría a molestarlo.

Varios dormían; sin embargo, a pesar de la apariencia calmada y pacífica de los elefantes, se adivinaba su carácter feroz y se les veía dispuestos a defenderse con ardor de cualquier intruso; por eso temblaba al aproximarme a ellos.

Pensaba qué gemido podría enternecerlos cuando uno de ellos me vio y lanzó un gruñido ronco para alertar a sus compañeros; al punto volvieron la cabeza; los que comían interrumpieron la cena y los que dormían se despertaron. Todos me miraron y en sus miradas no aprecié ninguna simpatía hacia el que venía a turbar su quietud. Estuve a punto de huir sin ni siquiera intentar acercarme, pero mi deseo de calmar el hambre me retuvo y, en el lenguaje de los elefantes, les dije más o menos esto:

- Hermanos, soy un infeliz perfectamente inofensivo y que no quiere molestaros. Ya hace mucho tiempo que camino al azar sin encontrar asilo y, si vosotros no me socorréis, el hambre me matará pronto. Tened piedad de mi desgracia; dadme un poco de vuestras provisiones y, a cambio, haré cuanto me ordenéis.

Estas palabras no los conmovieron. Se decían entre ellos:

- Es un elefante blanco, un enfermo sin duda, o por lo menos un ser que no se parece a nosotros. ¿Por qué lo vamos a acoger entre nosotros?

Un elefante más grande y aún más vigoroso que los otros, que parecía el jefe de la manada, gritó más fuerte:

- No hay que acoger nunca a los extranjeros; desconfiemos de los recién llegados, y lejos de serles favorables, echémosles. Aunque este elefante fuera negro habría que rechazarlo porque no ha nacido en este claro. Es blanco, así que con más razón tenemos que echarlo de aquí.

Y todos repitieron:

- ¡Sí, sí, que se vaya!

Se volvieron hacia mí gritando:

- ¡Vete, vete!

Intenté seguir hablándoles, pero redoblaron sus gritos. Algunos se levantaron y me amenazaron con sus colmillos. Solo contra veinte elefantes, ¿qué podía hacer? Además, la vida entre amos afectuosos, la vida tranquila y la costumbre de cuidar a la más dulce y encantadora de las princesas me habían vuelto muy pacífico; no me gustaban las riñas, los gritos me horrorizaban; me alejé del claro en el que por un instante creí poder encontrar refugio.

Comprendí que no podía esperar nada de mis semejantes. En todas partes me recibían como a un intruso. Me acordaba de que durante mi infancia, cuando todavía habitaba el bosque natal en el país de Siam, mi color blanco, al que le debía mi fortuna entre los hombres, hacía que fuera mal visto, incluso por mis compañeros de manada. ¿Cómo sería para los extranjeros, aunque fueran menos fieros que los que acababa de encontrar? ¡Los elefantes me rechazarían siempre!

EL BRAHMÁN

Verdaderamente, no sabía qué hacer, mis pensamientos eran cada vez más sombríos, cuando me di cuenta de que poco a poco había salido del bosque.

Una llanura bastante rica, en la que alternaban praderas y cultivos y donde, aquí y allá, se levantaban algunos pueblos, se extendía hasta perderse de vista. Un camino blanco atravesaba la llanura.

Era el crepúsculo; los campos estaban desiertos, no veía a ningún campesino en el camino. Sin embargo, decidí llegar hasta él; seguramente me conduciría a alguna ciudad donde me recogerían; expulsado por mis semejantes, solo podía poner mi esperanza en la bondad de los hombres. Pero, como atravesaba un campo de verduras, no pude resistir la tentación de robar algunas y calmar mi hambre.

Ya era de noche cuando llegué al camino. Lo seguí, robando a veces una o dos frutas de los árboles que lo bordeaban.

Caminaba desde hacía poco cuando atrajo mi mirada una masa negra al final de una cuesta. Me acerqué a esa masa y, observándola con atención, me di cuenta de que era un hombre. - ¿Estaba muerto o solo dormía? Lo olfateé con mi trompa y sentí el calor de su aliento. ¡Estaba vivo! Lo observé todavía más de cerca; sus ropas, manchadas de barro y de polvo eran harapos. Se parecían a las de un artesano, pero, en la cintura del hombre vi el cordón que distingue a los brahmanes. Un brahmán de esta guisa solo podía ser de esos que mendigan para obedecer los preceptos; además, el olor de su aliento, que recordaba al olor de algunos licores importados por los europeos – a veces, con horror, los había visto y olido en frascos, en el palacio – demostraba que no llevaba una vida de mortificación como tienen que hacerlo los brahmanes mendicantes. Era sin duda uno de esos brahmanes caídos en la miseria, en el *âpad*, como se dice en el idioma de la

India y a los que entonces la ley santa permite ejercer todos los trabajos, incluso aquellos que en tiempo normal son severamente prohibidos a su casta.

A fuerza de observar a este brahmán dormido conseguí distinguir sus rasgos. No parecía malo. Sin duda me acogería con bondad, quizás como a un don de los dioses. Además, hacía ya tanto tiempo que yo había desaprendido la soledad que ya no podía soportarla: se me ofrecía una compañía, ¿cuánto valdría? Eso no lo sabía. Pero, aunque este brahmán fuera el más cruel de los amos, prefería vivir maltratado por él que vivir solitario.

Para despertarlo le di un golpecito con la trompa. Abrió los ojos y balbuceó:

- Uf, ¿qué es esto?

El aire, que la noche había refrescado, lo despertó del todo y me vio:

- ¿Quién es este elefante? Sin duda, el que rozándome con la trompa me ha despertado. ¿Querrá hacerme daño?

Se levantó con bastante esfuerzo. Yo comencé a emitir gruñidos quejosos y suplicantes para demostrarle que no quería hacerle daño, sino que, al contrario, imploraba su ayuda. Pronto ya no tuvo miedo.

- No sé de dónde vienes, pero ¡qué importa! Tenemos que acoger a los animales igual que a los hombres. Se diría que quieres convertirte en mi compañero.

Yo bajé la cabeza asintiendo, como los humanos.

- Me parece inteligente. Solo soy un pobre brahmán en el *âpad*, obligado, para vivir, a aceptar las tareas más groseras e indignas de mi rango. Sin duda debo expiar pecados cometidos en una vida anterior. Sígueme, si quieres. Compartirás mi triste existencia; y quizás incluso me seas útil: a quien posee un elefante le confían trabajos más lucrativos que al que va solo y solo ofrece la fuerza de sus brazos y su buena voluntad.

Para mostrarle que desde entonces aceptaba vivir con él, doblé un pie delantero invitándolo a subir a mi espalda; comprendió, se hizo hasta mí, y cuando más o menos estuvo instalado, me dijo:

- Camina adelante, oh tú a quien tal vez los dioses me han enviado para mi bien; y yo seguí, un poco menos triste, el camino blanco en la noche, llevando a mi nuevo amo.

Mi nuevo amo se llamaba Moukounji. Muchas veces, cuando errábamos durante largas jornadas sin encontrar a nadie que quisiera darnos trabajo a uno o a otro, o a los dos a la vez, le oí contar entre gemidos la historia de su vida y acabé conociéndola de memoria. Además era muy sencilla. Pertenecía a una familia de ricos brahmanes, había pasado su juventud en Lahore, donde había sido instruido en todas las ciencias necesarias para los brahmanes por excelentes maestros; más tarde, el rajá de Mahratta lo había tomado a su servicio como *pourohita*: el *pourohita* es el cura al que los príncipes encargan que ofrezca sacrificios a los dioses en su nombre; yo he oído decir a los ingleses que en las casas de los europeos ricos había curas de su religión encargados de análogas funciones, a los que llaman *capellanes*. Al marajá de Mahratta le agradaba mucho Moukounji, a menudo le pedía consejo; habría llegado a los más altos puestos si no hubiera tenido un terrible defecto. No podía resistirse al deseo de beber licores fuertes y siempre se emborrachaba. Borracho, muchas veces había faltado gravemente a la etiqueta de la corte mahratta y, a pesar de todo el afecto que le tenía, su amo tuvo que echarlo; expulsado de todas las casas, despreciado por los demás brahmanes, había caído en la más triste de las miserias; vagabundeaba a través de la India, trabajando en lo primero que encontraba; había sido cocinero; había sido peón de albañil; y en todas partes su defecto le había impedido conservar el trabajo. Ahora se empleaba a menudo para ayudar a los cargadores y a los jornaleros de desmontes y vivía de salarios muy escasos de los que gastaba la mayor parte comprando ese licor amarillo que los europeos llaman *aguardiente*, no sé por qué: porque me parece que más que hacerlos vivir, mata lentamente a los hombres.

Gracias a mí, Moukounji fue un poco menos miserable: me alquilaba para transportar pesados fardos, se alquilaba él mismo para transportar otros más ligeros; y las groseras legumbres con las que me alimentaba no le costaban la diferencia entre los salarios de antaño y los actuales.

Nuestra vida era bastante monótona. Cuando en un pueblo o en una ciudad Moukounji no encontraba nada que hacer, nos íbamos y vagabundeábamos hasta que nos empleaban de nuevo. En el fondo Moukounji era un buen hombre, siempre dispuesto a ayudar, cuando podía: el modo en que me había acogido era

prueba de ello. Era alegre, le gustaba repetir las hermosas sentencias que había aprendido en su juventud, en Lahore. Pero, cuando estaba borracho, su carácter se agriaba, a veces incluso era malo y se enfadaba violentamente: a veces reñía con sus compañeros, y hasta algunas veces llegó a pegarme.

Es cierto, yo no era feliz; cuando me utilizaban para trabajos demasiado viles, cuando Moujounji me molía a golpes, sufría cruelmente; pero ¿de qué me hubiera servido rebelarme? Mi suerte podría haber sido aún peor, pensaba, y me resignaba.

Y siempre, pensaba en mi vida pasada; me preguntaba qué sería de la divina Parvati, ¿la amaría al menos el horrible príncipe? ¿Sería feliz? ¿Se acordaría de mí?

Para estas preguntas imaginaba las respuestas que me resultaban más agradables. Estos sueños endulzaban un poco mi pena.

No podría decir todas las ciudades que vi con Moukounji, todos los ríos que atravesé, todas las montañas que recorrí. Me acuerdo de una ciudad francesa, Pondichery, donde ayudé a construir un palacio para el gobernador; ayudé a transportar los raíles para las vías del tren que construían en los alrededores de Madrás; hice otros muchos trabajos, sin embargo, siempre parecidos, y viví durante varios años esta vida a la vez errante y monótona.

EL ANILLO DE HIERRO

De pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, llegamos a Calcuta; y fue aquí donde una vez más mi vida cambió. Ocurrió así.

Estábamos, desde hacía ya bastante tiempo, en esta gran ciudad donde Moukounji encontraba siempre trabajos. El inglés que había aprendido en su juventud le era a veces de gran ayuda. Hacía varios días que trabajábamos en el puerto donde nos empleaban para descargar navíos. Los pesados fardos no eran nada para mí; Moukounji, alerta e insinuante, ofrecía mil servicios a los viajeros y a los marineros. Se ganaba bien nuestra vida; pero ¡ay! eso hacía que él se emborrachara más y más a menudo y que yo recibiera más golpes y humillaciones. A veces se marchaba con algunos otros a beber en las tabernas cercanas al puerto y yo me quedaba solo esperando su vuelta. Sabía que le sería fiel.

Pues bien, una mañana acabábamos de ayudar a descargar un gran barco mercante y Moukounji me había dejado allí comiendo algunas verduras y se había ido a beber cuando, al mismo muelle llegó un transatlántico con numerosos pasajeros. Yo estaba desolado viendo que tal vez mi amo iba a perder una ocasión de ganar algunas rupias. No podía ir a buscarlo al azar. Lo más prudente era esperarlo con paciencia, y fue lo que hice. Moukounji todavía podía llegar a tiempo; y ¡ojalá no estuviera borracho...!

Observaba a los pasajeros que desembarcaban. Eran europeos, sobre todo ingleses, que corrían acá y allá buscando sus bultos, llamando a los porteadores, sin hacerse entender y sin comprender lo que les decían. El espectáculo que daban me divertía bastante, y miraba a cada uno atentamente intentando adivinar según su aire o su aspecto cómo actuaría. No tardé mucho en fijarme, entre los que desembarcaban, en un grupo de individuos cuya calma contrastaba con la agitación de los demás. Eran alrededor de una

veintena, más o menos tantos hombres como mujeres, casi todos jóvenes, vestidos con una corrección y una elegancia perfectas. No parecía que el viaje los hubiera cansado; se situaban en el muelle sin asombrarse de nada. Uno de ellos, con gran flema, al cabo de un instante, pasó revista a la tropa y constatando que no faltaba nadie:

- Podemos ir al hotel, dijo a sus compañeros.

Luego, dirigiéndose especialmente a un hombre joven:

- Le rogaría, señor Oldham, que se quedé aquí y que vigile la descarga de nuestros equipajes.

- Sí, señor John Harlwick, me quedaré aquí.

Y, salvo M. Oldham, la tropa se alejó en orden.

Yo examiné con curiosidad a M. Oldham: era un joven singular: era alto y delgado; tenía las piernas muy largas, los brazos también muy largos; manos enormes. La cabeza era bastante pequeña; la boca se abría hasta las orejas y los pómulos sobresalían extrañamente. Mientras esperaba a que descargaran los equipajes de sus compañeros, M. Oldham recorría el muelle a grandes zancadas, algo impaciente y mascullando palabras confusas que yo no comprendía.

Mientras pensaba en esto, jugaba maquinalmente con un gran anillo de hierro que se encontraba a mis pies. Antes había estado enganchado al suelo, pero ya casi no se sujetaba y, jugando, lo había arrancado sin querer. Me divertía ahora haciéndolo saltar en el aire, y cuando caía lo recogía con la punta de la trompa. De pronto, las miradas de M. Oldham cayeron sobre mí; se puso a observarme atentamente. El juego que me ocupaba parecía interesarle muchísimo y le preguntó a uno de los hombres empleados en el servicio del puerto:

- ¿Conoce al dueño de este elefante?

- Claro, respondió, es un pobre hombre que se emplea descargando barcos.

- Es el dueño de un animal muy inteligente.

Y eso fue todo. Sin embargo, M. Oldham no dejaba de mirarme; y yo ponía mi amor propio en no fallar al recoger el anillo cada vez que caía. M. Oldham lanzaba ¡Ahh! Y ¡Ohh! admirativos. Y murmuraba:

- *El elefante jugar.* Este título quedaría bien en nuestros carteles.

Pero ya comenzaban a descargar el equipaje de M. Oldham y de sus amigos. Eran grandes cajas de formas extrañas, paquetes de cuerdas, paquetes de bastones y muchos objetos a penas embalados que no podía adivinar para qué servían. Después sacaron del barco grandes carros, jaulas con diversos animales, y al final vi como traían a los caballos, que todavía parecían muy asombrados por el viaje que habían hecho.

- Estos sí que son extraños viajeros, me dije, y arrastran con ellos curiosos equipajes.

Cargaron las cajas y los paquetes en carros a los que engancharon los caballos menos hermosos; unos hombres que, evidentemente, eran los sirvientes de M. Oldham y de sus compañeros, cogieron los caballos de la brida o subieron en los carros; todos iban ya a abandonar el puerto cuando llegó por fin Moukounji.

No estaba demasiado borracho y fue a ofrecerle a M. Oldham sus servicios. Ya era demasiado tarde. Pero como le indicó que yo era suyo, M. Oldham le dijo:

- Ah, es usted el dueño de este animal tan inteligente. Pues vaya al *Hotel Victoria* y pregunte por M. John Harlwick, director del *Gran Circo de los Dos Mundos*, puede que tenga algo que decirle.

Y M. Oldham se alejó con los carros cargados de equipajes. Al principio Moukounji no pensó en ir a ver a M. John Harlwick, no comprendía qué podía querer de él el director del *Gran Circo de los Dos Mundos*; pero el azar sin duda hizo que durante dos días nos faltara el trabajo y que casi tuviéramos que ayunar. Entonces se acordó de la invitación de M. Oldham. Pensó que M. John Harlwick, si no tenía nada serio que proponerle, al menos se apiadaría de su suerte y le daría alguna limosna. Me recomendó, - era una recomendación superflua - prudencia y paciencia, y se dirigió al *Hotel Victoria*.

EL GRAN CIRCO DE LOS DOS MUNDOS

Al cabo de una hora más o menos, Moukounji volvió. Estaba muy contento: brincaba y cantaba. Cuando estuvo cerca de mí, me besó la trompa y me habló:

- ¡Ay mi gran compañero, mi buen amigo, qué razón tiene el sabio que dice: “Para el que tiene talento no hay tierra extranjera; para quien se contenta con poco, no hay pena; para el que tiene fortaleza, no existen los imprevistos; para quien es resuelto, nada es imposible”. Qué acertada es esta sentencia, aunque no menos que esta otra: “La vida de los seres es inestable como el reflejo de la luna en el agua: como se sabe que es así, hay que practicar la virtud”. Sí, sí, hay que practicar la virtud; y como yo la he practicado, como he soportado con alegría y resolución la desgracia, hoy los dioses me envían una suerte menos mala.

Se interrumpía, bailaba a mi alrededor, aplaudía, y continuaba:

- Sí, sí, amigo, la vida es inestable como el reflejo de la luna en el agua; yo me habría burlado de quien, en mi juventud, me hubiera dicho que yo descargaría barcos en el puerto de Calcuta; y ayer me hubiera reído de quien me asegurara que hoy formaría parte de la compañía del señor John Harlwick, único director del *Gran Circo de los dos mundos*. Y, sin embargo, todo esto ha ocurrido.

Me volvía a besar y seguía hablando:

- ¡Ay, amigo, mi salvador, tú que tal vez eres el mismo Ganesha, sí, desde ahora tendremos un refugio seguro! ¡ya no estaremos expuestos a acostarnos, las noches lluviosas, en las cunetas de los caminos, y ya no temeremos más el hambre! Viviremos felices, amigo, alojados y pagados por el buen señor John Harlwick; tal vez hemos encontrado la fortuna.

Y contaba su entrevista con el director del circo:

- Llego al hotel Victoria; pregunto por el señor John Harlwick, y me conducen junto a un hombre todavía joven, pero serio, tan

serio que tuve miedo, yo, que nunca he temblado; pues como dice el sabio: “en la selva, en los bosques de difíciles caminos, en las rudas miserias, en la turbación, bajo la amenaza de las espadas, los hombres virtuosos no conocen el miedo”. Al lado del señor Harlwick estaba el joven que me había hablado aquel día y al que llamaba señor Oldham. Al verme, el señor Oldham dijo al señor Harlwick: “Este es el hombre del que le hablé, el dueño de ese elefante tan inteligente”. Y entonces comienza a elogiarte, contando no sé qué historia de la que no entendía gran cosa, en la que constantemente se refería a un anillo de hierro con el que te había visto hacer malabares. Pues bien, el señor Harlwick me pregunta que si quiero venderte: “¡Vender a mi amigo, grité, vender a un elefante que me han enviado los dioses, que tal vez es un dios! ¡Nunca, nunca!

- Es una lástima, replicó el señor Oldham, este elefante habría completado muy bien nuestra compañía.

- Lo siento, dijo el señor Harlwick. Y ya iba a marcharme cuando el señor Oldham me retuvo con una señal y, dirigiéndose al señor Harlwick: ¿Quizás exista una manera de solucionar esto: si contratáis a la vez al elefante y al dueño?

- Déjeme pensar cinco minutos, respondió el señor Harlwick. El señor Harlwick es un sabio y sabe tomar decisiones de prisa. Pasados los cinco minutos me dijo: “¿Aceptaría, junto con su elefante, entrar en nuestra compañía?” Yo no necesitaba pensarlo ni siquiera un minuto para aceptar. No sabía a ciencia cierta en qué oficio nos emplearía el señor Harlwick, pero parecía un hombre rico que al menos nos aseguraba la vida. Y dije *sí*, y creo que no tendré que arrepentirme.

Y de nuevo brincando y riendo, Moukounji saltaba a mi alrededor. Luego, otra vez serio:

- El señor Oldham, con quien me dejó el señor Harlwick, me explicó en qué consistía su trabajo. Ni más ni menos, muestra animales sabios, y sus compañeros hacen ejercicios de fuerza y equilibrio. Así que ahora, amigo mío, en lugar de fatigarte en duros trabajos, gracias a tu habilidad, vas a divertir a los curiosos. No nos faltará de nada.

Debo confesarlo, yo no me sentía tan feliz como mi dueño. Habría divertido con alegría a los seres queridos como Zafiro del Cielo o Parvati, pero me sentía poco inclinado a entretener a

quienes me eran indiferentes. Ciertamente mi vida era muy dura; pero al menos podía estar triste; sin embargo, a partir de ahora, me daba cuenta, tendría que parecer alegre a las horas indicadas, incluso aunque me torturaran los pensamientos más amargos.

Pero no quise estropear la felicidad de Moukounji y respondí a su alegría con gestos de amistad. Pronto abandonamos el puerto y fuimos al encuentro del señor John Harlwick.

Y así fue cómo entré en la compañía del señor John Harlwick, director del *Gran Circo de los dos mundos*.

Esa misma tarde, el señor John Harlwick nos presentó a la compañía. Había alquilado un terreno baldío donde había instalado su circo; era una gran construcción de hierro y madera que podía montarse y desmontarse muy deprisa y que una vez levantada tenía un aspecto elegante y confortable; nadie hubiera dicho que solo bastaban algunas horas para desajustar todas las piezas y cargarlas en los carros. Estaba formada por dos partes contiguas: el circo propiamente dicho - la pista y las gradas para los espectadores -, y las cuadras, con algunas habitaciones donde se alojaban los mozos de caballerizas y los personajes secundarios de la compañía; los personajes importantes, como el director, se alojaban en el hotel.

Cuando llegamos al circo, el señor Harlwick señaló primero el lugar que yo ocuparía en las cuadras y la habitación que Moukounji, que no quería encargar a nadie la tarea de cuidarme, compartiría con uno de los mozos. Luego entramos en la pista donde estaba reunida la compañía. Eran las mismas personas que había visto desembarcar tres días antes. El director habló así:

- Señores y señoras, les presento al señor Moukounji, el propietario de este elefante; el elefante es, según me ha dicho mi inteligente amigo el señor Oldham, un animal extraordinario al que ha visto ejecutar un número difícil e interesante sin que nadie lo haya amaestrado; es un elemento que honrará nuestra compañía, ya muy buena por cierto. Acojan por tanto amablemente al elefante y a su dueño.

Muy correctamente los miembros de la compañía se acercaron en orden para saludar a Moukounji y acariciarme; y, al mismo tiempo, el señor Harlwick, dirigiéndose a Moukounji, los iba nombrando e indicando su oficio.

- El señor Oldham, nuestro primer payaso y director de escena, al que ya conoce; el señor Edward Greathorse, nuestro primer jinete, la señora Greathorse, una de las mejores equilibristas que existen y sus hijos, el joven William Greathorse, que no tiene igual rompiendo un aro de papel y cayendo de nuevo sobre el caballo y la encantadora señorita Annie Greathorse, que brilla en el ejercicio del trapecio y conoce todos los secretos de este difícil arte.

El señor y la señora Greathorse me gustaron solo a medias. El señor Greathorse era un hombre muy alto, muy seco, parecía tener unos cuarenta años; al verlo uno se daba cuenta de que estaba acostumbrado a hablarles a los caballos, a hablarles con rudeza. La señora Greathorse tenía más o menos la misma edad que su marido, era tan alta como él, pero mientras que él era muy delgado, ella era muy gorda; su rostro, vulgar, resultaba duro, su nariz estaba extrañamente aplastada. Más adelante supe por qué: el ejercicio favorito de la señora Greathorse consistía en mantener en equilibrio, sobre su nariz, un bastón que acababa en una gruesa bola de hierro.

El joven señor Greathorse, que podría tener unos dieciséis o diecisiete años, me desagradó mucho, pues tenía un aspecto hipócrita. Solo parecía divertirse jugarles a sus compañeros malas pasadas.

De esta familia solamente la señorita Annie me inspiró alguna simpatía. Era una jovencita, todavía casi una niña, de unos quince años, de aspecto bastante endeble; el trapecio había alargado sus brazos más de la cuenta. Se adivinaba que se fatigaba demasiado y que sufría; su rostro era agradable, dulce y pálido, y tenía un bonito pelo rubio.

Después de los Greathorse se acercaron seis personajes que se parecían todos, aunque el mayor parecía tener treinta y cinco años y el más joven nueve o diez; todos sonreían con la misma sonrisa que parecía fijada en sus bocas.

- Los hermanos Smith, señor, dijo el señor Harlwick; muy recomendables caballeros; hasta que no se les ha visto hacer la pirámide humana no se sabe qué es la acrobacia.

Los hermanos Smith saludaron, sin dejar de sonreír.

Después se acercó una mujer joven, muy graciosa y elegante.

- La señorita Morley, señor: admirará en sus ejercicios de alta escuela a nuestra brillante amazona, señor.

Tras la señorita Morley se acercaron tres hombres y tres mujeres, ni altos ni bajos, ni gordos ni flacos, ni guapos ni feos, pero muy correctos:

- Nuestras amazonas y nuestros jinetes, señor: El señor Crampton y la señora Crampton, el señor Hampton y la señora Hampton, el señor Mampton y la señora Mampton.

Y sucesivamente el señor John Harlwick presentó:

- El señor Nilo Bong, señor, el famoso gimnasta tonkinés; las hermanas Ulverstone, la señorita Jane Ulverstone y la señorita Lucy Ulverstone, señor, que cada tarde, entusiasman a los espectadores con su pericia en la barra fija, señor; el señor Pound, señor, para quien levantar doscientas libras es un juego, y la señora Pound, su esposa, el hada del revólver y la carabina, señor: a una distancia de cien pasos no fallaría una avellana, señor; El señor Tom Liverpool, luchador admirable que no ha podido batir nadie, y que derribaría gigantes, señor; la señora Alice Jewel, señor, que sobre el alambre atravesaría el Ganges por donde es más ancho.

Todos estos personajes eran bastante insignificantes. El señor Nilo Bong podía decir que era tonkinés y tener los ojos algo rasgados, su tez probaba que era europeo; El señor Pound y el señor Tom Liverpool eran dos hombres enormes, de aspecto poco inteligente; la señora Pound era una mujer pequeñísima, muy delgada, de aspecto bastante arisco; pero las señoritas Jane y Lucy Ulverstone y la señorita Alice Jewel eran jóvenes muy agradables, bastante guapas, que saludaban amablemente.

Solo quedaban por presentar cuatro personas de la compañía, dos hombres y dos mujeres:

Los dos hombres se parecían mucho, y los dos me recordaban al señor Oldham; pero los rasgos que en el señor Oldham eran solo cómicos, se acentuaban en ellos hasta lo grotesco; y el aspecto grotesco de sus personas sorprendía aún más porque se presentaban muy serios. Cuando llegó su turno:

- El señor Trick y el señor Trock, dijo el señor Harlwick: podría afirmar que son los payasos más inteligentes que hay en el mundo si ellos mismos no se inclinaban ante la superioridad del señor Oldham. Son los hijos mimados de la alegría.

Los señores Trick y Trock saludaron a Moukounji, y una mujer joven y muy hermosa, que tenía grandes ojos negros y espesos cabellos dorados, se acercó:

- La señorita Sarah Skipton, señor: la divina artista a la que debemos la danza luminosa.

Inclinando amablemente la cabeza, saludó a la señorita Sarah Skipton, y para finalizar, el señor Harlwick presentó a una chiquilla que era la gracia misma, con sus cabellos de un rubio delicado y sus ojos azules que eran como una sonrisa.

- La señorita Sarah Skipton, podría decirse que es la estrella de nuestra compañía, y la señorita Circé Nightingale es la perla, señor: es la dulce encantadora de pájaros, y la tomaréis por alguna de vuestras diosas cuando la veáis entre su cortejo de currucas y ruiseñores.

La señorita Circé Nightingale le sonrió muy graciosa a Moukounji y me acarició despacio con su bonita mano. Yo se lo agradecí amistosamente.

En resumen, a parte del señor Greathorse, la señora Greathorse, el joven Greathorse, y también los señores Pound, todas estas gentes parecían más bien agradables, y me pareció que no debería ser muy penoso vivir con ellas. Incluso, hacia cuatro señoritas de la compañía sentí desde el primer momento simpatía; la elegancia de la señorita Clary Morley me encantaba; sin duda la señorita Morley era dulce con los animales, y seguro que no era con golpes como adiestraba a los caballos. Por la señorita Annie Greathorse sentía lástima: me daba cuenta de que la maltrataban, de que era desgraciada y empecé a pensar que yo podría protegerla. Admiraba la resplandeciente belleza de la señorita Sarah Skipton y la gracia encantadora de la señorita Circé Nightingale me seducía. Y yo me decía:

- Aquí haré cuatro amigas y tendré cuatro enemigos.

Una vez presentada la compañía, el señor Harlwick le dijo a Moukounji:

- Esta tarde, por primera vez, actuamos en Calcuta y me gustaría, lo más pronto posible, presentar su elefante al público. Primero, ¿cuál es su nombre?

- Pues, como un día de miseria llegó a mí, no sé de dónde y me trajo el consuelo, lo llamo Devadatta, que en nuestra lengua significa “dado por los dioses”.

- Está bien. En nuestros carteles lo llamaremos así: *el famoso elefante Devadatta*. Pero, dígame: ¿no representan ustedes a uno de sus dioses con cabeza de elefante?

- El divino Ganesha, dios de la sabiduría, tiene cabeza de elefante.

- ¡Perfecto!, exclamó el señor Harlwick. *El elefante Devadatta, hermano de Ganesha, en sus diversos ejercicios*. Esto pondrá en nuestro cartel. ¿Estará así bien, señor Oldham?

- Quedará muy bonito, dijo el señor Oldham.

- Ahora, dijo el señor Harlwick, tenemos que ver qué ejercicios le enseñaremos. Usted, señor Oldham, es quien lo ha descubierto, así que es a usted a quien le encargo su educación.

- Me honra, señor Harlwick. La terminaré pronto. Primero voy a hacerle repetir, ante usted, el juego con el que se divertía en el puerto.

El señor Oldham mandó traer un anillo de hierro. Comprendí que tenía que jugar con él como había hecho en el puerto. El señor Harlwick quedó satisfecho con esta prueba.

- Está muy bien, dijo; tendría que jugar con varios anillos a la vez y sería perfecto; mañana podría debutar.

Trajeron varios anillos; todos, sucesivamente, yo los lanzaba al aire y los recibía con la punta de la trompa; no fallé ni uno; el señor Harlwick estaba entusiasmado.

MIS COMIENZOS

Pues bien, a partir del día siguiente se leía en el cartel del *Gran Circo de los Dos Mundos*:

EL FAMOSO DEVADATTA
HERMANO DE GANESHA
ELEFANTE MALABARISTA

Por la tarde, cuando comenzó la representación, no me sentía emocionado, pero sí bastante humillado.

- ¿Qué diría Parvati si me viera?, pensaba. Voy a divertir a la muchedumbre con vulgares ejercicios y si por desgracia dejo caer un anillo, tal vez me peguen. El señor Oldham tiene un aspecto bastante benévolo; pero quizás el señor Greathorse me trataría muy mal, como poco me amenazaría como amenaza a los caballos que en este momento dan vueltas alrededor de la pista.

Para abrir la representación, en efecto, había un ejercicio ecuestre de los señores Crampton, Hampton y Mapton. Se trataba de hacer saltar a los caballos diferentes obstáculos, y como estaba cerca de la puerta yo podía verlo bastante bien. El señor Greathorse, de pie en el medio del circo, un látigo enorme en la mano, azotaba el aire con fuertes golpes para excitar a los pobres animales; y cuando uno de ellos, a pesar del ruido del látigo, parecía que se resistía ante un obstáculo, lo amenazaba con el mango del látigo; y me daba cuenta de que le hubiera alegrado pasar de la amenaza a los hechos.

Tras los señores Crampton, Hampton y Mapton, aparecían las hermanas Ulverstone. Pero mientras preparaban su barra fija, tres extraños personajes entraron en la pista, uno haciendo la rueda, otro caminando sobre las manos, el tercero desarticulándose en una serie de volteretas. Estaban vestidos con un traje muy amplio, de una sola pieza, con extraños dibujos abigarrados: uno tenía un

sol en medio de la espalda y en el pecho; otro un sapo fantástico; los tres tenían enharinada la cara y llevaban una peluca de estopa blanca y roja con una mecha larga en lo alto de la cabeza. Divertían al público con mil gracias extravagantes; intercambiaban sonoras bofetadas, se tiraban al suelo unos a otros, se levantaban bruscamente; fingían ayudar a los criados que tensaban las cuerdas para fijar la barra, y sin parar, caían en las posiciones más grotescas; y el público reía muy alto de sus locuras.

Examiné con atención a estos tres personajes, y bajo la harina acabé reconociendo los rasgos del señor Oldham y los de los señores Trick y Trock. Estaba muy sorprendido; me chocaba tener como preceptor a un gentleman tan poco digno.

Entre cada número del programa, el señor Oldham y los señores Trick y Trock repetían sus gracias.

La representación proseguía muy bien. Los elogios que el señor Harlwick había dedicado a sus compañeros al presentarlos me parecían muy merecidos. Los hermanos Smith eran maravillosamente ágiles; si la señora Greathorse parecía desagradable en la convivencia, era sin embargo una hábil equilibrista y la señorita Alice Jewel tenía, sobre la cuerda floja, una gran destreza. Los jinetes y las amazonas montaban hábilmente, y me encantaron los graciosos movimientos de la señorita Clary Morley a caballo; no golpeaba a su caballo, solo lo animaba con palabras amistosas. Solamente la pobre Annie Greathorse me hizo sufrir; la veía muy a disgusto en su trapecio.

Tras ella tenía que aparecer el “famoso Devadatta”. Aparecí. Mi éxito fue grande, me aplaudieron; cuando entré me acariciaron. Y sin embargo no estaba contento: la mínima caricia de Parvati hubiera sido para mí más dulce.

El final de la representación me encantó aún más: terminaban, en efecto, con los pájaros de la señorita Circé Nightingale y la danza luminosa de la señorita Sarah Skipton.

Pusieron en el centro del circo una pajarera llena de muchos pájaros diferentes que cantaban armoniosamente. Luego apareció la señorita Circé, encantadora, con un vestido azul claro y en el talle un cinturón de plata; una peineta de plata sujetaba sus finos cabellos rubios y los envolvía en un dulce resplandor; en la mano tenía una flauta de plata. Se acercó a la pajarera, abrió la puerta y salieron los pájaros, revoloteando alegremente a su alrededor y, a

veces, posándose en sus hombros. Ella les sonreía como una amiga, y a una señal suya, todos volaron hasta el techo del circo. Entonces, tocó la flauta y los pájaros le respondieron y ya no se sabía si su canto era también el canto de un pájaro. Aceleró el ritmo de la melodía y los pájaros bajaron hacia ella; volaban alrededor de su cabeza y parecían coronarla con una corona viva. Sin cesar, cambiaba el ritmo de la canción y los pájaros familiares formaban nuevas figuras, siempre graciosas; y se hubiera tomado a la dulce encantadora de pájaros por alguna reina del cielo. Y cuando la flauta calló, todos los alegres amigos de la señorita Circé entraron en la pajarera y, entusiasmados, los espectadores aplaudieron unánimes.

Al lugar en el que estaba la pajarera trajeron una gran tarima; allí subió la señorita Sarah Skipton, con un amplio vestido blanco, de tela ligera y numerosos pliegues, sus hermosos cabellos flotaban sobre sus hombros. Luego, apagaron las lámparas; solo cuatro, más bien cuatro linternas, permanecieron encendidas, dirigiendo sus rayos a la tarima y rodeando a la señorita Sarah de una aureola luminosa. Por delante de las lámparas pasaban cristales de colores, y entre las lucen sin cesar cambiantes, bailaba Sarah; bailaba, ligera y viva o lenta y lánguida; y su vestido, rojo, verde, amarillo, violeta alternativamente, o de varios colores a la vez, se arremolinaba a su alrededor; y la mujer se convertía en flor, en mariposa, en pájaro; ella era la aurora, el crepúsculo; era la tormenta de mil relámpagos, el mar sonriendo a la mañana; las piedras preciosas, el sol victorioso. Y, de pronto, las lámparas volvieron a encenderse, y todos aclamaron a Sarah triunfante.

La representación había terminado; modestamente volví al establo, deslumbrado todavía por la danza luminosa.

SALTIMBANQUI

Muy pronto, en el cartel del *Gran Circo de los Dos Mundos*, se pudo leer:

EL FAMOSO DEVADATTA
EL ELEFANTE ÚNICO
HERMANO DE GANESHA
EN SUS DIFERENTES EJERCICIOS

El señor Oldham, efectivamente, acabó muy bien y muy de prisa mi educación, y ya no solo encantaba al público haciendo malabarismos con los anillos de hierro. En cada representación, siempre en el mismo orden, se sucedían mis ejercicios; cuando estuve completamente instruido, esto es lo que hacía:

Primero hacía malabares con los anillos de hierro; después colocaban una diana, yo me situaba enfrente; tenía a mi lado una cesta llena de pelotas; con mi trompa lanzaba las pelotas contra la diana; y creo que nunca fallé.

Retirada la diana, me traían una gran bola de hierro; me mantenía sobre ella en equilibrio y la hacía rodar con mis cuatro pies. Este ejercicio me cansaba mucho, así que para que descansara me hacían representar una escena dramática.

Un joven rey y una joven reina paseaban en el campo alegremente; de repente se escuchaban ruidos de caza y yo aparecía, perseguido por algunos caballeros; asustados, el joven rey y la joven reina intentaban esconderse; yo fingía estar furioso, dando dos o tres veces la vuelta al circo. Luego divisaba a la reina y me precipitaba sobre ella. Entonces, en la escena, tal y como la había ideado Moukounji - pues mi amo, para hacerme brillar, se había convertido en autor - , el rey debía protegerla con su cuerpo, desenvainar su sable, hundírmelo en el pecho, y yo caía,

simulando la muerte. El sable, por supuesto, era un arma de acero embotado, cuyo filo entraba en la empuñadura.

Pero se cambió este desenlace; y fue por mí, desde la primera tarde en la que entré en escena. La señorita Nightingale hacía de la joven reina. Estaba encantadora en este papel, con su vestido de gasa blanca bajo el que se transparentaba una túnica de seda malva. Cuando la vi, tan graciosa, el recuerdo de Parvati que no me abandonaba nunca, me volvió aún más vivo y más querido; entonces, en lugar de correr violentamente hacia ella, me paré; avancé lentamente y, con el gesto humilde y sumiso, fui a arrodillarme ante ella. El público aplaudió mucho y se decidió que se conservaría este desenlace para la escena.

Después de esto daba cinco vueltas al circo en bicicleta, una bicicleta enorme construida a medida (puede imaginarse el esfuerzo de un elefante para mantenerse sobre semejante instrumento). Movía los pedales con mis pies delanteros y el guía con la trompa. Luego tenía que ponerme en pie y bailar una polka. En fin, para terminar mis ejercicios, representaba otra escena, - en este caso cómica -, compuesta por el señor Oldham:

Al centro del circo me trían una mesa, con una silla de mi talla, y cerca, entre dos vigas, un campana de la que pendía una cuerda. Entraba, me sentaba en la silla y, con la trompa tiraba de la cuerda de la campana. El señor Oldham, vestido de camarero, acudía, y yo le hacía entender que quería cenar.

- Será servido, señor elefante, decía él.

Salía. De un saco que me habían atado a los riñones, yo sacaba, siempre con mi trompa, un par de enormes gafas y me las colocaba delante de los ojos; luego cogía un periódico y hacía como que leía - entonces todavía no sabía leer bien-.

- Poco a poco, como el señor Oldham no volvía, yo simulaba impaciencia; tocaba otra vez la campana, y el señor Oldham acudía:

- Será servido, señor elefante.

Desaparecía. Dos veces más volvía a tocar la campana, y dos veces el señor Oldham me gritaba:

- Será servido, señor elefante.

Sin llevarme nunca nada.

La tercera vez, por fin, me servía un plato: eran algunos panes y me los tragaba rápidamente. Volvía a llamar. El señor Oldham

venía y yo le señalaba que quería un segundo plato. Después de un buen rato, me traía verduras que comía tan rápido como los panes. Pedía un tercer plato, y esta vez, tenía frutas, pasteles y una botella de champán que yo descorchaba ruidosamente.

Por última vez tocaba la campana, y hacía saber que quería la cuenta. Esta vez sin tardar, el señor Oldham me traía una larga tira de papel. Volvía a ponerme las gafas, - me las había quitado para comer -, miraba el papel, y lanzaba un sonoro gruñido de indignación. El señor Oldham se caía, como del susto, y con una voltereta se levantaba y gritaba:

- ¿Qué le pasa, señor Elefante?

Yo señalaba mi descontento levantándome y pisoteando la cuenta.

- ¿La encuentra muy cara?

Yo hacía gesto de que sí.

- Pero va a pagarme...

Yo hacía el gesto de que no

- Ay, ¿no quiere pagarme?

Yo seguía diciendo que no

- Pues bien, señor Elefante, eso vamos a verlo.

Y muy alto llamaba:

- ¡Ehh! ¡Aquí! ¡Señores policía!

Entonces entraban los señores Trick y Trock vestidos de policía.

- Señores policías, decía el señor Oldham, este Elefante no quiere pagarme.

- Ah sí, gritaba el señor Trick, ¡a la cárcel, señor Elefante!

- ¡A la cárcel! repetía el señor Trock.

Ante esta amenaza, con aire confuso, yo sacaba de mi bolso unos trozos de papel que parecían cheques de banco y me iba mientras el señor Oldham y los señores Trick y Trock se divertían con un baile extravagante.

Esta escena entretenía mucho al público que cada tarde me reclamaba al menos tres veces. Pero yo me sentía humillado por representar un papel cómico, por hacer casi el payaso.

Así viví varios años; cuando en una ciudad bajaba la recaudación, el señor Harlwick se trasladaba a otra. De Calcuta fuimos a Chandernagore, de Chandernagore a Patna; después vi Benarés, Allahabad, Delhi, no sé cuántas más.

Hubiera podido no ser muy desgraciado; me había hecho respetar por aquellos que al principio habían intentado fastidiarme. El señor Oldham estaba orgulloso de su alumno, y lo quería; Moukounji seguía siendo el buen hombre que me había recogido, y mis cuatro amigas, Annie, a la que yo protegía a menudo de las brutalidades de su madre, Circé, Nightingale, Sarah Skipton y Clary Morley tenían mil atenciones conmigo y me mimaban sin cesar. Pero ¡ay! yo pensaba en mi hermosa vida de antaño, tan tranquila y tan feliz, y pensaba en Parvati, que tal vez sufría, y a la que habría podido defender. ¿Me habría olvidado?, o, si ella pensaba en mí, ¿me acusaría de ingratitud? Y, en efecto, ¿no había sido yo un ingrato al abandonarla así, como vil celoso? Así que a pesar de los cuidados que me profesaban, yo estaba siempre muy triste.

VUELTA AL PARAÍSO

Un día, el *Gran Circo de los Dos Mundos* llegó a Bombay. Ese día yo estaba con la moral muy baja, abrumado de vergüenza. Yo, el Rey Magnánimo, ante el que todo un pueblo se había prosternado, yo, el guerrero temible que había derramado tanta sangre enemiga, devuelto el trono a un príncipe, sido el compañero amado de la más bella de las princesas, me veía reducido a mostrarme en grotescos desfiles para asombrar y divertir a la muchedumbre.

¡Ay, qué dura me resultaba la vida, qué solo me sentía en medio de mis nuevos compañeros a pesar de su amabilidad conmigo!

Puesto que sin duda jamás volvería a ver a Parvati ni a encontrar el paraíso perdido, ¿para qué prolongar el suplicio? Estaba decidido a escaparme de nuevo, a buscar en los bosques solitarios el cementerio de los elefantes y allí, dejarme morir de hambre, en medio de los huesos blanqueados de mis semejantes.

Sí, esta representación sería la última.

Cuando todos durmieran, abandonarí mi cobertizo de tablas, atravesaría nadando el estrecho canal que separa la isla de Bombay del continente e iría a buscar el lugar de reposo donde todas mis penas morirían conmigo.

Estaba tan preocupado por la decisión que acababa de tomar y por las reflexiones que me inspiraba mi pena que apenas me percaté de la agitación que reinaba aquella tarde entre los artistas del *Gran Circo de los Dos Mundos*.

Remozaban los trajes, limpiaban los accesorios, ensayaban los números bien sabidos desde hacía tiempo, con un entusiasmo poco común, incluso cosían muy de prisa una cenefa de oro en las cortinas de terciopelo rojo, para un uso que no pude adivinar.

La representación comenzó mucho más tarde que de costumbre. Se retrasó tanto como fue posible, a pesar de los pataleos de impaciencia del público.

Cuando avancé hacia la pista, vi, justo enfrente de la entrada, un gran espacio, separado de las localidades ordinarias por mamparas pintadas de rojo; la parte de delante de este palco improvisado estaba decorada con colgaduras adornadas con flecos de oro, con escudos con las armas de Inglaterra y guirlandas de flores. En el palco había dos sillones.

Comprendí que esperaban a algún personaje ilustre, pero que no vendría, sin duda, pues el palco estaba todavía vacío y parecía un gran agujero oscuro en medio de las otras localidades que llenaba una muchedumbre compacta, con sus vestimentas claras y brillantes.

El señor Oldham, suspirando, me hizo realizar mis ejercicios y fue cuando trabajaba en equilibrio sobre la esfera rodante, cuando un movimiento general del público, que ya no me miraba, me hizo suponer que el personaje ilustre acababa de entrar.

Muy atento para no perder el equilibrio, no podía levantar la cabeza para mirar.

- Será, quizás, el presidente de Bombay, pensé, y no tuve ningún interés en verlo.

Pero de repente la esfera se escapó entre mis pies; al perder el equilibrio me caí de rodillas: una voz de mujer había gritado:

- ¡Iravata!

¿Quién podía gritar así mi antiguo nombre..., ¿mi nombre de felicidad?... y ¡esta voz! ¡Esta voz armoniosa y clara que entró en mi como una espada, me tiró de rodillas, precipitando toda mi sangre hacia el corazón!... ¡solo podía ser su voz! ¡la voz de Ella! Estaba seguro y, sin embargo, no me atrevía a mirar. Me parecía que moriría de un desengaño.

El público, sorprendido y respetuoso, guardaba un profundo silencio; la voz, esta vez algo entristecida, se escuchó de nuevo:

- ¿Me has olvidado del todo, Iravata?

De un salto me puse en pie, ante el palco, que era justo de mi altura y, a través de mis lágrimas de alegría, veía a Parvati como entre llamas. Ella me acariciaba, me besaba, sin que le importara toda la sala que la miraba...y yo, ¡lo que yo sentía un ser humano nunca podrá expresarlo!, y me sentía más avergonzado que nunca

de mis gritos ásperos, de las pataditas que eran mi única manera de manifestar la felicidad que me embargaba.

- ¡Malo! ¡malo!, me decía ella a media voz, muy cerca de mi oreja, ¿cómo pudiste escaparte, abandonarme en un momento tan importante de mi vida?... me di cuenta de que no dabas tu consentimiento a aquel matrimonio, sin duda leías en el alma del príncipe y su alma no te agradaba. Es cierto, tu sabiduría acertaba, pero hubieras debido, como yo, resignarte y someterte al destino en lugar de abandonarme como un ingrato, como un celoso..., porque estabas celoso y yo leía la muerte del príncipe en tus ojos. Si fue para evitar un crimen por lo que te escapaste de Golconda, te perdono, a pesar de la pena que me has causado. Ahora puedes volver conmigo, añadió: soy viuda.

Ciertamente, lo que hice al escuchar estas bienaventuradas palabras no fue conveniente; me habían enseñado que no hay que alegrarse de la muerte de nadie, pero no pude contenerme: lancé unos trompetazos tan vigorosos que casi todos los asistentes huyeron espantados, y di tres veces la vuelta a la pista al trote.

El príncipe Alemguir y Zafiro del Cielo también estaban en el palco. Al principio no los había visto, cegado como estaba por las lágrimas y la emoción. Habían llamado junto a ellos al director del *Gran Circo de los Dos Mundos* y enseguida comprendí que trataban con él de mi rescate.

Él se mostros digno y humilde a la vez ante el rey y la reina de Golconda y, con gran lealtad, declaró que yo no le pertenecía, que solo estaba contratado en la compañía con mi dueño actual, y que, por otra parte, había hecho que afluyeran tantas rupias a la caja de la compañía que debía agradecermelo mientras que yo a él no le debía nada.

Y fue como un regalo como aceptó, después de haberse resistido, el magnífico diamante que le ofreció el rey y una suma importante que tendría que ser distribuida entre todos los actores de la compañía.

Moukounji se había acercado y yo le hice comprender a Parvati que no quería abandonarlo. Se mantenía lo mejor que podía; no se dieron cuenta de que estaba borracho y se decidió que vendría a Golconda.

Todos los artistas, con sus trajes de espectáculo, estaban reunidos en la pista.

Les dije adiós lo más afectuosamente que pude, pero ya los sentía lejos, lejos de mí, como olvidados, envueltos en la niebla de la noche.

Yo había encontrado mi luz, mi alegría, mi vida; no veía más que eso y, mientras los corchos del champán saltaban y chocaban los vasos en mi honor, abandoné para siempre *el Circo de los Dos Mundos*, como en un sueño, pues estaba absorto en la inmensa felicidad de sentir de nuevo sobre mi lomo el peso ligero de mi adorada princesa al fin reconquistada.

Semblanza



MARÍA VICENTA HERNÁNDEZ ÁLVAREZ

Profesora titular de Filología Francesa en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca. Perteneció al grupo de investigación «Escritoras y personajes femeninos en la literatura» de la Universidad de Salamanca. Ha participado en diversos proyectos de investigación financiados con fondos públicos relacionados con la traducción y los estudios de género. Su investigación se centra en la literatura francesa de la Edad Media y de los siglos XIX y XX.

MEMORIA DE

MUJER 5

Este libro tiene dos partes, en la primera se habla de Judith Gautier como hija de Théophile y heredera del Parnaso, centrándose en su faceta de narradora de historias y, particularmente, en aquéllas que por los motivos o por la forma anuncian *Las Memorias de un elefante blanco*.

Judith publicó esta obra en 1893, tenía 48 años y ya había publicado sus novelas más importantes: *El Dragón Imperial* en 1869, *L'Usurpateur* en 1875 (más conocida como *La Soeur du Soleil*), las dos partes de *La Conquête du Paradis*, en 1887 (que tendrá una nueva versión en 1913, *L'Inde Éblouie*)

En la segunda parte ofrece la traducción al español de *Les Mémoires d'un éléphant blanc*, una aventura para todas las edades y todos los lectores: algunos la leerán informativa, entretenida y exótica, otros leerán en ella un modelo y una enseñanza, habrá quien, a pesar de los disfraces y de los estereotipos, le descubra un fondo de poesía erótica; habrá quien se sorprenda por la crueldad en la que en ocasiones se recrea Iravata, este elefante blanco, tan irónico, tan sensato...

MEMORIA DE MUJER 5

